A la CAZA del CEO

SARAH RUSELL



A la CAZA del CEO

SARAH RUSELL

Primera edición.

A la caza del CEO

©Sarah Rusell

©diciembre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Epílogo

Capítulo 1



Blanca

Miré a través del espejo retrovisor para asegurarme de que no venía otro vehículo y, al confirmarlo, pisé el acelerador quemando ruedas, sintiendo el tirón del coche como un recordatorio de mi eterna prisa.

No sabía cómo me las arreglaba, pero otra vez iba con la hora justa. De verdad que lo mío era delito; siempre me pasaba lo mismo y daba igual cuánto madrugara, al final el tiempo se me escapaba entre los dedos sin darme cuenta, como si alguien lo adelantara a escondidas. A veces pienso que debería llevar un cronómetro pegado a la frente para no perder la noción del tiempo, pero ni con eso creo que lo arreglaría.

Y eso que no me entretenía, os juro que no lo hago. No me juzguéis, que ya bastante tengo con mis dramas mañaneros y mi coche dándome sustos. No soy de las que pierden el tiempo porque sí. Bueno… venga, vale, lo admito: tal vez se me iba un poco de tiempo sentada en la barra de la cocina mientras me tomaba el café. Sé que muchas me entendéis, que una cosa es querer madrugar y otra que el cerebro coopere. Os prometo que no lo hago con mala intención, que solo necesito respirar antes de enfrentar el día.

Solo era que no podía controlar el impulso de entrar a Instagram para mirar la página y ver si había publicado algo nuevo. Uf, más guapo no podía ser; imposible que mirara a otro hombre como lo hacía con él, como si mis ojos se volvieran idiotas y mi cerebro se desconectara.

Todos, a su lado, me parecían poca cosa. Más tonta no podía ser, porque sabía perfectamente que el deseo que sentía por ese hombre nunca llegaría a nada. Vamos, que jamás pasaría nada entre él y yo que no fuera en mi imaginación, que os confieso que funciona muy bien, por cierto.

Y ese hombre estaba prohibido para mí, más que nada porque nunca llegaría a saber que una simple mortal como yo existía en este mundo.

¿Se puede estar enamorada de alguien que no has conocido ni conocerás nunca? Esa pregunta me la hacía mínimo dos veces al día y os digo que todavía me la hago, porque soy así de absurda. Cada vez que veía algo nuevo de él, ya fuera por redes sociales o televisión, mi corazón se aceleraba sin control, como si quisiera salirse corriendo hacia él.

Y no, no penséis que estoy loca por un actor famoso o un cantante, que no es el caso. Bebía los vientos por un hombre que era un famoso empresario. ¿Que cómo supe de él? Pues muy sencillo: un día estaba limpiando una habitación y fui a coger una revista que había sobre la mesita de noche.

Al cogerla, se me cayó al suelo, abriéndose justo por la página donde salía la imagen de ese hombre. Fue increíble lo que sentí que me recorrió el cuerpo, como un escalofrío dulce que me subió por la columna.

Nunca en mi vida había sentido ese cosquilleo en la boca del estómago con solo ver una foto, mucho menos de alguien que no significaba nada para mí. Pues imaginad, yo, que no soy de sentir mariposas, me vi con un puñetero zoológico revoloteando por adentro. Desde ese día empecé a interesarme por él de una manera ridícula, curiosa y un poco vergonzosa.

Dejando esos pensamientos aparte, me concentré en la carretera e intenté no pasar los límites de velocidad; ya había tenido bastante con la multa que me vino el mes pasado.

Os juro que no fue culpa mía, eso lo defiendo hasta la muerte. Fue mi pie, que pisó el acelerador con más ganas de la cuenta porque llegaba tarde, y el coche radar que estaba escondido en un lado del arcén. Por cierto, muy bien camuflado, como una trampa para incautas como yo.

Imaginé la bronca que me iba a caer de la gobernanta en cuanto me viera llegar. Menos mal que Antonia me quería como si fuese su hija; de lo contrario, ya me habría llevado más de un parte disciplinario.

—Hombre, Blanca, qué amable por tu parte que hoy solo te retrases quince minutos —dijo Antonia con total ironía, cruzándose de brazos como si fuera mi madre.

—No arrancaba el coche, por lo visto le falla la batería. —Otra mentira más que le soltaba, y la verdad no sabía para qué lo hacía cuando tenía clarísimo que ella no se tragaba ni una—. Mis vecinos me ayudaron empujando el coche hasta que arrancó. —La miré con cara de pena, a ver si colaba.

—Si no fuese porque te conozco tan bien, me lo creería. —Intentó disimular una sonrisa—. Anda, ve y ponte el uniforme. Hoy te he dado menos habitaciones porque la *suite* presidencial es salida y mañana entra otra reserva. Ya sabes cómo tienes que dejarla.

—Lo sé muy bien. Además, te recuerdo que nunca has recibido ni una sola queja de mis habitaciones. —Me puse delante de ella y la agarré por los mofletes—. Qué bonita eres y cuánto te quiero. —Le planté un beso sonoro en la mejilla.

—Niña, tira y deja de hacerme la pelota —dijo, aunque se le notaba que le encantaba.

—No es hacerte la pelota, es la verdad —repliqué, saliendo por la puerta —. Te veo a la hora de comer.

—Hoy tienes quince minutos menos para comer —me advirtió, alzando una ceja.

—No serías capaz de hacerme eso —dije, señalándola con dramatismo.

—Blanca, te hablo en serio. Que te quiera no significa que pueda dejarte pasar siempre los retrasos. Hoy no te lo paso. A ver si aprendes.

—Créeme que si pudiera venir dormida al trabajo, lo haría, pero no me dejan.

Aunque sabía que tenía razón y que no podía favorecerme frente a mis compañeras. A pesar de que Luisa y Ana se reían del tema, las demás no lo verían bien.

—Te prometo que no volveré a llegar tarde. —Junté los dedos y los besé como si estuviera haciendo un juramento sagrado.

Llegué a los vestuarios y me puse el uniforme: pantalón verde botella y chaquetilla *beige* con los filos del mismo color que el pantalón. Lo peor era el dichoso pañuelo del cuello.

Por Dios, eso podrían haberlo dejado para las recepcionistas. Para limpiar era un suplicio, sobre todo en verano.

En cuanto cogí mi carro, me puse un auricular. Solo uno, por si alguien me hablaba. Que me encanta limpiar, ojo, pero hay días que el carro parece una cárcel con ruedas y la música siempre ayuda. Empecé por las habitaciones normales; siempre dejaba las salidas para el final, salvo que hubiera entrada ese mismo día. En ese caso tenía que correr como si me persiguiera un toro bravo.

Este hotel tenía una norma sagrada: a los clientes no se les dejaba esperando. Si llegaban antes, nosotras teníamos que acelerar. Y eso era aún más estricto en las *suites*.

Ahí sí que teníamos que darnos patadas en el culo para llegar a tiempo.

Con mi lista de canciones sonando y el ánimo medio recuperado, empecé a limpiar y organizar las habitaciones.

La verdad era que hoy podía darme con un canto en los dientes: Antonia solo me había asignado una salida. Sí, tardaba más, pero cuando tocaban varias el mismo día era para llorar.

Antes del almuerzo lo tenía todo listo, menos la *suite* importante para mañana. No tenía ni idea de quién vendría, pero sí sabía una cosa: esa persona

debía estar podrida en dinero. Dormir una noche ahí costaba lo que yo ganaba en un mes, y eso echando horas extras.

Entré en el comedor donde nos reuníamos todos. No solo camareras de piso; también jardineros, mantenimiento… todos menos los altos cargos, que comían en el restaurante.

—Mira quién ha llegado —dijo Luisa mientras abría su táper.

—No es mi culpa que empezaras a trabajar antes de tiempo —refunfuñé para mis adentros porque, sinceramente, vaya cara más dura tenía.

—Mejor cierra el pico antes de que entren las otras. Tu humor sarcástico no lo entienden —dijo Ana, y tenía razón.

—Tienes razón, me siento incomprendida por el resto de las chicas —dije, poniendo cara triste, aunque por dentro me importaba un comino.

Anda que no había aguantado cosas cuando llegué. Era la nueva y la más joven, así que me tocaba bailar con la más fea. Menos mal que Antonia, Luisa y Ana me acogieron; si no, podían haber pasado cosas que mejor ni imaginar.

Con los años, las demás habían cambiado un poco su actitud conmigo. No eran amigas ni lo serían, pero por lo menos me dejaban tranquila.

Y lo repito: si no fuera por esas tres mujeres que considero familia, el director ya me hubiese echado. Porque a mis otras compañeras las habría paseado por la recepción tirándolas del pelo.

Yo era una persona que daba el corazón a quien se lo ganaba, pero si alguien intentaba fastidiarme, no me quedaba quieta. Devolvía cada golpe. Figuradamente, claro.

Me despedí de las chicas hasta el día siguiente, no porque hubiera acabado, sino porque después tenía que salir pitando para llevar a mi madre a comprar.

Ella tenía carnet, pero no coche, y además se negaba a conducir por miedo. Así que cuando tenía que hacer una compra grande, me tocaba llevarla a mí.

Corrí para terminar la *suite* a tiempo, porque sabía que si me retrasaba más todavía, la tendría llamándome cada cinco minutos.

Que no me apetecía ir a hacer la compra, pues no. Ni chispa de ganas tenía, pero tocaba. Si no la quisiera tanto, ya la habría dejado que trajera el carrito de compra ella sola. Eso sí, algún día se me cruzarían los cables y la pondría a conducir a la fuerza.

Estaba cambiándome cuando apareció Antonia.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —le pregunté.

—Vengo a decirte algo, y aquí no entra la amistad. Si le fallas al director, te echa sin pensarlo. —Estaba seria.

—Es verdad que he llegado tarde más de una vez, pero sabes que recupero el tiempo y trabajo mejor que las demás.

—Y eso el director lo sabe. Está muy contento contigo.

—¿Entonces qué pasa?

—El cliente de mañana se queda dos semanas y quiere que solo una persona limpie su *suite*. Siempre la misma.

—Vale, ningún problema.

—El problema es que no puedes llegar tarde ni un solo día. Quiere que limpies temprano. Tanto que tendrás que entrar una hora antes. —La miré con los ojos abiertos—. Míralo por el lado lo bueno: saldrás una hora antes. El director y yo pensamos que tú eres la indicada. Blanca: ni un minuto tarde.

Me alegraba que confiaran en mí.

—Podéis contar conmigo. Prometo no llegar tarde. Pero esto empieza pasado mañana, ¿verdad?

—Sí. Mañana la *suite* ya está lista.

Me dio otras indicaciones: cómo debía dejarlo todo en la *suite*, los productos especiales del baño y los caprichos del cliente. Porque claro, el señorito solo podía ducharse con determinados aromas, como si fuera de porcelana fina.

Subí corriendo a cambiar los geles antes de irme. Menos mal que Antonia me los trajo para no tener que ir yo a recepción.

Me despedí de ella con un beso rápido, subí las cosas a la *suite* y salí volando para recoger a mi madre, que seguro ya estaba nerviosa. Resoplé imaginándola mirando el móvil cada dos segundos como si eso hiciera que yo apareciera antes.

Capítulo 2



Blanca

—¡Mamá, te espero fuera! —grité desde la puerta de entrada.

—¿Ahora vienes con prisas? —me preguntó riendo.

—No, pero como te conozco, sé que seguro ya estabas de los nervios.

—Por tu culpa, si me hubieses mandado un mensaje para decirme que ibas a llegar tarde, sabes que no me habría puesto nerviosa. —Ella no podía evitarlo; no le hacía ninguna gracia tener que montarse en un coche.

Desde que mi padre y mi hermano tuvieron el accidente, se subía a un coche solo porque no le quedaba más remedio. Si podía evitarlo, lo hacía sin dudar.

La entendía. En aquel accidente había perdido a su hijo, un niño que ahora tendría treinta y dos años. Cuando Saúl murió, yo tenía cinco y él doce.

Me acordaba muy poco de él; y si lo recordaba un poco más era porque mi madre no dejaba de mencionarlo. Se lo agradecía, de verdad.

Sabía que aquella mañana él tenía un partido de fútbol en un pueblo lejos y que tuvieron que madrugar mucho para llegar. Con los años supe que otro coche se estrelló de lleno y la peor parte se la llevó el copiloto, ya que mi padre, al intentar esquivarlo, giró y el impacto dio justo en ese lado.

Mi padre sobrevivió, pero nunca volvió a ser el mismo. Sé que intentó reponerse y seguir adelante, pero no lo consiguió. En casa se respiraba como si faltara el aire. Y mi madre hacía como que no pasaba nada, pero por dentro estaba hecha polvo. Y yo, con cinco años, no tenía ni idea de nada. No penséis que se quitó la vida, no fue eso; simplemente un día dijo que no podía seguir viviendo en esa casa y se fue sin mirar atrás.

En aquel momento no entendí por qué de pronto me había quedado sin hermano y sin padre. Solo sabía que ninguno estaba. Con el tiempo comprendí lo que había pasado.

Aunque intenté entenderlo, una parte de mí nunca lo consiguió. Por muy mal o culpable que se sintiera, eso no le daba derecho a abandonar a su mujer, que estaba pasando por el mismo dolor, ni a su hija, que lo necesitaba.

No supo cómo superar esa pena; fue egoísta y solo pensó en lo que sentía él. No pensó en las otras dos personas que dejaba atrás. Yo podía entender que estuviera hundido, pero no que se marchara. Si él necesitaba huir, vale, pero también nos quitó la oportunidad de intentarlo juntos.

Durante años supe que él se había ido a vivir al campo y que se había aislado tanto que apenas tenía contacto con nadie. Eso me lo contó mi abuela cuando yo era adolescente. Pero cuando ella murió, con ella se fue también la información sobre él. Desde entonces no tenía ni idea, y tampoco la necesitaba. Si algún día volvía, no sabía ni qué cara le pondría. Porque ni tenía odio ni cariño, solo un vacío raro que no sabía ni cómo explicar.

Lo único que me seguía doliendo era ver cómo mi madre, por mucho empeño que pusiera, tenía días de bajones al recordar la pérdida de su hijo. Supongo que pocas cosas duelen más que enterrar a un hijo. Tú puedes curar mil heridas, pero la de perder a un hijo no cicatriza. Se te queda abierta y te sangra de vez en cuando.

A veces me paraba a pensar qué habría sido de mi madre si yo no hubiera nacido. Porque después de perder a Saúl y quedarse sola también, yo fui lo único que le quedó. Y no es que yo fuera ningún gran premio, pero al menos tenía a alguien a quien abrazar.

Y es que no solo perdió un hijo, perdió su vida entera. Todo lo que habían imaginado como familia se fue a la mierda en una mañana, y desde entonces tiraba como podía.

En fin, mejor dejar estos recuerdos en el olvido.

—No tengo culpa de que a última hora entrara Antonia en los vestuarios para decirme algunas cosas que necesita que haga en las dos próximas semanas. —Me puse el cinturón y esperé a que ella se lo pusiera.

—¿No habrás llevado otra bronca por llegar tarde? —me preguntó con la mirada fija en mi cara.

—Que no. —Me callé que esa mañana había vuelto a liarla llegando tarde —. Es solo que va a venir un cliente y tengo que entrar esas dos semanas una hora antes —me prometí no buscar información de ese hombre, al menos por las mañanas. Eso lo haría cuando saliera del trabajo.

—Desde que te fuiste a vivir sola has llegado más veces tarde que puntual —me recriminó— y estoy segura de que todavía sigues trabajando por el cariño que te tiene Antonia.

—Tampoco es así, mamá. Hago muy bien mi trabajo, y si llego diez minutos tarde, siempre los recupero. Pero para que te quedes tranquila, te prometo que no voy a volver a retrasarme más ni un solo día.

—Si tú lo dices, no me queda más remedio que intentar creerte. —Vaya confianza que tenía mi madre—. ¿Cómo te va en el piso? —Uff, ya sabía por dónde iba.

—Me va igual que me iba anteayer o ayer.

—Es que no entiendo por qué tienes que estar pagando alquiler cuando podías estar viviendo en casa supertranquila. —Qué trabajo le costaba aceptar que quería independencia.

—Mamá, te lo he dicho un millón de veces. Me gusta vivir sola. Sé que nunca te has metido en nada, pero quiero hacer mi vida. —Si por ella fuera,

me tendría siempre a su lado, y no por controlarme, sino para asegurarse de que no me pasara nada.

No se podía vivir con miedo. Lo que tuviera que pasar podría pasar en cualquier momento.

Y no me fui de casa porque me llevara mal con ella, nunca fue eso. Me fui porque me apetecía. Vamos, que digo yo que todo el mundo tiene derecho a hacer su vida mientras no le haga daño a nadie.

No por eso la quería menos. Para mí era mi apoyo más grande, y siempre iba a estar a su lado. Pero necesitaba que me dejara respirar y no viviera dentro de una burbuja.

—Te entiendo, cariño, de verdad que lo hago. —Me puso una mano en la pierna—. Es solo que me preocupo por ti.

—Mamá, que por vivir sola no significa que tenga que pasar nada —le sonreí para que no se sintiera mal.

—Está bien, no volveré a decirte nada de ese tema —afirmó sonriendo.

—No te creo, pero si te hace feliz decirlo, lo puedes hacer todas las veces que quieras. —Le di la razón como cuando se la das a alguien solo para cerrar el tema.

Después de ayudarle a hacer la compra, le propuse parar en una cafetería para tomarnos algo y, como siempre, me dijo que no. Qué trabajo costaba sacarla de casa. Ella no salía a ningún sitio que no fuese el banco donde limpiaba o a comprar. Eso era toda su vida social, y me jodía verla así, porque todavía era joven.

—Si no sales nunca de casa, ¿cómo vas a encontrar novio? —En cuanto lo oyó, giró la cabeza tan rápido que casi se dislocó el cuello.

—¿Y para qué quiero yo un novio? —lo dijo como si acabara de decir el mayor disparate de la historia.

—Pues para salir, para estar al lado de alguien que te quiera y te lo demuestre. —Fue a contestarme, pero no la dejé—. Y no digas que ya me tienes a mí para quererte, porque sabes que no es lo mismo.

—No necesito a un hombre, soy feliz así. —No, no era feliz. Y no decía que necesitara un hombre para serlo, pero sabía que aunque no lo reconocía, añoraba tener a alguien que la abrazara.

—No he dicho que no seas feliz, mamá. —Le apreté la mano—. Digo que deberías salir un poco. Antonia te ha dicho muchas veces que vayas a su casa.

Mi madre conocía a Antonia, Luisa y Ana casi desde el principio. Cuando empecé a trabajar en el hotel, yo aún vivía con ella, y al invitarlas a cenar algunas veces, se formó una amistad muy bonita.

La edad de ellas tres estaba más cerca de la de mi madre que de la mía, pero eso nunca importó. La amistad no entiende de edades.

—¿Qué te parece si un día de esta semana voy a buscarte al hotel y salimos a tomarnos un café? —Me alegró mucho que fuese a dar ese paso—. Les puedes decir a las chicas que vengan con nosotras.

—Me encanta tu idea, estoy segura de que dirán que sí. —Aparqué el coche frente a la casa de mi madre. Ella vivía en una calle tranquila por la que pasaban pocos coches, así que siempre había sitio para aparcar—. Supongo que irás al hotel en autobús. —No fue una pregunta; lo sabía.

—Sí. Solo tengo que hacer un cambio en el camino y me deja casi en la puerta de tu trabajo.

La casa de mi madre estaba en un pueblo muy cercano a la ciudad, así que podía ir cuando quisiera; otra cosa era que lo hiciera.

Me sorprendió un poco que quisiera presentarse allí, porque en todos estos años no lo había hecho nunca.

Ojo, que no le iba a poner pega alguna a que fuese.

La ayudé a colocar todo en la despensa, la nevera y el lavadero; cada cosa en su lugar, nada fuera, porque para eso mi madre era muy maniática.

—Me voy —avisé entrando de nuevo a la cocina—. He quedado con Valentina.

Valentina era mi mejor amiga, la que estaba para lo bueno y para lo malo. Aunque lo malo lo buscaba ella, porque era una loca de tres pares, y claro, yo nunca le decía que no, y allá íbamos sin medir consecuencias.

Que conste que no éramos delincuentes; simplemente nos divertíamos como podíamos, sin causar problemas.

Como mucho, alguna que otra borrachera. Sí, sé que esas borracheras nos llevaron a hacer muchas locuras, ¿pero quién no ha hecho alguna en su vida? Y no me digáis que no, que os conozco y sé que alguna habéis hecho.

—A ver cuándo pasa por casa, que desde que te mudaste solo la he visto una vez.

—Eso tiene solución; tú también puedes ir a verla —dije sabiendo la respuesta.

—Vosotras tenéis coche para venir. —¿Veis? Si es que mejor no podía conocerla.

—Tú también tienes carnet y podrías tener coche si quisieras. —Pero no quería conducir, más bien le daba miedo—. Venga, me voy, que al final voy a llegar tarde.

Le di un beso y salí por patas. Otra vez saltando de un sitio a otro como pollo sin cabeza, si es que había días que no me daba ni el aire. Y eso que juraba que un día me iba a organizar, pero luego la realidad me pegaba un bofetón y la organización se me olvidaba.

Llegué a mi piso con el tiempo justo para ducharme a toda leche, ponerme un pijama y meter una *pizza* en el horno.

Menos mal que hoy habíamos quedado en mi piso porque no pensábamos salir. No estaba tan loca como para irme por ahí teniendo que trabajar al día siguiente.

Eso lo dejaba para el sábado por la noche, ya que esta semana descansaba el domingo. Sí, era raro que me tocara un domingo libre; lo teníamos que rotar y más o menos me caía cada dos meses. Tener un domingo libre era como ver un unicornio. Algo que cuando pasa, te da hasta miedo.

A ver cómo se las iba a arreglar ese cliente cuando este domingo tuviese que hacerle la *suite* otra persona. Ya veríamos. Que no se pensara tampoco que yo era esclava de nadie, que bastante tenía con sobrevivir al día.

Capítulo 3



Nico

Estaba hasta los cojones de ver mi vida expuesta en todas las revistas; una cosa era que hablaran de mí como empresario y otra muy distinta que detallaran cada minuto de mi día.

Aunque sabía que era conocido en el país entero y que, fuera donde fuese, me iban a reconocer, tenía que admitir que en algunas ciudades podía pasar más desapercibido que en otras.

Por eso, de vez en cuando me iba a ciertos lugares donde podía pasar por un hombre normal y corriente.

Tenía claro que no podía desaparecer del radar como si nada. No mientras siguiera en la lista de los empresarios más exitosos.

Lo que no sabían esos carroñeros era que, por mucho que intentaran saberlo todo de mí, jamás llegarían a hacerlo, porque mi vida privada era mía y de ella solo sabrían lo que a mí me diera la gana.

Así de simple.

Nunca he necesitado aprobación de nadie. Ni de socios, ni de inversores, ni de la prensa. El error de la mayoría es creer que los demás deben entender tus decisiones. A mí me basta con entenderlas yo. No vivo para complacer a nadie. Vivo para conseguir lo que quiero y mantenerlo bajo control.

Volaba hacia Málaga porque necesitaba desconectar: la prensa, el trabajo y mi madre me tenían saturado. Siempre había vivido en España, aunque por la cantidad de viajes que realizaba, muchos pensaban que lo hacía en el extranjero. Mi base estaba en Madrid, pero Málaga era mi refugio, lejos de todo ese caos. Aun así, ya que iba a estar allí un par de semanas, aprovecharía para cerrar un par de acuerdos.

Estábamos a punto de aterrizar en esa ciudad a la que ya había ido más de una vez. Era verdad que siempre me hospedé en el mismo hotel, pero la última vez que lo hice había cambiado de dirección y no me gustó nada el resultado.

Por eso, esta vez me quedaría en otro. Por lo que había visto, era muy bueno y, cuando mi secretaria hizo la reserva y pidió que se hicieran las cosas según mis indicaciones, no pusieron objeciones.

Solo esperaba no llevarme un chasco. Yo no viajo buscando lujo. Viajo buscando silencio. Si lo encuentro, perfecto. Si no, me voy y punto. Aprendí hace años que el descanso no se compra; se negocia. Y yo, cuando quiero desconectar, no negocio con nadie. Lo que quería era descansar esas dos semanas, aunque aprovecharía para cerrar algunos tratos pendientes. Pero mi motivo principal seguía siendo disfrutar sin sentir tanta presión.

La presión no viene de fuera. Viene de dentro. La gente piensa que el éxito te da tranquilidad. Es mentira. El éxito te da responsabilidad, te da exposición, te da tiempo limitado. Muchos creen que me mato trabajando por ambición. No. Lo hago porque no permito que nadie tenga control sobre mi vida. Ni socios, ni prensa, ni familia. Solo yo.

—Alex, quiero todo listo en cuanto lleguemos —le dije a mi hombre de confianza.

Alex llevaba conmigo desde antes de hacerme famoso; era mi mano derecha, amigo, y parte de la familia.

—Está todo preparado. El coche estará en la puerta en cuanto toquemos suelo —me contestó sin apartar la vista del ordenador.

—Asegúrate de que no sepan que estoy aquí. —Cuando hacía este tipo de viajes, procuraba que mi nombre se viera reflejado lo menos posible.

—No te preocupes, el hotel ya está al tanto de todo y la *suite* está reservada a mi nombre. —Siempre pendiente del último detalle.

—Llama a Julia y dile que vaya al hotel esta noche. —Necesitaba desahogarme, aunque solo fuera un rato. Y ella sabía hacerlo muy bien—. Dile que sea discreta al entrar.

No me gustaba que llamara la atención y que eso fuera la razón para que la prensa se enterara de que yo estaba allí. Yo prefería pasar desapercibido. Quien necesitaba foco era porque no tenía nada más que ofrecer. Julia lo disfrutaba. Yo no la juzgaba por eso, pero tampoco quería que me arrastrara a su mundo. Lo mío no era lucirme. Lo mío era manejar.

Por eso podía contar con Julia. Nunca me había fallado y, no nos vamos a engañar, me ponía mucho. Con ella era fácil; sin complicaciones. Ella y yo teníamos lo que teníamos: sexo, y punto.

Sí, un sexo demasiado bueno, pero que jamás pasaría de ahí. Ni quería ni me apetecía. Estaba bien como estaba y no buscaba complicarme más de lo necesario.

Ya lo había hecho una vez, y no salió como esperaba. No penséis que me dejó traumado, pero al principio sí me sentí dolido y luego reacio a conocer a otra persona. Después el tiempo pasó, y todo eso quedó atrás.

Simplemente estaba bien como estaba. Tampoco había conocido a nadie con quien me apeteciera tener algo más, ni siquiera un par de salidas esporádicas que fueran más que sexo.

No era un monje, ni pretendía serlo. Disfrutaba de la vida que tenía y lo haría mucho más si no estuviera siempre en el foco de atención. Pero ya lo he dicho, con esas mujeres había lo que había y ellas lo sabían. No estaban obligadas a nada y yo tampoco.

Era con Julia con quien más quedaba, bien cuando yo venía a esta ciudad o cuando ella venía a visitarme. Lo hacía poco, por lo mismo: porque no quería

que pensara que podía pasar algo más.

—En cuanto aterricemos me pongo en contacto con ella —contestó mientras no perdía la concentración en el portátil—. Por cierto, tu madre me mandó un mensaje diciendo que la llames cuando puedas.

—Lo haré más tarde. Ahora mismo no me apetece escuchar sus quejas —hablar con mi madre era terminar discutiendo por el mismo tema.

Estaba hasta los cojones de que quisiera emparejarme con la hija de su mejor amiga. No sabía qué coño se le había metido en la cabeza, pero estaba pesadísima.

Que si era perfecta para mí, que si sabría ejercer su papel mejor que nadie, que si me casaba con ella iba a ganar puntos con la prensa porque era elegante y sofisticada.

A mí todo eso me importaba una mierda. Si algún día hubiese querido casarme, lo habría hecho por convicción, no por estrategia. Ya tenía suficiente reputación sin tener que usar a una mujer como adorno. La gente creía que movía todo por imagen. Se equivocaban. Lo que había construido no me lo había dado nadie. Y no pensaba ceder terreno solo porque otros quisieran jugar a las apariencias. No sabía cómo no entendía ya que yo no me dejaba manejar ni por ella ni por nadie. Tenía edad más que de sobra para hacer lo que me diera la gana sin dar explicaciones.

—Cuanto más tardes en llamarla, más insistirá —dijo con media sonrisa, porque el cabrón disfrutaba verme al límite.

—Podías disimular mejor tu satisfacción cuando me ves cabreado. —Levantó la cabeza del ordenador y esta vez ni intentó disimular.

—Me encanta cómo tu madre consigue cabrearte en menos de un minuto. —Con Alex tenía confianza para hablar de lo que fuera. Él era más que un simple empleado; era quien había estado a mi lado, pasara lo que pasara.

De cara a la galería, él siempre intentaba mostrarse como un profesional, pero lo hacía para pasar desapercibido ante los periodistas.

—No sé cómo todavía sigues trabajando para mí con lo cabrón que eres —le respondí bromeando.

—Por las veces que te he salvado el culo. —No perdió la sonrisa.

—Tú lo has dicho, el día que dejes de hacerlo te desecho —claramente bromeando; jamás lo apartaría de mi vida.

Tal como Alex había previsto, en cuanto salimos del aeropuerto teníamos el coche esperándonos. Nos subimos atrás y fuimos directos al hotel.

Él se hizo cargo de todo en la recepción. Yo preferí ir directo al ascensor. No me gustaba quedarme donde podían reconocerme.

Por lo menos quería que me dejaran en paz unos días.

Muchas veces me había planteado poner a alguien al frente de todo mientras permanecía en las sombras. Otras, vender todas las acciones. Pero después pensaba: ¿qué cojones iba a hacer con tanto tiempo libre?

Retirarse es fácil. Mantenerse, no. Y no estoy hecho para ver pasar los días sin propósito. Muchos creen que la libertad es no hacer nada. Para mí, libertad es hacer justo lo que decido, cuando quiero. Si me voy, será porque quiero irme. No porque el mundo me empuje.

Porque de todo uno terminaba cansándose. Y aunque muchos pensaran que me podía dedicar a viajar de un país a otro y a moverme donde quisiera, ¿qué sentido tenía hacerlo solo? No necesitaba una pareja para sentirme completo; esa no era la cuestión. Pero había momentos en los que el silencio pesaba más de la cuenta. No por tristeza, sino por exceso de pensamiento. La mente no descansaba. Por eso, a veces, una conversación sincera valía más que cualquier contrato. Y no, no lo pensaba porque quisiera pareja. Pero no era lo mismo vivir así solo que acompañado.

Alex tardó poco en subir. Detrás venía el botones con nuestro equipaje. Su *suite* estaba justo al lado de la mía.

—Cuando venga, que pase directo, y recuérdales en la recepción que quiero que hagan la habitación temprano. —No era lo normal exigir eso, pero

me gustaba así para que no me molestaran a media mañana.

Cuando iba a hoteles, lo hacía sin horario, salvo que tuviera una reunión. Si no, no.

—Gracias —le dije al botones cuando dejó el equipaje.

—Se lo puedo colocar, señor. —Ofreció muy amable.

—No, gracias. Mañana lo hará la camarera de piso. —Le di propina.

Abrí la maleta y la dejé a un lado; solo iba a sacar un bóxer limpio y el perfume.

Cuando mi secretaria hizo la reserva, pidió que pusieran en el baño los productos de aseo que normalmente utilizaba.

Sí, sabía que era exigente, pero lo era gracias al dinero que tenía. Y no me disculpaba por usarlo cuando me daba la gana. Pocas cosas había en esta vida que no se pudieran comprar.

Salía de la ducha cuando la puerta se abrió y apareció Julia.

Venía con ese caminar sensual que hacía que pocos hombres no giraran la cabeza.

No podía negar que le encantaba llamar la atención; le gustaba. Julia disfrutaba siendo el foco. Sabía manejar su imagen mejor que nadie, y eso para mí era un problema. Yo no era un escaparate, ni necesitaba cámaras alrededor. Si algún día la prensa nos hubiera visto juntos, ella lo habría disfrutado; yo habría salido por la puerta de atrás.

Y sí, sonaba contradictorio decir eso y estar viéndome con ella, pero sabía que Julia no contaría nada sobre nosotros. Y si alguna vez lo hubiese hecho, me habría aguantado. No tenía nada que ocultar. Si yo decidía contar algo, lo contaba yo. Si callaba, callaba yo. Que la prensa hablara si quería; no me afectaba. Lo único que me jodía era que creyeran que sabían quién era. No tenían ni idea. No aireaba mi vida privada porque no me daba la gana, no porque fuera un secreto.

—Qué sorpresa me llevé cuando me llamó Alex —dijo acercándose en plan seductor.

—No tenía pensado venir hasta hace dos días. —Me acerqué a ella.

No era nada romántico lo que sentía. Era deseo. Y atracción. Sabíamos que nos daríamos placer mutuo.

—¿Y te vas a quedar muchos días? —preguntó claramente queriendo saber si habría más días juntos.

—No lo sé. Ya sabes cómo soy. Lo mismo vengo para una semana y termino yéndome a los dos días. —La agarré de la cintura y la acerqué a mi cuerpo—. Te llamaré si decido quedarme unos días más.

Mentira. Me quedaría dos semanas. Pero no quería que me escribiera cada dos por tres.

—Sabes que siempre que quieras me vas a tener. —Puso la mano en mi bragueta.

Julia no se andaba con rodeos. Yo tampoco. No había que complicar algo que estaba claro: veníamos a satisfacernos.

No hizo falta que la desnudara; lo hizo ella en un segundo. Al verla desnuda perdí el control.

Me bajé la ropa interior y agarré un preservativo del mueble donde los había dejado. Lo puse en la cama, justo al lado de donde ella se tumbó.

Esa noche terminamos agotados. Nos habíamos tenido ganas. El sexo fue lo de menos. Lo que me daba Julia era desconexión. Media hora sin pensar en cifras, en juntas, en decisiones. Eso valía más que cualquier *spa*. Y no, no era amor, ni lo sería. Era utilidad emocional momentánea. Ambos lo sabíamos. Era limpio. Era directo. Sin expectativas. Sin ataduras. Y así funcionaba.

No podía decir que era un hombre activo sexualmente, porque sería mentir. Pero tampoco iba buscando a unas y otras ni tenía sexo todos los días.

Otra cosa era cuando tenía pareja estable; ahí sí mi actividad aumentaba.

Julia se fue de madrugada. Ni a ella ni a mí nos gustaba dormir juntos. Eso lo tuvimos claro desde la primera vez.

Y no lo hacía porque me molestara dormir acompañado, sino porque dormir juntos empezaba a implicar sentimientos, y de mi parte no había ninguno hacia ella. Ni los habría.

Capítulo 4



Blanca

Aquel día no me podía permitir mirar las redes sociales, por muy tentador que fuera ver a ese hombre y por mucho que me alegrara la vista, porque ¿a quién le amarga un dulce? A mí desde luego que no.

No me juzguéis, que aquí cada uno es feliz como quiere o puede, y yo lo era recreándome la vista con esas imágenes, aunque en algunas apareciera con el ceño fruncido por estar enfadado.

Vamos, que digo yo que era por cabreo, porque conocerlo no lo conocía como para saber si esa era su cara de enfado. A lo mejor el pobre sufría de estreñimiento. Me reí al tener ese pensamiento.

A veces me daba por inventarme vidas ajenas. Qué queréis que os diga, era más entretenido que ver la tele. Total, como no tenía ni idea de quién demonios era ese hombre ni cómo vivía, pues mi mente hacía el trabajo sucio. Imaginación a mí no me faltaba, desde luego.

Me levanté dos horas antes de lo habitual. Vamos, que durante esos días no me iban a poder reprochar absolutamente nada relacionado con llegar tarde, porque pensaba llegar incluso antes de mi hora.

Estaba claro que no iba a entrar en la *suite* antes, no fuese a ser que pillara al cliente en una situación comprometida, pero que iba a estar esperando en el pasillo, vaya si lo iba a hacer, y a la hora en punto estaría tocando en la puerta.

Antonia se iba a quedar con la boca abierta cuando terminaran esas dos semanas. Buena era yo para eso. Vamos, que después de esto me iban a poner como segunda gobernanta como mínimo. Que conste que estaba bromeando, pero claro, no lo sabéis porque todavía no me conocéis lo suficiente, pero no os preocupéis, que lo iréis haciendo a lo largo de esta historia, porque aquí hay mucho que contar.

Y no os penséis que exagero, que yo soy muy de meter la pata, pero también soy muy cumplidora cuando quiero. De hecho, podéis apuntarlo: cuando Blanca promete, cumple. Aunque tarde medio año. O llegue corriendo con la lengua fuera. Lo importante es que lo haga. El método es lo de menos.

No me entretuve ni en tomarme el café en mi piso; me lo preparé en uno de esos vasos térmicos y no es por nada, pero el mío era de lo más chulo. Amarillo limón con las letras en verde manzana. Ese vaso era ya parte de mí. Diría incluso que éramos pareja estable: él me mantenía viva por las mañanas y yo lo llevaba orgullosamente de paseo. Y que conste que si algún día se me rompe, lloraré como una niña pequeña.

Sí, sabía perfectamente que si se me perdía, lo iba a encontrar con facilidad. Precisamente ese fue el motivo por el que me lo regaló Valentina. Me conocía demasiado bien y sabía lo despistada que podía ser para según qué cosas.

Lo mejor sin duda era la frase que llevaba impresa: «No existo para ti ni para nadie hasta que no me tome este café». Ella me lo quería regalar con otra frase, pero me negué en redondo. Conociéndola, podía mandar a imprimir una burrada, pero de las grandes.

Me cambié en el vestuario lo más rápido que pude y mira que esta vez no llegaba tarde, pero, como he dicho, a la hora en punto iba a estar tocando esa puerta. Ya sabemos que si no contestaban, podía entrar tranquilamente y, si lo hacían, pues bueno, no me quedaba más remedio que ir cuando él o ellos quisieran.

De todos modos, no creía que lo segundo fuera a pasar; más que nada porque habían sido ellos los que habían pedido que fuese a esa hora. Y hablo en plural porque no sabía si se hospedaba una persona o alguien más.

Cogí mi carro de limpieza, me puse uno de los auriculares (sin mi música no era nadie, me animaba como pocas cosas). Coloqué el vaso encima del carro para tenerlo a mano e ir dando sorbos.

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron, no pude evitar menear las caderas al ritmo de la canción que escuchaba en ese momento. Claro está que lo hice porque estaba sola, de lo contrario, habría permanecido quietecita, aunque en mi mente me estuviera imaginando los pasos que podía estar haciendo.

Dos minutos estuve esperando en la puerta hasta que dio la hora exacta. ¿No querían puntualidad? Pues eso estaba haciendo. No iba a entrar ni un minuto antes ni después. Y sí, ya sé que eso suena raro, pero si querían puntualidad, yo iba a ser puntual hasta la enfermedad. Porque si hay algo que me jode es que luego digan: «Es que Blanca llega tarde». Ah, no, bonita. No hoy. Hoy yo soy Suiza.

Y no, no penséis que me faltaba algún tornillo ni nada por el estilo. Simplemente me gustaba hacer las cosas a rajatabla. *«Ja, eso no te lo crees ni tú, bonita»*, me dije aguantando la risa.

—¿Qué haces ahí parada como un pasmarote? —Hostia, no me esperaba que Antonia se presentara por aquí y a esta hora.

—Esperando a que sea la hora para llamar —le dije con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Y tú qué haces aquí? ¿No confiabas en mí y has venido a verificar que llegaba a tiempo?

—No digas tonterías, niña. Tenía que organizar algunas cosas. —Qué mentirosa era la muy puñetera.

—¿Tú sabes que te acaba de crecer la nariz mínimo un centímetro? —le pregunté con cachondeo.

—Déjate de tonterías y entra ya —me dijo sin aguantar la sonrisa. Miré la hora y todavía quedaba un minuto.

—No. Queda un minuto. —Me crucé de brazos mirándola.

Antonia me conocía demasiado bien, por eso sabía que lo hacía a propósito. Yo y mi necesidad absurda de demostrar que podía hacer las cosas perfectas cuando quería. Ella ponía los ojos en blanco, pero en el fondo la tenía enternecida. Sabía que me quería como una hija. Aunque a veces quisiera meterme la fregona por la boca.

—Que sepas que me has decepcionado al no confiar en mí. —Con la punta del zapato di unos golpecitos en el suelo—. Mira que te iba a invitar esta semana a tomarte un café con mi madre y conmigo, pero ya no estás invitada.

—Blanca, no me toques la moral y entra de una puñetera vez. —Me encantaba sacarla de quicio; muchas veces era tan fácil que terminaba siendo de lo más divertido.

—Ay, mi tontilla, que la quiero. —Le pellizqué los mofletes y me eché a reír porque sabía el coraje que le daba—. Ya es la hora en punto, nos vemos a la comida. —Me giré y di dos golpecitos en la puerta; al no recibir respuesta, saqué la llave maestra y abrí.

—Dile a tu madre que estoy deseando verla. —Iba a entrar, pero me detuvo—. Espera, se me olvidaba decirte que el cliente quiere que le coloques toda la ropa en el armario. Hazlo bien y si ves algo arrugado, se lo planchas antes.

—Odio planchar. Si le llevo mi ropa a mi madre para que me la planche ella —resoplé—. Por lo menos espero que cuando deje el hotel la propina sea buena.

—No confíes mucho en eso. Sabes que cuanto más dinero tienen, más encogidos se vuelven.

—Menos mal que no todos son así. —Y era verdad; algunos ni los buenos días daban, pero otros te agradecían las cosas, aunque fueran con palabras.

Cerré la puerta detrás de mí para empezar. Tampoco pensaba que hubiera mucho que limpiar.

Lo primero fue cambiar las sábanas. En las *suites* se cambiaban todos los días. Al terminar con la cama, me puse con la ropa; mejor me quitaba lo que

más odiaba cuanto antes.

La verdad es que todo estaba bien doblado; se notaba que la persona que le hizo el equipaje sabía muy bien cómo doblar la ropa. Aun así, planché las camisas y algunas camisetas.

Presté atención a cada prenda de ropa que iba colgando en las perchas. De esa ropa saqué dos cosas en claro: una, que era un hombre joven y sabía vestir muy bien, y dos, que estaba solo.

Por lo menos no se veía otra maleta ni ropa de mujer. Al terminar, me fui directa al baño.

Al abrir la papelera para cambiar la bolsa, casi se me cayó la mandíbula. ¿Este hombre era humano o una especie de superhombre? Más o menos conté cuatro preservativos, pero no sabía si había alguno más.

No iba a meter la mano para comprobarlo, pero resistencia no le faltaba, eso quedaba claro.

No sabía si admirarlo o persignarme. Porque una cosa es tener energía y otra ser una central eléctrica. Y ahí me vi yo, con mis ridículas experiencias que podía contar con los dedos de una mano, y me sobran dedos. Envidia sana, lo juro. O no tan sana, depende del día. Lo único que tenía claro era que este hombre sabía lo que hacía. Y con ganas.

A no ser que hubieran montado una orgía o algo raro, que porque a mí no me gustara ese tipo de sexo no significaba que a otros no les fuera. En esta vida todo era lícito mientras todos estuvieran de acuerdo.

Bueno, el caso fue que me quedé asombrada. No sé si por mi poca vida sexual o porque no me lo esperaba.

Y si encima me imaginaba que ese hombre era guapo, bendita suerte tenía la mujer que hubiera disfrutado de él, porque seguro que si habían repetido tanto era porque él sabía cómo hacer que ella volviera los ojos del revés.

No tenía sentido repetir con alguien que te dejara insatisfecha. Yo no lo haría. Claro, también podía ser que la mujer se dedicara a ese trabajo y no

tuviera más remedio.

Blanca, deja de pensar en cosas que ni te van ni te vienen y dedícate a lo que tienes que hacer, me reñí mentalmente.

Terminé de limpiar el resto de la *suite* dejándola perfecta. Que yo sería despistada para muchas cosas, pero para el trabajo era meticulosa. Me aparté un segundo para observar todo. Si alguien entraba, pensaría que la habitación era una foto sacada del catálogo. Porque sí, seré desastre en mi vida personal, pero para trabajar soy una puñetera cirujana.

¿Qué se le va a hacer? No todo el mundo es perfecto; dentro de la imperfección está lo bonito.

Las demás habitaciones se hacían en nada. Las horas pasaron volando y cuando me quise dar cuenta, a la hora de la comida había terminado todo.

No, si al final esto de entrar una hora antes iba a tener ventajas.

¿Podía haberme ido a mi casa? Sí, pero era más divertido comer con las chicas que sola en el piso.

Porque sí, puedo ser una payasa, puedo ser despistada, puedo ser cabezona, pero hay algo que tengo claro: las personas que quiero son sagradas. Me quedo con ellas porque me llenan el alma, y eso vale más que cualquier siesta en mi casa.

Así que me quedé, y aproveché para concretar el día para salir con ellas. Por una vez que mi madre había dado el paso de salir para un café, no iba a dejar pasar la oportunidad.

Lo digo en serio, mejor dicho, lo pensaba: tenía que buscarle un novio a mi madre. Era joven y guapa para dejar pasar la vida. Yo solo quería verla feliz. A lo mejor ella no lo decía, pero yo la conocía. Sabía que le faltaba algo. Un abrazo, una complicidad, alguien que le preguntase «¿cómo estás hoy?». No porque necesitase a un hombre para vivir, sino porque también merecía sentir que alguien la mirara como si fuera lo más bonito del mundo.

Sí, le tenía que buscar uno que la hiciera temblar. Ya pediría ayuda a Valentina; seguro que lo disfrutaría incluso más que yo.

Capítulo 5



Blanca

Esto de salir una hora antes me tenía de lo más feliz, por lo que en cuanto terminé de comer con las chicas —venga, vale, les decía chicas más que nada porque lo eran, pero la realidad es que eran chicas maduras; uf, eso mejor que no me lo escucharan decir si no quería llevarme más de una colleja—, pues eso, que comí con ellas y quedamos para dentro de dos días por la tarde. En cuanto mi madre llegara a la puerta del hotel, nos iríamos con ella a dar una vuelta.

La idea de mi madre era tomar un café y después que la llevara a su casa, pero eso no iba a ser así. Durante esa comida habíamos quedado las cuatro en que después del café la llevaríamos a dar una vuelta por el centro de la ciudad y de ahí a cenar.

Llegué a casa con fuerzas, tantas que hasta me asombré de mí misma. Ni me duché; total, iba a sudar lo más grande organizándola entera, porque eso era lo que iba a hacer: limpiar la casa de arriba abajo y ordenar mi ropa, que era lo que de verdad necesitaba tiempo.

Lo que sí hice antes de ponerme con la casa fue hacerme un café y meterme un poco en Instagram. No había nada nuevo en las noticias y me parecía muy extraño que llevara tres días en los que no salía nada.

Lo mismo se había ido de viaje fuera del país; muchas veces lo hacía y, cuando eso pasaba, se publicaban menos cosas de él.

En fin, que mejor me tomaba el café y hacía lo que tenía pensado hacer.

Música como en el trabajo, con la diferencia de que aquí sí podía ponerla por el altavoz conectado al móvil. Y manos a la obra.

¿Cómo era posible que con el poco tiempo que llevaba viviendo aquí tuviera tan desordenada la ropa? Os juro, tenía un serio problema con ella.

Mira que era fácil colocar las cosas en su lugar, pero como siempre iba con prisas, si me probaba algo y no me gustaba cómo me quedaba, lo terminaba dejando encima de la cama de cualquier manera.

El caso era que se me acumulaba, sobre todo por la pereza que me daba. En ello estaba cuando sonó el telefonillo. Lo más seguro era que se hubieran equivocado, porque yo no estaba esperando a nadie.

—¿Sí? —pregunté como cuando te llaman por teléfono; sí, una tontería, pero qué le vamos a hacer, así era yo.

—Sí, no, abre que me estoy meando —dijo Valentina por el telefonillo.

A esta le importaba un pimiento que los vecinos la escucharan. Ella soltaba por la boca lo que le pasaba por el cerebro sin pensar en nada más.

—Te abro porque me da pena que te mees encima —respondí riendo.

—Gracias, eres muy amable. —Más sarcasmo no podían llevar esas palabras.

Dejé la puerta entreabierta para que entrara directamente. Sabía de sobra que no se iba a detener a saludarme, no hasta vaciar su vejiga. Así que regresé a mi habitación para ver si terminaba de una vez con todo ese lío.

—Ya podías haber esperado en la puerta para recibirme en condiciones —me dijo en cuanto entró en mi habitación.

—Claro que sí, y también te habría puesto una alfombra roja —le contesté sin levantar la vista de la camiseta que estaba doblando.

—Te ha faltado decir que también lo harías con una bandeja en la mano ofreciéndome una rica bebida. —Giré un poco la cabeza para mirarla por encima del hombro.

—¿Vienes con ganas de cachondeo? Déjate de rollos y ayúdame con lo poco que me queda.

—Poco dice… tía, tienes toda la ropa fuera del armario —resopló.

—Sí, pero estás viendo que está casi todo doblado, ordenado y listo para guardar; vamos, que mi espalda te puede dar buena cuenta de ello. —Llevaba tanto tiempo inclinada sobre la cama doblando ropa que creía que me iba a quedar doblada como una alcayata—. ¿Vas a ser buena amiga y darme después un masajito en la espalda? —le pregunté poniéndole ojitos para darle un poco de lástima.

—Claro que sí, faltaría más, y si quieres también pongo velas e incienso —menos mal que se puso a ayudarme—. Cuando te diga el chisme que te traigo, se te va a quitar hasta el dolor de espalda. —. Uy, esa sonrisa me decía que iba a soltarme algo que me iba a gustar mucho.

Me puse las manos detrás de los riñones para incorporarme poco a poco; anda que cualquiera que me viera, en vez de pensar que tenía veinticinco años, se pensaría que tenía mínimo setenta.

Pero es que en serio, la espalda se me había quedado cogida.

—No te hagas la interesante y suéltalo ya. —Me senté en un lado de la cama donde no había ropa.

—Pues mi cuñada ha dicho que hoy ha ido a comer al restaurante cierto famoso por el que bebes los vientos —aclaro: Marta, la cuñada de mi amiga, trabajaba en un restaurante de lujo y veía de cerca a gente famosa o con mucho dinero.

—¿No? —Me puse una mano en el pecho—. ¿Nico está en la ciudad? —Hala, ya me habían entrado los nervios.

Ahora iba a parecer una idiota, porque, conociéndome, sabía que por donde me moviera lo iba a estar buscando entre las personas, aunque lo hiciera inconscientemente.

Era superior a mis fuerzas. Muchas veces me reía de mí misma cuando me imaginaba chorradas como qué impresión me llevaría si me lo cruzara, o si lo conociera, si me daría un chasco por idealizarlo tanto.

Tonterías mentales mías.

—Sí, está aquí, por lo menos eso es lo que me ha dicho Marta, y te puedo asegurar que ella lo ha reconocido; vamos, como para no hacerlo con lo pesada que eres con él cada vez que salimos las tres. —No pude evitar reírme al escucharla.

Porque de Nico no hablaba con nadie, pero a Valentina y Marta bien que les calentaba las cabezas. Coño, que digo yo que con alguien tendría que desahogarme y contar mis fantasías con ese hombre.

Evidentemente, algunas fantasías me las guardaba para mis noches con el señor succionador de clítoris. Mira que me lo imaginaba en la cama y se me ponían los pelos de punta. Eso sí, como luego resultara un egoísta sexual, me daba un parraque. Pero no tenía pinta.

Claro que tampoco os fieis mucho de mis palabras, que con Nico no era objetiva.

—¿Por qué todo el mundo tiene suerte menos yo? —Más que pregunta, lo dije en forma de resignación.

Lo mío no era mala suerte, era ya una especie de maldición gitana. Si había una fila, yo me ponía en la que tardaba más; si había dos puertas, yo elegía la que no abría. Y con los hombres, igual: si existía uno que me podía gustar, tenía que estar más lejos que Plutón. Vamos, que si un día llevo una racha buena, juro que me mosqueo, porque algo raro pasa.

—Pues yo creo que es mejor así; estoy segura de que sería mucho más jodido para ti verlo de cerca y no poder acercarte. —Pues también tenía razón.

—No puedo seguir así; por culpa de la obsesión que tengo con él no me fijo nunca en otro hombre. ¿Y si por su culpa estoy dejando escapar al futuro amor de mi vida?

A veces pensaba si era normal estar así por alguien que ni sabía que existía. No era obsesión loca, era… ilusión tonta, ilusión de adolescente en cuerpo de adulta. Que conste, yo no quería casarme con él ni tener diez churumbeles. Yo solo quería saber qué pasaba si ese hombre, aunque fuera un día, me miraba a mí como miraba a la cámara: con esos ojos que te derretían el alma y te dejaban hecha papilla. Pero sí, ya sé, soy una exagerada.

—Eso tiene fácil solución. —Me quedé esperando que me la diera—. Deja de buscar todo lo relacionado con él y olvídate de una buena vez.

—¿Crees que no lo intento? Todos los días amanezco diciendo «hoy no miro nada sobre él»; y al final del día caigo.

—Eso lo vamos a intentar solucionar el sábado —dijo poniéndose en pie de un salto—. Nos toca salida y beber hasta que nos caigamos por las esquinas.

Ay, madre. Cuando mi amiga decía algo así, solíamos terminar muy mal.

—Valentina, que las borracheras no nos traen nada bueno. —Me levanté para ir a la cocina y preparar cena.

Y sí, había una razón por la que estaba aquí: gorroneo. Si ella venía entre semana, era porque no tenía ganas de cocinar.

—Tampoco somos tan peligrosas. —No se lo creía ni ella.

Peligrosas no, qué va. Nosotras éramos categoría especial: «peligro controlado con tendencia a liarla». Y claro, cuando juntas a dos mentes como la nuestra, la cosa se podía ir de madre muy rápido. No necesitábamos alcohol para meternos en líos, pero el alcohol siempre ayudaba a que el nivel subiera a «posiblemente recordemos esto en veinte años y nos riamos como idiotas».

—Eso díselo a tu hermano. Todavía recuerdo cuando casi nos meten en el calabozo. —La muy capulla se partía de la risa recordándolo.

Y es que no tuvo otra cosa que obligarme a ponerme junto a ella en sujetador en medio de un paso de peatón, obligando a los coches a detenerse. Vamos, que no dejamos que pasara ni uno hasta que llegó la policía.

Menos mal que uno de los policías que vino era amigo de Pablo y lo llamó para que viniera a por nosotras. La bronca que nos echó el hermano de mi amiga fue chica; un poco más y todavía me seguían pitando los oídos.

—Eso fue buenísimo. —Mi amiga estaba fatal.

—Tía, ¿cómo puedes decir eso? Estuve cerca de un mes saliendo casi de incógnito porque nos hicieron un vídeo que se hizo viral; vamos, que todavía tiene que estar dando vueltas por las redes. —Me pasé las manos por la cara exasperada; con ella no había quien pudiera.

—Mujer, míralo por el lado bueno. Quién sabe si tu Nico ha visto ese vídeo.

De verdad que mi amiga estaba para que la ingresaran, y no hace falta que os diga dónde.

—¿De qué coño me vale que me vea si no sabe quién soy? Y espero que no lo haya visto; me muero de vergüenza.

Terminé de cortar el tomate en rodajas.

Iba a hacer para cenar el tomate con un poco de queso fresco, aliñado con sal, orégano y aceite. Pues comeríamos eso y una tortilla francesa; vamos, que no pensaba complicarme la noche, con eso íbamos más que de sobra.

—De todos modos, da igual imaginarte que lo hubiese visto; no lo vas a saber nunca y, para que te quedes más tranquila —hizo una pausa— no creo que ese hombre sea de los que se entretienen viendo esa clase de vídeos.

—No, yo tampoco lo creo. ¿Dónde quieres cenar? —le pregunté, cambiando de tema.

Ya iba siendo hora de que dejara la tontuna que tenía en la cabeza por alguien al que nunca tendría la posibilidad de conocer y que, si por casualidad

lo llegara a hacer, estaba segura de que sería de lejos.

—En la mesa baja del salón; podemos ver una película mientras cenamos. —Empezó a llevar los cubiertos y las demás cosas mientras yo terminaba de hacer la segunda tortilla.

»Por cierto, Marta me ha dado unas entradas para una nueva sala de fiestas; por lo visto está muy de moda. —Nos sentamos para empezar a dar buena cuenta de la cena—. El dueño de la sala es cliente fijo del restaurante y le ha dado cuatro.

—Imagino que en ese lugar las copas tienen que costar un ojo de la cara. —No me iba a quedar en la pobreza por salir a ese lugar y tomarme unas cuantas copas, pero, coño, dolía gastarse el dinero tontamente en algo cuando podías tener lo mismo a menor precio.

—Eso es lo mejor de todo; las entradas van acompañadas de barra libre. —Se frotó las manos disfrutando como una niña pequeña—. Eso sí, tenemos que salir de compras; a ese local no se puede entrar de cualquier manera.

—Te lo digo desde ya, paso de comprarme ropa cara que después no voy a tener la oportunidad de volver a utilizar. —Por ahí sí que no pensaba pasar.

Me daba igual gastarme dinero en ropa buena, pero sabiendo que le iba a dar uso. En una prenda que solo iba a ponerme una vez o dos como mucho, ni loca. Prefería ahorrar ese dinero para irme en verano de vacaciones. Porque ese año pensaba irme mínimo una semana; para eso llevaba casi un año ahorrando.

—Tranquila, sé de algunas tiendas donde tienen ropa increíble y no hay que hipotecarse. —Al final no encendimos ni la tele; nos dedicamos a hablar de todo un poco.

—A todo esto —la miré fijamente porque quería ver todas las reacciones —, ¿cómo te va últimamente con César?

César era un muchacho con el que mi amiga mantenía una relación tira y afloja, nivel telenovela.

—No es que haya cambiado mucho la cosa. Ya sabes cómo es él. —Se encogió de hombros como si no le importara, cuando la realidad era bien distinta.

—¿No crees que ya es hora de que lo dejes atrás y avances un poco? No entiendo que con tu forma de ser aguantes a ese capullo.

—Sinceramente —me miró con una sonrisa—, porque será todo lo capullo que quiera, pero me da unos orgasmos de la leche. —Le di un manotazo en el brazo riendo.

Desde luego que la leche era ella.

Yo no sé si algún día maduraríamos, pero mientras tanto éramos felices siendo así: desastre organizativo, obsesiones imposibles, líos que terminaban en risas y conversaciones profundas que no planificábamos, pero que siempre surgían. Y sí, a veces me preguntaba si estaba viviendo la vida como debía… pero después me veía con ella, hablando de tonterías, planificando cómo vestir sin rehipotecar la casa y evitando que mi madre se quedara sola, y pensaba: «Pues igual lo estoy haciendo mejor de lo que parece».

Capítulo 6



Nico

Aquel día salí a correr antes de lo habitual, por lo que también llegué de vuelta al hotel antes de tiempo. Miré la hora en mi reloj y pude confirmar que llegaba media hora antes.

Así que estaba completamente seguro de que la camarera de piso estaría limpiando todavía. Quizás tendría que haberme detenido en la cafetería a tomarme un café y hacer tiempo mientras terminaban de limpiar, pero no me apetecía estar rodeado de personas.

—Todavía estarán limpiando —me dijo Alex a mi lado.

Él salía todos los días a correr conmigo, no porque le obligara; lo hacía porque le gustaba mantenerse en forma.

—Lo sé, no me importa, puede ir limpiando mientras me ducho. —Le quité importancia.

—Podrías ducharte en la mía. —Sé que me lo dijo para que no tuviera trato con una desconocida.

—No me molesta, ella estará haciendo su trabajo, no tengo ni que hablar con ella nada más que para darle los buenos días. —Entré en el ascensor pulsando el botón de mi planta.

—Como quieras. —Era consciente de que había algo que le rondaba la cabeza y no me quería decir.

—Suéltalo ya, aunque sé por dónde vas. —Lo miré apoyando mi espalda en la pared del ascensor, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Nunca habías quedado dos noches seguidas con Julia. —Tenía razón y mi intención cuando quedé con ella la primera noche fue no hacerlo más.

—Lo sé, me dejé llevar por la mala leche que me entró después de hablar con mi madre, tenía que desfogar y esa me pareció la mejor manera. —La verdad, solo lo hice por eso, no había nada más—. No pienses cosas que no son.

—No me estoy imaginando nada, las pruebas hablan por sí solas. —El capullo sonrió con arrogancia.

—Tú también follas y no te digo nada —resoplé.

—Pero a mí no quieren intentar casarme. —Hijo de su madre, el golpe bajo que me acababa de dar—. Por no decir que lo puedo hacer con mayor libertad. —Llegamos a la planta.

—Eres un capullo de categoría. —Me dirigí hacia mi puerta y él para la suya.

—Nos vemos en una hora. —Se despidió sin borrar esa sonrisa de su cara.

Pasé la tarjeta por la puerta y entré quitándome la camiseta. En cuanto me la saqué por la cabeza, me di cuenta de que en medio de la habitación estaba el carro de la limpieza.

Me hizo gracia el vaso térmico que vi encima de él, era negro y con una frase con letras claras en rosa fucsia que decía «No me mires, soy mucha mujer para ti». A la mujer que se suponía que tenía que estar limpiando no la veía por ningún lado.

Aunque sí escuché hablar a alguien en el baño, me acerqué en silencio para enterarme bien de lo que estaba diciendo, que en realidad me importaba bien

poco, pero lo hice igualmente.

—Madre mía, este hombre no es de este planeta y, si lo es tiene que estar en los huesos. —Me hizo gracia, parecía como si estuviera hablando consigo misma—. Se tiene que estar gastando un pastón en condones. Uf, menos mal que es limpio y no los va dejando tirados por la habitación. —Me asomé a la puerta en silencio, apoyé un hombro en el marco de ella con los brazos cruzados. Me hizo gracia la conversación que tenía consigo misma.

»Esto no es normal, yo creo que tienen que montar orgías, porque no es posible que un solo hombre practique tanto sexo. —Levanté una ceja escuchándola atentamente.

—Nunca he participado en una orgía, pero es una cosa que no descartaría hacer en un futuro —gritó llevándose la mano al pecho, provocando que la papelera se le cayera de las manos—. ¿Le interesa mucho mi vida sexual? —La pobre muchacha se puso totalmente roja; yo diría que no sabía dónde esconderse.

Simplemente me miraba con los ojos abiertos al máximo y con la mandíbula descolgada.

Era bonita, mucho, eso es algo que no podía negar. Era de estatura media, el color del pelo era castaño con destellos dorados. Su rostro era fino y bien definido, una cara muy femenina y chiquitita.

Bajé mi mirada por su cuerpo y lo tenía espectacular; y eso que tenía ese uniforme que estaba seguro de que no le hacía justicia a lo que escondía debajo de él.

Me gustó mucho lo que vi, tanto que sentí como mi pene daba un salto dentro de mi pantalón deportivo. Si la hubiera conocido en otro lugar y bajo otras circunstancias, no tenía duda de que hubiera intentado llevármela a la cama.

—Lo siento, pensé que estaría sola. —¿Era muy cabrón por mi parte disfrutar de la vergüenza que le estaba causando?

Probablemente. Pero no me quitaba el sueño. Verla tímida me divertía demasiado.

—No me ha contestado a la pregunta que le he hecho. —Quise apretar un poco más las tuercas.

De repente su rostro cambió de expresión, como si de verdad estuviera viendo algo por primera vez. Se puso recta y seria.

—Le vuelvo a pedir disculpas, pensé que estaba sola y simplemente estaba hablando conmigo misma en voz alta y, en cuanto a su pregunta —me miró directamente a los ojos—, no me importa lo más mínimo su vida sexual. —Cogió la bolsa de basura de la papelera—. Si me permite —me pidió permiso para que la dejara pasar.

—Permiso concedido. —Me aparté lo justo para que al pasar se tuviera que rozar conmigo.

Vi cómo negó con la cabeza, fue un gesto mínimo, pero lo pude ver bien. En cuanto pasó por mi lado, me giré para ver cómo caminaba hacia el carro. No pude evitar bajar la mirada por su espalda hasta detenerla en ese trasero que pedía a gritos que se lo apretara con las manos.

Me mordí el labio inferior al imaginarme todo lo que podía hacer con ese perfecto culo moviéndose encima de mí. Joder, cómo me había puesto, y eso que llevaba dos noches con sexo desenfrenado.

—Bonito vaso —le dije cuando vi que lo cogía para darle un sorbo.

—Gracias, no es el único que tengo. —Sonó con un poco de ironía; a lo mejor se había enfadado conmigo por mis comentarios. Tampoco me iba a quitar demasiado el sueño—. Si quiere, puedo volver más tarde, cuando haya terminado con el resto de las habitaciones. —Se notaba que estaba deseando huir de aquí, sin embargo, no me apetecía que lo hiciera.

—No, puede ir haciendo el resto de la *suite* mientras me doy una ducha; el baño lo dejas para lo último. —No me molesté ni en coger la ropa interior.

Entré en el baño cerrando la puerta. Si la dejaba abierta, iba a ser demasiado descarado por mi parte.

Encendí la ducha sin llegar a esperar a que el agua se pusiera caliente. Para calor, el que sentía recorriéndome el cuerpo entero.

Lo que esa mujer había logrado en mi cuerpo no lo había hecho ni Julia ni otra mujer. Estaba claro que con todas las que me había acostado me ponían mucho, pero lo de esa mujer era otra cosa, porque no había hecho falta verla desnuda para que mi pene reaccionara de esta manera.

Me dio igual que estuviera fuera. Me la imaginé con sus pechos rebotando de un lado para otro mientras estaba encima de mí, con mi miembro tan dentro de ella que lo iba a sentir toda la vida.

Dejé volar mi imaginación y en ella me la follaba de todas las posturas en las que lo pudiera hacer. Un cosquilleo me recorrió el bajo vientre llegando hasta mis testículos. Llevé una mano al tronco de mi pene; joder, estaba tan caliente que me dolía.

Subí la mano con demasiada lentitud por toda la longitud de mi miembro. Al llegar al glande, pasé el dedo pulgar por él, haciendo que el cosquilleo que sentía aumentara. Apreté un poco y resoplé echando la cabeza hacia atrás.

La necesidad de ir a más se hizo más fuerte. Aumenté la velocidad sin dejar de pensar en cómo se sentiría estar dentro de ella mientras gemía mi nombre.

Me dio igual parecer un adolescente, hacía demasiado tiempo que no me ponía así de caliente y necesitaba llegar a un orgasmo o andaría todo el día con dolor de huevos.

Me mordí el labio con fuerza para no soltar un jadeo cuando me corrí. Por mucho que me hubiera gustado que me hubiese escuchado o visto, no era plan.

Salí un poco más relajado, por lo menos una parte de mi cuerpo lo hizo, aunque si seguía dejando que mi imaginación volara pensando en ese cuerpo, no creía que tardara mucho en que mi pene se volviera a alzar.

Sonreí al recordar cómo esa mujer decía que era imposible que un hombre pudiera tener tanto sexo en una noche, lo que no se podía imaginar es que

podía tener mucho más, sobre todo si la tenía a ella debajo de mi cuerpo respirando y gimiendo junto a mi oído.

Me puse una toalla alrededor de la cintura y salí de la habitación. Sabía de sobra que no me estaba comportando como tendría que hacerlo.

Pero había algo en esa mujer que me hacía desear buscarle la boca y hacerla sentir un poco incómoda con mi presencia.

Cuando vi su mirada, la primera impresión que me dio fue de sorpresa, asombro, pero después distinguí un poco de enfado, y lo más seguro era que se debía a que no me podía contestar de la forma en la que a ella le hubiese gustado.

Eso fue algo que me gustó mucho en su mirada, porque muchas personas, por el simple hecho de saber que tienes dinero, te hacen la pelota descaradamente; sin embargo, ella no, ella se mantenía callada por obligación.

—Ya puedes hacer el baño cuando puedas —le dije cuando salí a su encuentro.

Noté cómo me repasó cada centímetro de mi cuerpo y, por sus mejillas que se pusieron rojas otra vez, me di cuenta de que le gustaba mucho lo que estaba viendo.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunté con una sonrisa arrogante—. Si quieres, cuando termines de trabajar puedes venir a pasar la tarde conmigo, te prometo que esta cama es demasiado cómoda. —Me senté en el filo de ella abriendo un poco las piernas para que intuyera lo que escondía debajo de la toalla.

Al mirarme y ver lo que le estaba mostrando con disimulo, como si no me hubiese dado cuenta, de tener las mejillas rojas pasó a ponerse desde el cuello hasta la raíz del pelo.

Interesante reacción.

No recordaba la de tiempo que hacía que no me divertía tanto. Es que me lo estaba poniendo tan fácil que hasta me estaba dando un poco de pena.

—Creo que se está tomando unas libertades que no le pertenecen. —Y ahí estaba esa chispa de fuerza y rabia que había visto antes.

—No le he dicho nada malo, solo la he invitado a pasar un buen rato si quiere. —Vi cómo apretó la mandíbula con fuerza.

—No creo que porque tenga dinero para vivir cien vidas le dé derecho a tratar a otras personas como si no tuvieran valores y se dejasen comprar fácilmente. —Me levanté en el acto; la verdad era que no esperaba que me parase los pies de esta manera.

»No sé con qué clase de personas está acostumbrado a tratar, pero conmigo se ha equivocado por completo. Será mejor que termine de limpiar el baño, que es lo que me falta, y me vaya cuanto antes.

Tenía que reconocer que me había pasado con ella demasiado, pero no fue con mala intención; solo quería reírme un rato.

—Si tiene alguna queja por mi contestación, puede llamar al director y quejarse, pero no piense que porque sea una simple limpiadora voy a dejar que se ría de mí ni que me trate como si estuviera dispuesta a abrirme de piernas con tal de mantener mi puesto de trabajo. —Sus palabras fueron de pura rabia, pero en su mirada pude ver decepción—. Para eso no creo que le falte quien lo haga.

—En ningún momento mi intención ha sido dar por sentado que se vendería. Como bien ha dicho, no necesito que lo haga. —Me acerqué un poco, no mucho; no quería que se sintiera intimidada, por lo menos no más de lo que ya lo había hecho. Me fijé en la placa que tenía en la chaqueta.

»En cuanto a su trabajo, no tema. ¿Blanca, verdad? —No me contestó—. Creo que ha sido un malentendido, sin duda provocado por mí. Puede quedarse tranquila, no la molestaré más. Ahora puede seguir con su trabajo, que para eso está aquí.

Sabía que le había hablado con demasiada prepotencia y arrogancia, pero me había cabreado que hubiera dado a entender que la había tratado como si fuese una puta. ¿Que a lo mejor lo pareció? No lo niego, pero que no fue mi intención también era verdad.

Capítulo 7



Blanca

Ese día no había un Dios que me aguantara la mala leche. No le había contado a nadie lo que me había pasado, ni siquiera se lo dije a Valentina, y eso que no tenía secretos con ella.

Creo que necesitaba tiempo para procesarlo todo. No era solo la rabia que sentía, que era mucha. Lo que más me dolió fue la decepción que me llevé con ese hombre.

Tanto tiempo idolatrándolo, bebiendo los vientos por él, soñando que algún día lo conocería, pensando que era un buen hombre… y resultó que todo había sido un espejismo.

Menudo hijo de puta. Me dio coraje haber dejado pasar tanto tiempo porque no había tenido ovarios para sacármelo de la cabeza, pero ¿sabéis qué os digo? Que no hay mal que por bien no venga.

Gracias al comportamiento que había tenido hacia mí, había hecho que todo el enamoramiento que sentía por él se evaporara de un solo plumazo.

Vamos, que todo lo que tenía de guapo, lo tenía de cabrón. Ahora entendía mucho mejor por qué era tan hermético con su vida privada. Si la prensa se enterara de cómo era realmente Nico, no lo adorarían tanto ni lo tendrían encima de un pedestal.

Puede que fuera un genio para los negocios, eso no lo pongo en duda, pero todo lo que tenía de bueno en ese aspecto le faltaba en otros. Por ejemplo, en tener valores que lo hicieran mejor persona.

Desde luego, por mí se podía quedar tal y como estaba, que siguiera con el estilo de vida que llevaba. Tal vez él pensaba que tenía de todo, pero yo veía esa vida completamente vacía.

No hablé con Antonia para que mandara a otra persona a hacer su habitación porque tenía la esperanza de no volverlo a ver nunca más.

Es que todavía me parecía mentira la decepción tan grande que me había llevado. Qué cierto eso que dicen de que no te puedes fiar ni de tu sombra como para hacerlo por unos sentimientos hacia una persona que ni siquiera conocías.

Pasé una mala noche. Intenté repetirme como un mantra que «eso ya estaba superado, que Nico me daba igual». Sí, claro. Y yo era princesa Disney con escoba incluida.

Supongo que cada cerebro tiene su propia programación: el mío, por desgracia, venía con la opción «pensar estupideces antes de dormir» activada de fábrica.

Me levanté como las últimas mañanas. Me preparé el café en otro vaso térmico —esta vez uno rosa pastel con letras celestes— con una frase que decía «Un café, una sonrisa y más de un vete a la mierda».

Sí, tenía una buena colección de estos vasos; me encantaban. Y a Valentina también. Muchas veces los veíamos con frases graciosas y por eso los comprábamos; otras veces simplemente los mandábamos personalizar con alguna frase que se nos ocurría.

A la misma hora de siempre, llamé a la puerta con dos golpes suaves y, al no recibir respuesta, entré con la llave.

Todo estaba como los anteriores días, no había cambios. Bueno, sí noté un pequeño detalle: la cama solo estaba desecha por un lado y no tan revuelta como me la había encontrado en las demás ocasiones.

—Mira, hoy ha sido creativo —murmuré mirando la cama—. Ha dormido solo en un lado. Que no se diga que soy malpensada; igual está ahorrando energía para un apagón general mundial… quién sabe.

Me dejé de pensar tonterías y, con mi ritual de siempre, me puse manos a la obra.

Ese día cambié el orden de la limpieza. Tal vez lo hice inconscientemente para que, si le daba por venir antes de tiempo, no me pillara en el baño y pudiera verlo llegar.

Así que lo primero que limpié fue el baño. La verdad es que lo hice igual de meticulosa que siempre, pero con mucha más rapidez. Me negué a mirar hacia la papelera mientras sacaba la bolsa.

Cerré los ojos y até la bolsa como quien realiza un exorcismo.

—Esto no lo he visto, no lo he visto… —susurré.

Si hubiera habido premio a la cobardía higiénica, me lo habría llevado de calle. Sé que fue un acto de niña pequeña, pero no quería ver más preservativos. Como he dicho: una gilipollez, pero bueno, cada loca con su tema, y si así me hacía sentir mejor, lo iba a hacer. Total, no le hacía daño a nadie.

Estaba cogiendo el carro para salir cuando la puerta se abrió dando paso a ese hombre que, desde el día anterior, veía con otros ojos.

Sí, no voy a negar que me seguía pareciendo guapo, pero el encanto se había roto por completo.

—Buenos días, Blanca —me dijo al entrar. Me asombró que se acordara de mi nombre, a lo mejor fue porque yo había sido la única que lo había puesto en su sitio.

—Buenos días, señor. —Menos mal que me di prisa en limpiar; en el fondo no me equivoqué y sabía que iba a llegar antes de tiempo—. No cierre, por favor, ya me iba.

—¿Ya has terminado? —Repasó toda la *suite* con la mirada, como si estuviera verificando que de verdad había limpiado.

—Sí. Ahora, si me permite, tengo un poco de prisa. —Intenté pasar por su lado, sin conseguirlo porque no se apartó.

—Blanca, quería volver a pedirte disculpas por hacerte sentir incómoda ayer.

—No se preocupe, no pasa nada, pero de verdad, me tengo que ir. —Quería salir de aquí lo antes posible—. Me están esperando para limpiar otra habitación con urgencia.

Lo miré directamente a los ojos, para que entendiera que ni me dejaba pisotear ni le temía a que pudiera pedir que me echaran del trabajo. Por mucho que se hubiera disculpado, esa disculpa estaba vacía, no significaba nada. Lo decía por quedar bien, no porque lo sintiera de verdad.

—Que tenga un buen día, señor —dije al salir.

—Igualmente, señorita. —Y ahí marcó la distancia. Ya no era Blanca como me había dicho al entrar.

Bueno, mejor me olvidaba de ese hombre y me dedicaba a mi trabajo. Ese día tenía que ser bueno; por lo menos esa era mi intención y estaba empeñada en conseguirlo.

Porque, vamos a ver, para una vez que mi madre salía para tomarse algo conmigo y con las demás, no iba a permitir que me viera con mala cara por culpa de una absurda fantasía que yo solita me había montado en la cabeza. No. Ese día no. Ese día tocaba estar bien, sonreír y que nada estropeara ese rato juntas. Aunque fuera solo por ella.

Como me había dado un poco más de prisa en hacer la *suite* presidencial, podía ir haciendo las demás con más calma.

Me concentré en la música y me dejé llevar, sin darle más vueltas a la cabeza. Cuando me quise dar cuenta, ya era la hora de la comida, y como el día anterior, me dio tiempo de tenerlas todas listas.

—Blanquita, parece que te viene muy bien entrar a trabajar antes… o es que Antonia te está dando menos trabajo —me dijo Estefanía con ese retintín que solo ella sabía usar.

—Tengo el mismo trabajo que tienes tú o cualquier otra —respondí sin levantar la voz—. La única diferencia entre tú y yo es que yo me dedico a hacer mi trabajo sin perder el tiempo.

—O simplemente te has vuelto aplicada porque el jefe está hasta los cojones de ti y has visto las orejas al lobo —lo dijo muy creída, delante de sus dos amiguitas.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —le repliqué— Te lo digo porque, si estás intentando buscarme la boca, hoy la vas a encontrar.

—Parece que por aquí la verdad escuece un poco. —Se hizo la graciosa, como siempre.

—Mientras me escueza eso y no el coño como a ti, vamos bien —respondí sin pestañear.

Se levantó de golpe, como un toro que ve rojo.

—¿Qué mierdas has querido decir? —preguntó con rabia.

—No he querido decir nada, lo he dicho, y bien claro. Si no lo has entendido, es tu problema. De todos modos, para que veas que soy buena y comprendo que con los años has podido perder un poco de audición, te lo repito —me crucé de brazos—: te he preguntado si te escuece ahí abajo. Por lo que van diciendo por ahí, le das buen uso… y no precisamente con tu marido.

—No te permito que insinúes ese tipo de cosas.

—No, si yo no lo insinúo —le aclaré—. Pero si no quieres que hablen de tu vida sexual fuera del matrimonio, quizás deberías dejar de acostarte con el jardinero, con el botones y con el ayudante de cocina. —Cerró la boca con los labios apretados.

»Y que conste que a mí me da igual con quién te acuestes. Solo te lo digo como buena compañera, por si alguna vez tu marido aparece por aquí y le llega algo a sus oídos.

La miré de arriba abajo y luego continué comiendo.

—La próxima vez que quieras buscarme la boca, a lo mejor te lo piensas un poco mejor.

—Eres una hija de… —Iba a decirlo, pero la corté.

—Cuidado con lo que vas a decir —la avisé—, porque como lo hagas te voy a hacer limpiar toda la recepción con la lengua, para que le des buen uso.

—Basta ya, Estefanía —intervino Ana. Y eso fue señal de que la cosa estaba seria. Ella jamás se metía, pero esta vez su paciencia se había agotado —. No entiendo la manía que le tienes a Blanca desde que empezó a trabajar aquí. Ella siempre ha pasado de ti, hasta que por una vez te ha contestado como te mereces.

Ana no tuvo necesidad de levantar la voz, pero dejó claras las cosas como siempre.

—Te lo voy a decir solo una vez: la dejas en paz o yo misma voy a hablar con el señor Alfredo.

Le hice un gesto a Ana para que no siguiera, no merecía más.

Estefanía y sus dos sombras salieron del comedor sin decir nada, pero me lanzó una mirada que decía que esto no había terminado.

—Te tengo dicho que no entres en el juego de esas —me regañó Luisa cuando me senté a su lado.

—Ya, pero resulta que no siempre se tiene la misma paciencia —respondí sacando mi ensalada de la nevera.

Una de esas ensaladas preparadas del súper, porque para hacerme algo yo… no iba la cosa. Esa era mi comida hoy.

—Pues tienes que intentar morderte la lengua —dijo Ana—. Les estás dando justo lo que quieren.

—Joder, que han sido años de silencio —dije frustrada—. Una cosa es no querer discutir y dejar pasar comentarios hirientes, y otra distinta es que me tomen por gilipollas.

Las miré a las dos.

—Me he callado durante todo este tiempo, pero ya no. Si me da, se la devuelvo.

—Estás en tu derecho, cariño —dijo Luisa con calma—. Nosotras siempre hemos intentado evitar que tuvieras problemas, por eso te decíamos que no entraras en su juego. Pero viendo que nunca has contestado y aun así siguen, solo te puedo decir que a partir de ahora te defiendas como creas mejor.

—Estoy de acuerdo con Luisa —asintió Ana—. Y ahora deja el tema y come tranquila.

Respiré hondo como si estuviera inhalando aromaterapia y no olor a lejía con limón. Tenía que relajarme, que bastante jaleo llevaba en la cabeza como para encima dar espectáculo.

Porque si algo tenía claro, era que ese día no iba a dejar que nadie, ni Nico ni Estefanía, me jodieran el ánimo.

Y muy dentro de mí, una vocecita me decía: «No te preocupes, Blanca, hoy todo va a salir bien».

Otra voz, más cabrona, respondía: «Sí, claro, tú sigue soñando, guapa».

Entre las dos era difícil decidir cuál tenía razón.

Capítulo 8



Blanca

Aquel día me llevé al trabajo una ropa un poco más presentable; no es que saliera de mi casa mal vestida ni nada por el estilo, pero como solo era ropa hasta llegar al hotel, solía ponerme *leggings* en invierno con alguna sudadera y pantalones cortos con camisetas de tirantes en verano.

Por eso me había traído un vestido de punto en *beige*, de manga larga y cuello alto. El largo quedaba un poco por encima de las rodillas.

También me había traído unas botas de caña alta en marrón oscuro; tenían algo de tacón y eran supercómodas. Había acompañado el conjunto con una cazadora del mismo color que las botas.

En mi taquilla de los vestuarios tenía un secador de pelo que me había traído hacía mucho tiempo; fue una vez que salí de fiesta directamente desde el trabajo y ya no me lo volví a llevar. La verdad, me venía bien tenerlo allí para ocasiones como esa.

Metí mi teléfono y la cartera en un bolso también marrón, un poco de perfume y ya estaba lista para pasar una buena tarde junto a las chicas. Me miré un segundo en el espejo del vestuario: no era una modelo, pero tampoco estaba para esconderme detrás de una fregona.

Quería llevar buena cara, buena ropa y energía. Al fin y al cabo, aquella tarde era especial para mi madre, no para mí.

—Niña, que vamos a tomar un café —dijo Antonia cuando me vio—. Estás guapísima, pero contigo a nuestro lado pocos hombres se van a fijar en nosotras. —Terminó diciendo entre risas.

—Te recuerdo que estás casada; todas estáis casadas menos mi madre y yo. —Las señalé a las tres riendo. Sabía que estaba bromeando; ella y las otras dos estaban muy enamoradas de sus maridos, y ellos de ellas.

—Pues con lo guapa que estás hoy te puede salir hasta un marido —me dijo Ana con una dulce sonrisa.

—Quita, que no quiero marido. Otra cosa sería conocer a un hombre que me gustara para pasar el rato… o unos cuantos días si me hace disfrutar —dije para provocarlas un poco.

—Niña, no seas descarada —me riñó Antonia. Ella era la más mayor de todas y, aunque era moderna, no podía dejar atrás su lado más conservador.

—Antoñita, que la vida está para disfrutarla, y si es con un hombre que te haga ver las estrellas, mejor. —Pinché un poco más.

—Hay muchas formas de disfrutar. —Nada, que no había un Dios que la hiciera cambiar de opinión—. Para eso te buscas un novio y disfrutas todo lo que quieras con él.

—No, no pienso quedarme con un tío sin saber cómo se desenvuelve en la cama. —Luisa y Ana soltaron una carcajada al escucharme—. Esto es como probarte ropa: si no te gusta cómo te queda, la cambias por otra; pues lo mismo. —Me encogí de hombros aguantándome la risa.

—No sé para qué te digo nada, si siempre tienes que decir la última palabra. —Se dio por vencida y yo salí de los vestuarios riendo sin parar.

Al llegar a la recepción, vi que mi madre estaba sentada en uno de los sofás con una revista en las manos.

Me gustó cómo la vi; se había puesto unos vaqueros estrechos con unas botas altas por encima de ellos y, en la parte de arriba, una camisa blanca. Lo acompañaba con un abrigo de tres cuartos en negro como las botas.

Que mi madre no fuese de mucho salir no significaba que no supiera arreglarse y lo más importante: sabía lucir la ropa como nadie, porque tenía un cuerpazo de escándalo.

El pelo lo llevaba suelto, enmarcando su rostro tan parecido al mío que daba hasta miedo; bueno, en realidad era yo la que me parecía a ella, pero ya me entendéis.

En cuanto me vio, se levantó con una sonrisa. No había llegado hasta ella cuando vi que el director se estaba acercando.

—¿Qué hace el señor Alfredo acercándose a mi madre? —les pregunté a las tres que venían detrás de mí.

—Pues no sé, lo mismo piensa que es una clienta y quiere preguntarle si la estancia está siendo de su agrado —respondió Antonia, que era la que más conocía a nuestro jefe.

La verdad era que el director era un hombre apuesto. No era muy mayor y se conservaba muy bien, vamos, que se notaba que se cuidaba mucho.

No sabía qué edad tenía, nunca había preguntado, tampoco era algo que me importara, pero calculaba que era de una edad similar a la de mi madre.

Me di cuenta de cómo ella le contestaba a algo que él le había preguntado, con una sonrisa y mirando hacia mí.

Fue en ese momento cuando él se giró para mirar hacia donde mi madre lo hacía. En cuanto nos vio a las cuatro, nos sonrió.

—Qué guapa estás, mamá. —Lo siento, pero el saludo de mi madre iba antes que el de mi jefe—. Buenas tardes, señor —le dije después de darle un beso a mi madre.

—Buenas tardes —dijo en general, dirigiendo su saludo a todas nosotras. Las demás respondieron con cortesía—. No sabía que tenías una madre tan joven y guapa. —Se la estaba comiendo con los ojos—. ¿Cómo es que nunca la había visto por aquí?

Me entraron ganas de contestarle: *Porque nunca había venido*, pero me mordí la lengua.

—Nunca había venido —fue mi madre la que habló.

—Pues debería venir más a menudo; no siempre se ve a una mujer con su belleza. —Uy, que mi jefe se había quedado prendado de mi madre, y ella se había puesto roja como un tomate.

Normal en ella; solo había estado con el hombre que me engendró, porque para mí ese no era mi padre. Dejó de serlo en el momento en el que nos abandonó. Como he dicho otras veces, podía entender hasta cierto punto su dolor, pero mi madre también lo tuvo y no por ello me abandonó.

—Muchas gracias, es muy amable por su parte. —Creo que mi madre había olvidado totalmente cómo se ligaba, porque estaba claro que mi jefe lo estaba intentando.

—Si queréis tomaros algo en la cafetería, estáis invitadas. —Ni loca me quedaba aquí después de llevar todo el día trabajando.

—Gracias, señor —me adelanté antes de que las demás dijeran algo—, pero ya habíamos hecho planes, además de que mi amiga nos está esperando donde hemos quedado. —Miré a mi madre. Me devolvió la mirada con la ceja levantada; se había dado cuenta de la mentira que me había echado.

—Pero una cena sí me podéis aceptar. —Nos miró una por una. Ahí era donde no podía negarle nada—. ¿Qué os parece esta noche?

Estaba claro que se moría por cenar con mi madre, porque a las demás no nos había invitado nunca y nos tenía más que vistas.

Tampoco me parecía un mal hombre para ella. Mira por dónde, no me iba a tener que calentar la cabeza para buscarle novio.

—A mí me parece muy bien; de todos modos, queríamos quedarnos a cenar por algún lugar. —Fui yo la que habló.

—A mí también me parece bien; solo tengo que llamar a mi marido para decirle que voy a cenar aquí —dijo Ana. No porque el marido le pusiera alguna pega, simplemente para informarlo.

—A mí también me parece bien —contestaron Antonia y Luisa.

—¿Y a usted, Lina, le parece bien? —le preguntó el director.

—Bueno, en realidad es que vine para tomar un café con ellas; de la cena no tenía ni idea. —Me miró de reojo.

—Era una sorpresa, mami. —Cuando la llamaba así, me la ganaba por completo—. No puedes hacerle un feo a mi jefe o me despedirá. —Miré a mi jefe y le guiñé un ojo con todo el descaro del mundo.

—Pues como parece que han compinchado a mis espaldas, no me queda otra que aceptar. De todos modos, me tiene que llevar mi hija. —Puso una sonrisa dulce.

—Bueno, señor, nos tenemos que ir ya. —Si no nos íbamos, íbamos a perder toda la tarde aquí y yo quería dar una vuelta con mi madre y las chicas.

—Por favor, llámame, Alfredo. —A buenas horas, pensé—. Nos vemos para la cena; pasadlo bien.

Las primeras que comenzaron a caminar hacia la salida fueron las cuatro; ya estaban en modo cotorras, preguntándose cosas las unas a las otras.

Yo me quedé algo atrás, porque me entretuve en sacar mi móvil del bolso; había sonado y estaba segura de que era Valentina, ya que el día anterior me dijo que si podía se unía a nosotras.

Iba caminando mientras le contestaba que íbamos de camino a la cafetería cuando choqué con una persona. Vamos, que no estaba segura en ese momento si era una persona o un muro, porque el golpe que me di en la frente contra ese pecho no fue normal.

Y para colmo, por culpa del despiste, el móvil se me cayó al suelo. No os podéis imaginar todo lo que recé mientras me agachaba para recogerlo,

rogando que no se hubiera roto.

Eso no fue lo peor; todavía no había levantado la cabeza para pedir disculpas a esa persona por mi despiste. El resultado fue que ese hombre —porque estaba segura de que era un hombre— se agachó a la misma vez que yo y terminamos dándonos un cabezazo.

Vamos, que mi frente chocó literalmente contra su barbilla. No sé a quién de los dos le pudo doler más. Madre mía, el ridículo que estaba haciendo era pequeño.

Como era eso cierto de que no se podía ir caminando distraída con el teléfono en las manos.

Me quedé con la mano estirada para coger ese aparato de los cojones, cuando pasó lo del golpe. Levanté la mirada para disculparme, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

No me imaginaba que me iba a tropezar con el hombre que había sido durante tanto tiempo mi amor platónico.

Os puedo jurar que, si verlo con una toalla en la cintura y posteriormente ver algo de sus partes íntimas me dejó embobada, verlo de tan cerca, con su rostro a pocos centímetros del mío, fue mucho más impresionante.

Me fijé en algo que no había percibido antes, y eso que había visto fotos suyas más veces de las que sería capaz de reconocer: en el azul de sus ojos, tenía pequeñas motitas de un gris oscuro.

Nunca había visto ese tipo de color de ojos. De lejos ya tenía un azul espectacular que hacía que te quedaras atrapada en su mirada, pero de cerca era peor; te dejaba inmóvil.

—Disculpe, señor, no me di cuenta. —El teléfono lo terminó cogiendo él.

Me puse de pie a la misma vez que lo hizo Nico.

—¿Blanca? —Fue duda como lo preguntó—. No te había reconocido hasta que tu frente ha chocado con mi barbilla.

Normal que no me hubiera reconocido. Primero, porque no me había visto la cara, y segundo, porque solo habíamos coincidido en dos ocasiones, y no es que hubiera sido mucho tiempo.

—Sí, la misma que limpia su *suite* —le contesté. Quizás para poner un poco de distancia, no lo sé, pero fue lo que me salió—. Le vuelvo a pedir perdón, de verdad que no lo vi.

—Cariño, date un poco de prisa. —Mi madre se asomó para ver por qué me había entretenido.

—Voy —le dije—. ¿Me devuelve el teléfono? Tengo un poco de prisa. —No quería volver a mirarlo a los ojos; de verdad que no quería, pero al hablarle tenía que hacerlo.

—Creo que se ha roto —dijo al entregármelo—. Mañana te dejaré uno en la habitación.

Ni loca iba a aceptar un móvil de él.

—No hace falta, pero muchas gracias. —Al cogerlo lo miré y me di cuenta de que tenía la pantalla rota.

—Pero yo quiero comprárselo —insistió.

—Señor, usted puede hacer lo que quiera; yo solo le informo de que no lo voy a aceptar. —Buena era yo para eso.

—Por lo que veo tiene mucho orgullo. —Se notó que no le hizo mucha gracia que rechazara su regalo.

—No es orgullo, es dignidad. Yo no me dejo comprar por nadie y ahora, si me disculpa, me voy; como le dije, me están esperando. —Pasé por su lado intentando que nuestros cuerpos no se rozaran; fue imposible, porque como ya era costumbre en él, no se apartó del todo.

Nico no me dijo nada, pero pude sentir su mirada sobre mí hasta llegar a la calle, donde me estaban esperando.

Capítulo 9



Nico

¿Qué cojones me había hecho esa mujer? Cuanto más la veía, más la deseaba. Me atraía todo de ella: su cuerpo, su cara, la manera en que a veces me miraba como si fuese alguien importante; y otras, como si no tuviera ningún valor.

Joder, y tal como me imaginé cuando la vi con el uniforme, tenía un cuerpo increíble para perderse en él durante horas.

Los pantalones que usaba para trabajar le hacían un trasero de muerte; y ese vestido que llevaba era la perdición de cualquier hombre. Me ponía duro solo con pensar en la forma en que lo contoneaba al caminar.

Tenía que conseguir llevármela a la cama, aunque fuese solo una vez. Me parecía increíble desear a una única mujer, pero era así. Desde que la vi por primera vez en mi habitación, ya no me apetecía estar con otra. No hasta disfrutar de ella, por lo menos una noche.

Joder, lo que podría hacerle a ese cuerpo una noche entera… Ni yo mismo me creía las ganas que tenía de esa mujer.

Había algo más, y eso era lo que más me jodía reconocer. Nunca me había obsesionado con nadie. No era mi estilo. Podía tener a quien quisiera, cuando quisiera. Si buscaba compañía, bastaba con alargar la mano.

Pero con ella no funcionaba la ecuación. Blanca no quería nada mío. Ni dinero, ni atención, ni fama. Y esa indiferencia, esa capacidad para mirarme sin buscar nada, me resultaba más adictiva que cualquier droga. Me hacía sentir… humano, joder. Y eso era peligroso, porque yo no estaba acostumbrado a sentir.

También podía ser que la deseara tanto porque había sido la única que me había dicho que no; y la forma tan rotunda con que lo hizo, en vez de enfadarme, me calentó como ninguna otra en la vida.

—Amigo, espabila, que parece que te has quedado atontado mirando a cierta mujer —me dijo Alex dándome una palmada en el hombro.

—Tienes que ir a comprar un teléfono, el más moderno del mercado —le dije sin apartar la mirada del camino por donde se había ido Blanca con esas mujeres.

—Ella te ha dicho que no lo quiere y, por lo que me contaste, no creo que sea una mujer que cambie de opinión tan fácilmente. —Lo miré de reojo; el capullo tenía razón, pero ya haría algo para que lo aceptara.

—Tú solo cómpralo. Ya veré cómo me las arreglo para que lo acepte. —Me di la vuelta para caminar hacia el ascensor—. Me voy a duchar; a la hora de la cena nos vemos en el restaurante.

No tenía ganas de salir fuera a cenar ni tampoco hacerlo en la habitación.

No sé cuántas veces sonó el teléfono mientras estaba en la ducha. Sí, quizás fue un tiempo más largo de lo normal, pero desde que había visto a esa mujer, cada vez que me duchaba terminaba masturbándome, pensando en ella.

Imaginaba cómo se sentiría estar dentro de ella, dejar que su calor envolviera mi pene por completo. Seguro sería como estar en el puto paraíso.

Ni de adolescente me toqué tanto.

Y lo peor era que no se trataba solo de sexo. Si fuera sexo, habría ido a buscar a cualquier otra mujer y habría apagado el fuego en cuestión de minutos. Pero no, el fuego seguía ahí, como si esperara que ella lo encendiera

todavía más. Blanca era… diferente. Y yo odiaba esa palabra. Porque en mi vida, «diferente» significaba «importante». Y no quería que ella fuera importante.

Al salir del baño, el teléfono volvió a sonar; vi que era mi madre y decidí cogerlo para que me dejara tranquilo de una vez.

—¿Qué quieres con tanta insistencia? —pregunté, brusco.

—¿Esa es forma de hablarme? —Las mismas que se merecía, y que diera gracias a Dios de que me molestaba en cogerle la llamada.

—No me vengas con rodeos y dime qué quieres. —Cada día me costaba más trabajo soportarla; y si lo hacía, era por mi padre.

Porque sería lo que fuera, pero él sí había sido un buen padre. Ella no.

—¿Cuándo vas a venir a casa para organizar una cena con Cruz y sus padres? —Esta mujer había perdido la cabeza.

—¿Desde cuándo tengo obligación de ir a tu casa? Mucho menos a cenar con esa mujer. —La escuché resoplar—. Sabes que te tengo dicho que no me molestes. No quiero verte, y a esa mujer menos.

—Nico, tienes que entrar en razón. Sabes muy bien la buena imagen que vas a dar a la prensa junto a Cruz…

—La opinión de la prensa me importa bien poco; y la tuya mucho menos. Deja de llamarme, porque como sigas así dejaré de mandarte dinero.

—Nico…

—No quiero escuchar nada más. —Me pasé las manos por el pelo, exasperado. Corté la llamada.

Ella no me había dedicado ni cariño ni amor. Me había tenido como un mueble. Y cuando le planté cara, la consecuencia fue mandarme a un internado.

Lo que ella creyó que me destruiría, me hizo más fuerte.

Trabajé, invertí, aprendí. Y cuando salí de allí, con la mayoría de edad, me compré mi primer piso con mi dinero. Poco a poco fui creciendo hasta llegar donde estaba.

Busqué dejar de pensar en esa mujer. Cogí el portátil y trabajé un rato. No me dedicaba a un único negocio; tenía varios. Invertía en bolsa con buenas estrategias, compraba empresas en bancarrota y las levantaba. Por eso salía en las revistas como el mejor empresario del país.

Al acercarse la hora de la cena cerré el portátil. No quería ir formal; me puse unos chinos color verde militar, un jersey *beige* de cuello en pico y deportivas blancas.

Miré mi reflejo en el espejo antes de salir. No me gustaba ponerme nervioso. Eso era cosa de críos, de idiotas enamorados, de tipos que no saben controlarse. Pero ahí estaba yo, ajustándome el jersey por tercera vez como si Blanca fuera a juzgarme la ropa. Me odié un poco por eso. Pero no lo pude evitar.

—¿Llevas mucho esperando? —pregunté a Alex cuando llegué.

—Unos diez minutos, pero me lo he pasado muy bien. Al menos me he recreado la vista.

—¿Y se puede saber por qué?

—Un grupo de mujeres ha entrado entre risas. Me ha llamado la atención una. —Tenía la vista fija detrás de mí.

—Vaya, así que se presenta ligue.

—No lo creo. En cuanto su amiga se dé cuenta de que soy amigo tuyo, no va a dejar que me acerque a ella ni a tres metros.

—¿Y qué coño tengo que ver yo?

—Tiene que ver que le ofreciste follar contigo y ella te dijo que te habías equivocado por completo.

En cuanto dijo eso supe de quién hablaba. Me giré y allí estaba Blanca.

La muy jodida, guapísima con ese vestido. A su lado, una amiga de su edad: muy guapa, sí, pero no la que yo quería.

—¿No sabía que esas trabajadoras podían permitirse cenar aquí?

—Las ha invitado el director —dijo Alex.

—¿Y no te parece raro?

—Por lo que me ha contado la recepcionista, Alfredo se ha sentido atraído por la mujer que se parece a tu limpiadora. Imagino que es su madre.

Era listo Alex, siempre sabía más de lo que debía.

—Haz lo que sea. Habla con él y que parezca que también nos ha invitado —dije sin apartar la mirada de Blanca, cada curva—. Corro con los gastos.

Alex volvió y, poco después, Alfredo apareció y se acercó a saludarme.

Hablamos y nos acercamos todos a la mesa.

Me senté a su lado.

Ella intentaba no mirarme; pero cuando creía que no la veía, me lanzaba miradas rápidas.

Los camareros iban y venían, y las conversaciones continuaban, pero yo solo tenía atención para ella. Cada vez que inclinaba la cabeza para escuchar a alguien, el pelo le caía sobre el hombro y tenía unas ganas absurdas de apartárselo con los dedos. Cada vez que tomaba la copa, podía ver la curva suave de su muñeca, delicada y femenina. Por momentos me preguntaba si ella sería consciente de la bomba sexual que era, o si de verdad lo ignoraba. Y eso solo me calentaba más.

Estaba disfrutando como un cabrón rozándole la pierna de vez en cuando. Y sí, se estremecía.

—¿Te está gustando la cena? —le pregunté en voz baja.

—Sí —contestó rápido—. Si me disculpáis, voy un momento al baño.

Ella se fue. Yo esperé y luego fui tras ella.

La intercepté cuando salía.

—¿Todavía sigues enfadada conmigo?

—Ya se lo dije, señor, no estoy enfadada.

—No me trates de usted. Llámame, Nico.

—No tengo confianza para tratarlo de ese modo.

—¿Tan ofendida te sentiste para hablarme con ese desprecio?

—Sí, pero más que ofendida, dolida. Que asumiera que podía comprarme porque usted tiene poder y yo soy una simple limpiadora.

No era así, pero la entendía.

—¿Podemos hacer como si esa conversación no hubiera existido? No creo que volver a disculparme valga para algo, pero me gustaría que me dieras un voto de confianza.

Se humedeció los labios. Casi me pierde.

—Está bien —me dijo.

Cuando Blanca regresó a la mesa, no me miró. Pero no hacía falta. Lo sentí. Su respiración había cambiado, su postura era más rígida, como si intentara recomponerse por dentro. Por mi parte, tuve que controlar la sonrisa que quería escaparse. No era una sonrisa de arrogancia, ni de victoria. Era… expectativa.

Tenía que ser cuidadoso. Si la presionaba, la perdería. Pero si era paciente, esa mujer iba a ser mía. No tenía prisa. A veces, para conseguir lo que uno realmente quiere, había que saber esperar. Y con Blanca, cada minuto merecía la pena.

Por ahora me tocaba paciencia.

Pero antes de volver a mi ciudad, esa mujer tendría mi nombre en la garganta mientras me la follaba una y otra vez. Eso lo tenía claro.

Capítulo 10



Blanca

Valentina me había hecho un interrogatorio completo, tanto fue así que no me quedó otra que contárselo todo.

Y no era que fuera mala amiga, al contrario, era demasiado buena; tenía esa habilidad innata de empujarme a hacer cosas que, por mí misma, jamás habría considerado. Podía arrastrar a cualquiera a sus locuras, pero lo hacía con una energía tan suya, tan contagiosa, que resultaba imposible enfadarse con ella, por más que lo intentaras.

Encima, la muy descarada no tuvo otra cosa que decirme que era gilipollas por no haberme acostado con él; que por la pinta que tenía y la forma en que me miraba, estaba clarísimo que me iba a hacer gritar como nunca lo había hecho en mi vida.

No digo que en eso no tuviese razón y, por un lado, me habría gustado que me hiciera disfrutar. ¿Cuántas veces se tenía la oportunidad de que el hombre de tus sueños te propusiera algo así? Una entre un millón; vamos, que esto no era algo que pasara todos los días.

Por otro lado, estaba la decepción que sentí, y no le estaba echando toda la culpa —que evidentemente la tenía—, pero quizás esa decepción fue mayor porque lo tenía demasiado idealizado.

El caso fue que, después de hablar con Valentina largo y tendido, decidí darle un voto de confianza. Para ser sincera, también influyeron las veces que

Nico me había pedido disculpas y me dijo que por favor hiciéramos borrón y cuenta nueva.

Claro que una parte de mí seguía a la defensiva. Yo era desconfiada por naturaleza cuando se trataba de sentimientos, y más aún si el hombre en cuestión era Nico, el dios que me trastocaba hasta el ritmo cardíaco. Pero aun así decidí que lo mejor era relajarme y dejar que la situación me sorprendiera… para bien o para mal.

Pues eso: que los días posteriores me lo seguí encontrando mientras limpiaba la *suite*. Yo creo que venía a esa hora a posta para encontrarse conmigo. El caso fue que todo entre nosotros fue mejorando. Digo: entre nosotros, pero para que me entendáis, entre él y yo no había nada. Cuando digo «mejorando», quiero decir el trato cordial.

Hablamos un poco más, solo eso. Me sacó alguna que otra sonrisa con algunos comentarios. Casi todo se basaba en que Nico me preguntaba algo de mi vida —lo hacía como quien no quiere la cosa— y yo le contestaba lo que me apetecía.

No creáis que la noche de la cena fue Valentina la única que me interrogó; ella recibió su repertorio de preguntas y mi madre no se quedó muy atrás.

Lo único es que con mi madre hablé al día siguiente. Con ella lo tuve que hacer con mucha más calma. No estaba preparada, o no quería estarlo, para dar la posibilidad de empezar a abrir su corazón a otra persona que no fuese yo o su entorno más cercano.

Le dije que le diera una oportunidad, que por lo menos lo fuese conociendo poco a poco. No tenía que ir más allá de lo que la hiciera sentir cómoda.

Alfredo me asombró mucho; fue muy atento durante la cena y la posterior copa que nos tomamos. Se notó que de verdad mi madre le había gustado mucho y ella no podía esconder que también le había gustado.

Lo único que la paralizaba era el miedo. Por eso mismo le dije que se diera tiempo, que fuera yendo poco a poco, sin prisa, pero que no le cerrara las puertas tan rápido.

A veces olvidamos que nuestras madres también fueron niñas, jóvenes con ilusiones, mujeres enamoradas. Pensamos que siempre han sido fuertes y duras, pero no; ellas también tienen miedo. Miedo a equivocarse, a sufrir, a volver a abrir una puerta que una vez se cerró con dolor.

Me dijo que lo iba a intentar; que cuando Alfredo la llamara, quedaría con él. Por lo menos lo iba a intentar, aunque no llegara a nada y solo se quedara en una simple amistad.

Eso por la parte de mi madre. Ahora vamos a una que es mucho más lanzada que la mujer que me dio la vida: mi Valentina, esa que era impulsiva y que me arrastraba a sus locuras.

Venga, no le voy a echar todas las culpas a ella, porque nadie me obliga a hacer nada que no quiera hacer. Solo me dejo llevar cuando me conviene, que suele ser muy a menudo.

Resulta que cierto amigo de Nico se interesó por mi amiga y ella también, porque no veáis la atención que le prestó. Además, me lo dijo claro: le había gustado, y ya iba siendo hora de darle una patada en el culo al gilipollas con el que había estado durante este último tiempo.

Si había algo que me encantaba de ella, era su capacidad para resurgir. Podía hundirse durante una semana por un imbécil, pero en cuanto encontraba una chispa de ilusión, se agarraba a ella sin miedo. Yo no podía ser tan valiente como ella… aunque últimamente empezaba a planteármelo.

De todos modos, esta noche volvería a preguntarle; estaba segura de que había estado manteniendo contacto con él.

Terminé de arreglarme el pelo antes de vestirme; tenía que darme prisa, ya que el taxi no tardaría mucho en llegar para recogerme. De aquí iríamos a casa de Valentina y de allí directas a la sala de fiestas.

Ya veríamos si merecía la pena o era simple moda de estas que, cuando a uno le da por algo, los demás lo siguen como simples ovejas.

Eso sí, Valentina se encargó de advertirme que nada de ropa tipo mojigata, que nos teníamos que vestir sexis y rompedoras.

Entendí muy bien lo que quería decir, así que me vestí tal y como ella quería que lo hiciera. Que conste que a mí también me gustaba vestirme de vez en cuando así.

Coño, era joven y tenía un buen cuerpo, ¿por qué no presumir de él? Es verdad que no era muy común que lo hiciera y tampoco penséis que me paseaba por la calle en bragas y sujetador.

Mirarme al espejo aquella noche fue extraño, como si por primera vez estuviera reconociendo una versión de mí que siempre había estado ahí, pero a la que nunca dejé salir. No era arrogancia; era una sensación diferente: «me gusto». Y eso no solía pasarnos a muchas.

Me puse un vestido negro y estrecho. Me llegaba a medio muslo. ¿Veis? Tampoco iba enseñando la ropa interior. Eso sí, sujetador no me pude poner, porque la espalda del vestido era descubierta; solo la cruzaban dos tiras que, más que tiras, eran hilos de lo finas que eran.

Por la parte delantera, el escote era en pico y llegaba justo al canalillo: sugerente, pero sin enseñar.

El maquillaje me lo hice natural. Quería pintarme los labios rojos y, cuando utilizaba un color fuerte para los labios, los ojos me los maquillaba siempre muy sencillos.

El perfume, unas sandalias de tacón fino y el bolso. Y ya estaba lista para divertirme toda la noche, que era lo que tenía pensado hacer.

—Joder, te dije sexi, pero esto es pasarse —me dijo Valentina en cuanto se sentó a mi lado.

—¿Tú te has visto? —le pregunté repasándola con la mirada.

Valentina se había puesto una minifalda de lentejuelas negra y en la parte de arriba un top blanco anudado al cuello. En los pies, unas sandalias mucho más altas que las mías, también blancas.

Los labios se los había pintado de un rojo intenso, ese rojo que gritaba «mira aquí».

—Sí, me he visto cuando me vestía y me encanta el resultado que me ha mostrado el espejo. —Abuela que le regale los oídos; desde luego, no le hacía falta.

—Valentina —la llamé para que me prestara atención—, hoy bebemos, nos lo pasamos bien, pero nada de quitarnos la parte de arriba, más que nada porque si yo lo hago, me quedo solo con un tanga de encaje negro.

Al terminar de decirlo, me di cuenta del taxista, y no veáis la mirada que nos echó por el espejo retrovisor.

—Hoy no hay despelote, te lo prometo —dijo haciéndose una cruz en el pecho, como si con eso fuese a creerla—. A no ser que me quiera despelotar cierto hombre que está para chuparlo enterito.

El taxista iba más pendiente de nuestra conversación que de la carretera.

—¿Has quedado con él allí? —No sabía de qué narices me asombraba, si en el fondo sabía que iba a hacer algo así—. ¿Pretendes dejarme plantada?

—No, ¿cómo puedes pensar algo así de tu mejor amiga? —Se hizo la ofendida—. Le he dicho que se lleve a su amigo para que te haga compañía. —Qué capulla era—. ¿Ves cómo miro por ti? Así lo puedes conocer un poco mejor.

Y la verdad, no sabía por qué hacía ese movimiento con las cejas, cuando ella era bastante clara hablando.

—Claro, es que mejor amiga no puedo tener —le dije con sarcasmo.

—Ya verás que cuando hables con él en otro lugar que no sea el hotel y con unas copas de más, te va a caer mejor.

O podía caerme peor; todo podía pasar.

—Valentina, solo te voy a pedir una cosa —me miró más atenta—, si te vas con Alex, no lo hagas sin decirme nada. —La señalé con el dedo.

—Que sí, pesada, te prometo que no me voy sin decirte a dónde y con quién. —No me fiaba mucho de ella, pero tendría que confiar.

La sala era impresionante, no se le podía catalogar de otra manera. Y el ambiente… genial. Todas las personas que se veían por allí parecían gente con dinero, dispuestas a beber más de una copa, pero en buena sintonía.

Y la música que estaban poniendo era la indicada para dejarte llevar, mover las caderas y todo el cuerpo.

—Vamos a por la primera copa —dijo tirando de mi mano hacia la barra.

—Oye, ¿no se supone que tu hermano y Marta iban a venir? —le pregunté mientras me dejaba arrastrar.

—A mi hermano le han pedido el favor de un cambio de guardia y van a venir otro día ellos dos. —Era normal que Marta quisiera venir con su marido.

—Dos ginebras con tónica —le pedí al camarero cuando vino a atendernos.

La verdad es que el camarero era bastante guapo y, por la mirada que me había echado, se notaba que le había gustado.

Mira, ¿quién sabe si fijándome en este camarero olvidaba a Nico? Lo dudaba, pero por intentarlo no perdía nada.

—Aquí tienes, preciosa —me dijo con un guiño.

—¿Y a estos preciosos les pondrías también unas bebidas? —Escuché que preguntaba una voz con ironía a mi espalda.

—Claro que sí, guapo, a ti te pongo lo que me pidas y a tu amigo también.

Madre mía, el ojo que tenía para ligar era increíble. Al final resultó que le gustaba más el hombre que había a mi espalda que yo.

—Solo necesito que nos pongas dos wiskis, no necesitamos nada más —le contestó.

Me giré para ver de quién se trataba, aunque por la sonrisa de Valentina me lo podía imaginar.

—Hola —le dije cuando nuestras miradas conectaron.

Allí, con esa luz, no se le podían distinguir bien las motas de sus iris.

—Creo que fuera de tu trabajo podríamos saludarnos como dos amigos, o por lo menos conocidos. —Llevó una mano detrás de mi cintura y con la palma me empujó hacia su cuerpo. Se inclinó un poco hasta dejar un solo beso cerca de la comisura de mi boca—. Esto está mucho mejor.

Al sentir ese beso tan cerca de mis labios, mi estómago se contrajo por culpa de los nervios que me entraron. O quizás fue deseo lo que sentí.

Con él tan cerca y con esa mano que seguía sujetándome por la cintura, me quemaba; su contacto estaba haciendo que mi cuerpo entero ardiera.

Y no era por calor, era por puro deseo. Una clase de deseo que no había sentido nunca por nadie. Nacía desde lo más profundo de mi ser, corría por mis venas como si fuese lava y llegaba hasta la parte baja de mi vientre, haciéndome humedecer entera.

Y eso que solo había sido un simple roce, pero necesitaba más, quería más. Por primera vez en mi vida quería ser yo la que tomara la iniciativa con un hombre.

Mucho más si ese hombre era con el que llevaba tanto tiempo obsesionada. No lo pensé, no quería pensar en esos momentos en nada más. Estaba segura de que después vendrían muchas lágrimas, pero en aquel momento lo que quería era aprovechar la oportunidad.

Me acerqué a su cuerpo sin que él tirara del mío, puse las manos sobre su pecho y las fui subiendo lentamente hasta llegar a su cuello y rodearlo.

Me miró con los ojos brillantes de lujuria y deseo, se humedeció los labios y ese fue el detonante que necesité para impulsarme y atrapar sus labios con los míos.

Los tenía tiernos, suaves, carnosos y calientes. Lo que iba a ser un beso intenso pero corto se fue convirtiendo en algo mucho más caliente.

Nico apretó su mano en mi cintura, dando un pequeño tirón hasta que mis pechos estuvieron totalmente pegados a su pecho.

Atrapó mi labio inferior con los suyos, lo delineó con la punta de la lengua, tentándome a que abriera la boca y lo dejara entrar. Lo hice; era lo que me pedía el cuerpo que hiciera.

Entrelazó su lengua con la mía. Fue el beso más caliente y morboso que me habían dado nunca. Sabía besar, eso no se podía poner en duda.

Nos besamos mirándonos a los ojos. Sé que muchas personas tienden a cerrarlos cuando besan a alguien; yo misma lo había hecho siempre. Pero con él no; necesitaba verlo, saber que era real, que no era el sueño que siempre había creado con mi imaginación.

Pegué mi pelvis a su cuerpo tanto como me fue posible. En ese momento no era consciente de la cantidad de personas que teníamos a nuestro alrededor, pero tampoco me importaba lo más mínimo. Lo único de lo que era consciente era de que jamás iba a olvidar esos labios, aunque no los volviera a besar ni disfrutar.

Jadeé en su boca, no podía no hacerlo. Era la forma en que podía dejar salir todo lo que me estaba haciendo sentir.

Me separé cuando noté que me faltaba la respiración.

—Creo que esto está mucho mejor —le dije con descaro, aunque me moría de vergüenza. Le eché valor para decirlo.

—Joder, yo no lo creo, es mucho mejor. —Me cogió las mejillas con ambas manos y me dio otro beso. Esta vez fue solo un roce, pero se sintió

igual de bien que el anterior—. Pasa la noche conmigo —me pidió; sonó a ruego, a desespero, y esta vez no pensaba decir que no.

—Vámonos, me da igual la fiesta, me da igual todo menos dejar pasar las horas sin disfrutar contigo. —*Blanca, ¿quién cojones eres?*, me pregunté cuando salieron esas palabras por mi boca.

Me dio tiempo justo a despedirme de Valentina, aunque por cómo la vi, no dudaba de que ella también tardaría poco en irse de allí.

Entrelazó sus dedos con los míos y tiró de mí hacia la salida. Tenía un chófer esperándolo en la puerta, listo para llevarnos a donde fuera.

Capítulo 11



Nico

Joder, esa palabra fue la única que logré pensar; mi mente se había quedado en blanco cuando Blanca me besó. Y yo que quería tentarla esa noche, hacer que me deseara, llevarla a mi terreno.

Y resultó que fui yo el arrastrado, el que deseó más, el que sintió la necesidad de llevársela de ahí con urgencia. Había encendido algo dentro de mí que no me dejaba ni respirar.

Por eso le pedí que pasara la noche conmigo, aun a riesgo de que me mandara a la mierda.

Me llevé la sorpresa cuando me dijo que sí y mucho más cuando dijo que no quería esperar más. La arrastré fuera del local hasta donde estaba mi chófer esperando con el coche.

—Al hotel —le dije en cuanto nos subimos a él.

—No. —La miré cuando dijo ese «no» tan rotundo—. A mi piso. Si quieres que pase la noche contigo, será en mi piso. Puede que no sea tan lujoso como a lo que estás acostumbrado, pero será en mi piso.

A mí me daba igual dónde pasara la noche; lo único que quería era estar con ella. En cuanto a los lujos, era normal que pensara eso de mí, no me conocía de verdad para pensar otra cosa.

Imaginé que no quería ir al hotel para que no la viera ningún compañero.

—A su casa —le dije a Juan.

Blanca le dio la dirección y, en cuanto la introdujo en el GPS, el coche se puso en marcha.

—¿No quieres que nadie te reconozca? —le pregunté casi en un susurro para que Juan no nos escuchara.

—No. Lo que no quiero es acostarme contigo en una cama por la que han pasado unas cuantas. —De todas las respuestas que esperaba, esa no estaba entre ellas—. Aunque cambien las sábanas todos los días, no pienso dejar que me toques en una cama donde pocas horas antes hayas podido tocar a otra.

—No he vuelto a llevar a ninguna mujer al hotel desde que te vi el primer día. —Sabía que no me iba a creer y no me estaba justificando, pero estaba siendo sincero.

—No nos debemos nada, no me tienes que dar explicaciones. Yo solo he dicho lo que quiero, no hay más.

Ahí estaba la confirmación de que no me creía, pero, como bien había dicho ella, no nos debíamos nada.

—Si estás más cómoda así, yo no tengo ningún problema en ir a tu piso. —No me apetecía estropear ese momento.

Pasé un brazo por detrás de su cintura y la atraje hacia mí hasta que quedó completamente pegada a mi cuerpo.

Bajé la cabeza hasta su cuello, le pasé la nariz en una suave caricia, dejando a su paso pequeños besos. Llegué a su oreja y le susurré, haciéndola estremecerse de pies a cabeza.

—Te prometo que no vas a olvidar esta noche en tu vida.

Fue una promesa, porque sabía que se iba a convertir en un hecho.

No era por fanfarronear, pero entre lo que sabía que le podía hacer y las ganas que le tenía desde que la conocí, iba a hacer que esa noche permaneciera siempre en su memoria.

—Sé que no la voy a olvidar, lo sé muy bien, pero me voy a ocupar de que tú tardes mucho tiempo en hacerlo. —Con esas palabras dejaba claro que sabía que, en cuanto me marchara de la ciudad, no íbamos a volver a coincidir y, si lo hacíamos porque me volviera a hospedar en ese hotel, no creía que volviera a pasar nada entre nosotros.

—Estoy seguro de ello. —Seguí descendiendo por su cuello con besos húmedos, deteniéndome unos segundos en cada uno.

Qué largo se me hizo el camino a su piso. Joder, si en vez de ir allí lo hubiéramos hecho al hotel, la habría tenido desnuda mucho antes.

Al llegar, le dije a Juan que podía irse, que no lo iba a necesitar más hasta que lo llamara al día siguiente.

Nos montamos en el ascensor y, en cuanto las puertas se cerraron, me abalancé sobre ella. Llevé mis manos a su culo, ese que, desde que vi cómo lo movía mientras caminaba, me moría por agarrar y apretar con mis dedos.

Metí las manos por debajo de su vestido, las posé, una en cada nalga. Se las apreté, toqué, acaricié, y me puso a cien sentir su piel sin nada entre mis manos y ella.

Tenía la piel fina, suave y caliente. Se le escapó un jadeo cuando restregué mi pene en su vientre y ese sonido fue música para mis oídos.

Fui bajando las manos lentamente desde las nalgas hasta sus muslos y, sin que se lo esperara, la levanté, haciendo que enredara las piernas en mi cintura. Así, en esa postura, con ella abierta, hice un poco de presión sobre su sexo con el mío.

Sentí su calor incluso a través de la ropa que nos separaba. Volví a hacer ese movimiento pélvico para estimularla un poco más.

—Nico… —susurró con la voz cargada de deseo.

—Te prometo que esta noche vas a decir tantas veces mi nombre que va a quedar tatuado en tu lengua. —Clavé los dientes por encima de su pecho.

No lo hice con fuerza, solo la justa para hacer que se estremeciera y arqueara la espalda, ofreciéndome sus pechos.

El ascensor llegó a su planta; me dio igual que nos pudiera ver algún vecino, no la bajé al suelo.

—Nico, bájame —me pidió sin mucha convicción.

—No, no te pienso soltar —le contesté entre beso y beso—. Abre la puerta si no quieres que te folle aquí mismo.

Estaba llegando a un límite que hacía mucho tiempo que no sentía.

Se dio prisa en abrir la puerta. En cuanto lo hizo, la cerré con el pie. Ni siquiera veía por dónde iba, solo seguía las indicaciones que ella me iba dando.

Llegamos a su habitación. Fue ahí, en medio de ella, cuando la dejé en el suelo.

—Quítate el vestido o no respondo. —Era cierto, la quería desnuda ya.

Joder, tenía un cuerpo perfecto. Sus pechos eran de un tamaño ideal, el justo para que me cupieran en las manos.

Bajé la mirada despacio por su cuerpo; no quería perderme ni un centímetro de su piel. Esa misma piel que estaba repasando con la mirada lo haría después con las manos, la boca y la lengua.

Llegué hasta el punto donde se unían sus piernas. Tenía la vagina apenas cubierta por un tanga negro de encaje; era minúsculo y dejaba ver más de lo que tapaba.

No había vello en esa parte del cuerpo. Mi pene dio un brinco dentro de mis pantalones. Llevé la mano a esa parte para acomodármelo y que dejara de doler.

—Te toca —me dijo, mirándome de arriba abajo.

—Encantado, preciosa, pero antes quítate el tanga. —Necesitaba verla sin nada.

—No, esto no va así: yo te doy, tú me das —dijo con una sonrisa juguetona —. Yo estoy demasiado desnuda y tú estás muy vestido.

Se mordió el labio inferior. Me estaba provocando, pero yo me dejaba provocar encantado.

A mí no hacía falta que me lo dijera dos veces. De un puntapié me quité los zapatos, luego los calcetines; le tocó el turno a la camisa y terminé con los pantalones junto con la ropa interior.

No me iba a andar con rodeos quedándome con el bóxer puesto. Sabía lo que le provocaría mi desnudez. No era tonto y sabía cómo estaba mi cuerpo; me preocupaba mucho de cuidarlo.

—Te toca. —Di un paso en su dirección, pero me lo pensé mejor; se lo iba a quitar yo—. Espera, me apetece quitártelo con los dientes.

La abracé, pegándola a mi cuerpo. La besé, transmitiéndole el calor que estaba abrasando el mío, lo caliente que estaba y las ganas que tenía de hundirme en su interior.

Fui bajando por todo su cuerpo con besos, lametones y mordiscos.

Blanca me respondía con fuego y pasión, con ganas de que fuera a más, pero antes de darle más quería llevarla al límite.

Posé los labios encima de su pubis, le dejé un beso caliente allí, volví a subir un poco la boca, justo hasta el borde del tanga, lo enganché con los dientes y lo arrastré hasta que llegó a la altura de las rodillas. Desde ahí cayó por su propio peso.

Sacó los pies de esa prenda, apartándola a un lado. Pude ver el brillo de su excitación. Me relamí los labios antes de levantar la mirada; quería ver la

reacción que tendría cuando mi boca fuese directa a saborear esa parte de su cuerpo.

Le cogí una de las piernas y la coloqué encima de mi hombro, llevando mi boca directa a su vagina. Saqué la punta de la lengua y, de una pasada, recogí la excitación que sobresalía de entre sus pliegues.

Su sabor me volvió loco por completo, y su grito mucho más. La saboreé por completo; no dejé ni un solo rincón de su sexo por el que no hubiera pasado mi lengua, mis labios y mis dientes.

La hice gritar y jadear hasta que se dejó llevar al clímax. Si no la hubiera agarrado por la cintura, estaba seguro de que habría caído al suelo.

—Nico… —susurró mi nombre casi sin fuerzas.

Me levanté para ponerme a su altura; ya no podía aguantar más. En otro momento lo habría hecho, pero estaba tan caliente que necesitaba estar dentro de ella ya.

Ni cama ni nada, me la iba a follar contra la pared, porque el calor que sentía dentro de mí no era de hacer el amor, era de follar duro y sin contemplaciones.

La cogí en brazos; rodeó mi cintura con las piernas y la apoyé contra la pared más cercana.

Posicioné la cabeza de mi glande justo en su entrada y, cuando estaba a punto de introducirme, me detuvo.

—Nico, el preservativo —dijo, y no me acordé del puñetero látex hasta que lo mencionó.

—¿No tomas nada? —Recé porque me dijera que sí; sentirla sin nada entre nuestros sexos tenía que ser la hostia.

—Sí, pero hay más cosas que un embarazo, así que ponte la gomita o aquí dentro no entra tu cosita.

Tenía que estar bromeando. ¿Acababa de llamar a mi pene cosita? La miré con las cejas levantadas.

—Creo que eres única para bajarle la autoestima a un hombre de un solo plumazo. —No pude evitar sonreír; después de todo, había tenido gracia su manera de decirlo—. Estoy limpio, te lo prometo. Jamás jugaría con algo de eso.

—Ya, pero yo no lo sé con certeza, mucho menos con la actividad sexual que tienes.

Suspiré; no me quedó otra que hacer lo que me había pedido. En el fondo, sabía que tenía razón.

La dejé en el suelo un momento mientras iba a por mi pantalón y sacaba un preservativo de uno de los bolsillos.

Menos mal que me dio por coger algunos; estaba como para que me dejara con dolor de huevos por no tener nada que ponerme.

Antes de llegar a ella ya lo tenía puesto. La volví a levantar y ahora sí que nada me impedía introducirme en ella.

—Ahora sí que eres mía. —No sabía de dónde había salido esa frase tan posesiva, cuando no la había usado en mi vida con nadie.

—No soy tuya. No tengo dueño, ni ahora ni nunca —me contestó, y la verdad es que me gustó esa respuesta; con ella me dejó claro que no se dejaba dominar por nadie.

No dije nada más, ni ella tampoco. De una sola embestida me introduje en su interior. El placer que me recorrió la columna fue increíble; fue tanto que tuve que detenerme unos segundos para respirar e intentar tranquilizarme.

Ella gritó y yo jadeé con fuerza. Una vez que empecé a moverme, no paré ni bajé el ritmo.

Fueron penetraciones intensas, fuertes y rápidas, llegando a lo más profundo de su ser.

—Ah… Nico… —Iba a decir mi nombre muchas más veces en lo que quedaba de noche.

—Grita mi nombre tantas veces como quieras; me pone como no te puedes ni imaginar.

Con Blanca descubrí cosas que antes no me habían importado, como que gritaran mi nombre. Con otras me daba igual si lo decían o no, porque sabía que las hacía disfrutar; yo nunca terminaba antes de que lo hicieran ellas.

Sin embargo, con Blanca me di cuenta de que, cuanto más decía mi nombre, más me encendía.

La primera en llegar al orgasmo fue ella; unas cuantas penetraciones más tarde, llegué yo.

Dejé caer mi cabeza en su hombro. Dios, me temblaban hasta las piernas de lo intenso que había sido.

—No pienses que con esto termina la noche —dije antes de salir de ella—. Te puedo asegurar que no te voy a dejar dormir ni una hora.

—No esperaba menos, después de ver todos los preservativos que puedes gastar en una sola noche —me contestó. No lo dijo con maldad, pero sí que había algo en su tono de voz.

—Pues contigo van a ser muchos más —era una promesa y se iba a convertir en un hecho.

Fui al baño para tirar el trozo de látex y asearme un poco. Ella entró en cuanto salí yo. Al pasar por mi lado le di una pequeña palmada en el trasero; lo hice porque sabía que no le iba a hacer gracia. No me equivoqué.

—La próxima vez que me des una palmada, te juro que te corto con las tijeras de cocina la cosita que te cuelga entre las piernas. —Me estremecí solo de imaginármelo; mis manos se fueron a esa zona por puro instinto—. Míralo por el lado bueno, así no te vas a tener que gastar el pastón que te gastas en preservativos.

—Joder, cualquiera te gasta una broma —le dije.

—Donde las dan, las toman. Lo mío también fue una broma —dijo riendo —. O no, ¿quién sabe? Yo que tú, si vas a dormir algo esta noche, lo haría con un ojo abierto por si acaso.

Y se quedó tan tranquila después de decir eso.

—Aun sin mi cosita, como tú dices, seguiría dándote el mayor placer que te han dado en la vida. —La atrapé cuando pasó por mi lado—. ¿Lista para el segundo asalto?

—Claro que sí, no soy yo la que tiene que esperar a que su amiguito se levante.

Parecía que había encontrado un hueso duro de roer.

—Te aseguro que, antes de que termine la noche, vas a suplicarme que pare —susurré en su oído.

Me la llevé a la cama y esta vez disfrutamos del cuerpo del otro con mucha más calma. Ya no teníamos esa urgencia que nos consumía, aunque las ganas seguían siendo las mismas.

¿Cómo cojones iba a vivir después sin este cuerpo que me volvía loco? No lo quería reconocer, pero había algo en ella que hacía imposible que dejara de pensar.

Cuando la conocí, pensé que solo era atracción y deseo. Lo seguía pensando, pero… ¿por qué no me cansaba de su cuerpo? ¿Por qué lo echaba de menos incluso antes de irme?

Capítulo 12



Blanca

Me levanté de la cama y no sabía que me podían doler partes del cuerpo como me dolían ahora mismo.

Me reí interiormente al recordar el primer día que limpié y vi lo que tenía en la papelera; desde luego que tenía energía para eso y para mucho más.

Me lo había demostrado y con creces. Tenía tantas agujetas que, si alguien me hubiera preguntado, habría jurado que había corrido una maratón, subido el Everest y luego me habían pasado por encima con un camión. Dos veces.

Y lo peor es que, si me ofrecieran repetir maratón, Everest y camión otra vez con el mismo hombre, diría que sí sin parpadear.

—¿Estás bien? —No me hizo falta girarme y verlo para saber que se estaba riendo.

—Estoy perfecta, ¿no lo ves o qué? —Lo miré por encima de mi hombro.

Nico estaba en la cama, con la almohada apoyada un poco en el cabecero. Tenía un brazo detrás de la cabeza y no dejaba de repasarme con la mirada.

No me vestí ni me cubrí; no valía de nada cuando acababa de levantarme e iba al baño.

No me iba a poner en modo vergonzosa ahora, cuando durante la noche me había visto en todas las posturas; posturas que jamás había hecho en mi vida.

—La palabra «perfecta» no te hace justicia. —Escuché que dijo cuando estaba cerrando la puerta del baño.

—Menos lobos, Caperucita. No hace falta que me regales los oídos —le dije antes de cerrar del todo.

No quería que me dedicara piropos vacíos, de esos que solo se dicen para quedar bien. Ya nos habíamos acostado y, aunque no lo hubiéramos hecho, tampoco los necesitaba.

Yo no era de las mujeres que necesitan que un hombre les diga lo guapas y bonitas que son para poder llevárselas a la cama. Yo decidía cómo, cuándo y con quién me iba.

Simplemente, para hacerlo tenía que sentir algo por esa persona; no digo amor, pero sí algo de química, algo que me hiciera sentir que conectaba con esa persona.

Estaba claro que, en el caso de Nico, era distinto. Digo en cuestión de sentimientos, porque antes de que me acostara con él ya los había, y desde hace mucho tiempo.

Ahora esos sentimientos que yo veía como una obsesión se habían hecho más reales y los sentía mucho más profundos.

No era tonta y sabía muy bien las consecuencias que tendría para mi estabilidad emocional el paso que había dado la noche anterior.

Y asumía las consecuencias. Lo había hecho siendo consciente de lo mal y el dolor que iba a pasar cuando se fuera, porque sabía que esto era lo que era: una noche de calentón para él y el fin de mi corazón intacto.

Me metí debajo de la ducha con el agua bien caliente; necesitaba un momento de paz para poder coger fuerzas y asumir lo que en pocas horas pasaría.

Por un momento me imaginé la escena como si estuviera viendo una película mala de sobremesa: él vistiéndose, poniéndose ese reloj caro, esas manos que conocían cada rincón de mi cuerpo abrochándose los botones de la camisa… y yo apoyada en la puerta, fingiendo que todo estaba bien, que esto había sido solo sexo.

Sabía que, en cuanto se cerrara la puerta detrás de él, se me iba a caer encima todo lo que estaba intentando contener. Pero aun así, volvería atrás y repetiría la noche entera. Eso era lo más jodido: que, teniendo toda la información, volvería a elegirle.

En el momento en el que Nico saliera por la puerta de mi piso, sabía que iba a llorar, y mucho, pero en ese momento no podía permitir que él notara nada. Si lo hacía, sabía que me iba a hacer preguntas, unas que no podía ni estaba dispuesta a contestar.

Con los ojos cerrados y el agua cayéndome por la cabeza, tomé unas cuantas bocanadas de aire y me animé dándome fuerzas.

Sentí cómo unas manos me apartaban el pelo de la espalda y lo pasaban por encima de uno de mis hombros hasta que cayó sobre mi pecho.

El roce de sus labios con esa parte de mi cuello me erizó los vellos del cuerpo. Los pezones se me pusieron duros; era el efecto inmediato que le hacía Nico a mi cuerpo.

Suspiré de gusto, echando la cabeza hacia un lado para que tuviera mejor acceso. Me fue dejando un reguero de besos lentos desde el hombro hasta llegar justo por debajo de la oreja.

Con las manos me fue acariciando desde los costados, subiendo despacio por el centro de mi abdomen. Llegó a los laterales de mis pechos, los rodeó; fue un roce muy sutil, pero que sentí en profundidad.

No dejó de repartir besos mientras sus manos comenzaban a jugar con mis pezones. Pasaba la punta de los dedos pulgares por encima de ellos, los estimulaba con un roce lento, tierno, suave. De vez en cuando los pellizcaba, unas veces con algo más de fuerza y otras les daba un respiro, haciendo que ese sutil dolor se convirtiera en calor y placer.

—No me canso de ti —susurró en mi oído.

No pude evitar pensar que eso lo decía ahora, en estas circunstancias, estando los dos desnudos y bajo el agua. Pero sabía que, en el preciso momento en que saliera por las puertas de casa, todo esto quedaría en el olvido para él.

No quise pensar más en ese momento que sabía que iba a llegar, mucho antes de lo que deseaba, y me centré en disfrutar de sus besos, caricias y todo lo que le estaba haciendo a mi cuerpo.

—Se nota que no te cansas. —Intenté sonreír para que él no notara nada, a pesar de que no me estaba viendo el rostro.

—¿Tienes alguna queja? La puedes dejar, si quieres, en el buzón de sugerencias —lo sentí sonreír sobre mi cuello—, pero te advierto que ahora mismo está cerrado.

—Qué pena más grande, y yo que pensaba mandar una carta con todos los puntos que le fallan. —Lo pinché un poco.

Me giró rápido, empujando mi espalda contra la pared. Así, de frente a mí y con esos ojos anclados a los míos, sentí cómo mi corazón se estrujaba un poquito más.

—Tendré que remediar todos esos fallos. —Le cogí por las mejillas para acercar sus labios a los míos y besarlo con las ganas que tenía.

Dejé caer en ese beso todo lo que sentía por él, aunque no lo notara; lo dejé salir. Necesitaba sacarlo de mi interior para poder quitar esa presión que me oprimía el pecho, impidiéndome respirar.

Él me devolvió el beso con el mismo ímpetu; nuestras lenguas se entrelazaron en un baile furioso, dejando en él las ganas, el poder y el deseo que nos quemaba por dentro. Por lo menos, era lo que yo sentía en esos momentos.

Me cogió en brazos, rodeé su cintura. Llevó la punta de su glande a mi entrada. Lo iba a detener, os juro que fue mi intención, pero me dije que

necesitaba saber lo que era estar con él piel contra piel, sin barreras de por medio.

—Mierda, el preservativo —dijo entre cabreado y excitado.

—No importa, sigue, no te detengas ahora. —Le pasé la lengua por la clavícula.

—¿Estás segura? No quiero que hagas nada con lo que no te sientas cómoda. —Sabía desde la noche anterior que él se moría de ganas de hacerlo sin barreras de por medio, pero que se asegurara de que era lo que de verdad quería yo me llegó al corazón.

—Estoy segura, si de verdad no vas a poner en riesgo mi salud. Por mi parte puedes quedarte tranquilo: no hay ni enfermedad ni mucho menos va a haber embarazo de por medio.

—Sé que no me mentirías. Yo tampoco lo hago contigo —me mordió el labio inferior en el momento exacto en que se adentró en mi interior—. Joder, después de sentirte así, no me pidas que me ponga ninguno más, qué bien te siento.

Escuchar cómo me hablaba con esa voz ronca por la excitación hacía que me encendiera más de lo que ya estaba.

—Nico, no pares… —Me quedé sin palabras cuando, con un golpe de caderas, se introdujo por completo.

—Antes prefiero la muerte que parar —dijo entrecortadamente.

—Hijo, tampoco hace falta que seas tan dramático —murmuré sonriendo.

—Dramático sería parar y que nos quedáramos a medias —dejó un reguero de besos desde la oreja, pasando por la línea de la mandíbula hasta llegar a mis labios.

Me hizo el amor lento, no hubo prisas ni urgencias. Lo que sí hubo fueron muchas ganas de sentirnos. Nos tocamos con las manos y con la mirada,

porque había miradas que te hacían sentir que te estaban dejando una dulce caricia.

Para mí, en ese momento, fue hacer el amor, tal y como he dicho antes. Lo de anoche sí lo sentí como follar, con mucho deseo y ansiedad, pero simplemente follar.

Ahora estaba siendo distinto, o así lo sentía yo. Tal vez, inconscientemente, quería hacerme creer a mí misma algo que no era. Fuera como fuese, lo iba a guardar en mi corazón para siempre.

No quería que ese momento, ese instante, terminara nunca. Me quería quedar así, tal y como estábamos, pero como siempre no se tiene lo que se desea, no me quedaba más remedio que prepararme para lo que vendría después.

Lo que sí tenía claro era que este sentimiento iba a quedar solo y exclusivamente para mí, no lo iba a compartir con nadie, porque si lo hacía, sabía que, en el momento que dejara salir todo lo que sentía, me iba a romper, y no quería eso.

No quería pasar por ese dolor. Sé que tal vez no entendéis lo que quiero decir. No sé, es como que, si lo sacaba fuera, el dolor se hacía más presente y, si me lo guardaba, a lo mejor lo podría sobrellevar un poco mejor.

Está claro que cada persona es un mundo y no todo el mundo tiene las mismas formas de sentir ni de llevar esos sentimientos, como también era consciente de que muchas personas, para que la pena fuera más llevadera, necesitaban expresarla.

Yo no era así, por lo menos hasta el momento. Con esto no quiero decir que no hable con mi mejor amiga o con mi madre de cosas que me duelan o me molesten; mentiría si dijera que no lo hago.

Simplemente, es que esto que estaba viviendo junto a Nico me lo quería dejar para mí.

Era mío. Solo mío. Con Valentina podía bromear, podía contarle detalles subidos de tono, incluso imitar los gemidos si se ponía pesada, pero lo que

había sentido cuando él me miró a los ojos dentro de la ducha… eso no. Eso no se contaba.

Había cosas que, en cuanto las dices en voz alta, cambian de forma. Se vuelven más reales, más grandes, más difíciles de manejar. Y yo ya bastante tenía con el terremoto que llevaba en el pecho como para encima ponerle nombre delante de alguien. Si no lo nombraba, a lo mejor dolía menos cuando se acabara. O eso quería creer.

—Necesito que vayas un poco más rápido. —Jadeé.

—Tranquila, todo llega. —Ronroneó.

Sentía cómo salía y entraba cada centímetro de su miembro erecto; lo estaba haciendo tan lento que era imposible no notar hasta el más mínimo roce, por simple que fuese.

Al tener las piernas cruzadas detrás de su espalda, con los talones lo impulsaba para animarlo y que acelerara el ritmo.

—No seas tan impaciente —susurró.

—No es impaciencia, es necesidad. —Volví a jadear.

Le clavé las uñas en la espalda. Algún efecto tuvo que causarle ese acto, porque resopló un momento antes de salir casi por completo de mi interior, para entrar rápido, duro, fuerte y profundo.

No jadeé ni gemí, literalmente grité cuando lo sentí tan dentro de mí que nunca creí que fuese posible.

Desde esa embestida no bajó el ritmo ni la fuerza hasta que me llevó directa a ver las estrellas y yo diría que incluso vi el firmamento entero.

Nico siguió penetrándome con el mismo ímpetu hasta que él llegó a su propio orgasmo.

—Hostia, Blanca, esto ha sido increíble. —Apoyó su frente contra la mía.

No era capaz de hablar, no me quedaban fuerzas ni tampoco ganas. Simplemente lo abracé fuertemente. Pegué mi pecho al suyo mientras le pasaba los dedos por el pelo una y otra vez.

Anoche me di cuenta de que le relajaba mucho que le tocara el pelo de esa manera.

Me di cuenta cuando, después de otro rato de pasión, se acostó a mi lado con su cabeza apoyada en mi pecho y, al empezar a hacerlo, se relajó en el instante, hasta quedarse dormido casi en el acto.

Nos terminamos de duchar; yo me puse ropa para estar por casa y él se volvió a poner la misma que traía la noche anterior.

—¿Qué piensas hacer hoy? —me preguntó cuando estaba haciendo café y preparando unas tostadas.

—Sinceramente, descansar. —A las tostadas les eché un poquito de aceite y les puse unas lonchas de jamón—. Valentina estará con tu amigo y mi madre ha quedado con Alfredo.

—¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta y después comemos en algún restaurante? —Nada me gustaría más que pasar el día con él.

Pero no estaba dispuesta a que lo viera la prensa y me sacaran alguna foto con él.

—Espero que no te lo tomes a mal, Nico, y te prometo que me encantaría hacerlo, pero los dos sabemos que eres un hombre famoso y, si por casualidad la prensa te ve, te sacarán fotos y no me apetece salir en esas cosas.

No se lo tomó a mal, todo lo contrario: me entendió y decidió pasar el día en casa conmigo.

Fue un día perfecto. Hablamos mucho, conocí parte de su vida que nunca había salido en la prensa, me dejó conocerlo en profundidad. Yo también le conté parte de mi vida, de mi hermano, de mi padre y, sobre todo, le hablé de mi madre y las locuras que hacía con Valentina.

Nos reímos mucho, cocinamos entre los dos y, por la tarde, me volvió a hacer el amor.

Si alguien me hubiera preguntado cómo era mi día perfecto, antes habría dicho algo tipo: sofá, manta, peli y helado. Ahora tendría que añadir: sofá, manta, peli, helado y un empresario gilipollas que sabía hacerme reír con cualquier tontería.

Vimos una película y se pasó media trama criticando decisiones de los personajes y diciendo cómo lo habría resuelto él en la vida real. Yo le tiré un cojín a la cabeza dos veces y aun así seguía hablando.

Y mientras lo escuchaba, con su voz de fondo mezclándose con los diálogos de la tele, me di cuenta de algo que me asustó un poco: me gustaba mucho más el Nico de chándal, descalzo y peleando con una sartén, que el Nico de revistas, trajes caros y titulares rimbombantes.

Ese era el problema. Que, por una vez, estaba viendo al hombre detrás del personaje. Y yo ya tenía el corazón demasiado blandito como para salir ilesa de eso.

Capítulo 13



Nico

—Creí que no te iba a volver a ver. —Fue lo primero que me dijo Alex al verme el lunes por la mañana.

Le sonreí de manera irónica.

—Más o menos como tú. No te creas que no sé que pasaste todo el día con esa mujer. —Me enteré de que había pasado todo el día con la amiga de Blanca al escucharla hablar por teléfono poco antes de irme de su casa.

—Y no te haces una idea de lo que me ha gustado. —Lo vi reírse—. Nico, esa mujer está medio loca, en mi vida me he reído más.

—Me imagino —sonreí al recordar algunas cosas que me había contado Blanca que habían hecho—. Blanca me ha contado muchas cosas de ellas dos.

Ese día no llegué a la habitación a tiempo de ver a Blanca, no lo hice porque no quise hacerlo.

Necesitaba dejar pasar unos días. Lo que me hizo sentir esa mujer no lo había logrado otra a lo largo de mi vida, y no lo digo solo por el sexo que tuvimos; era por su forma de mirarme cuando creía que no me daba cuenta.

Era como si realmente viera quién soy, no lo que todos creen que soy. Esos ojos me llegaban muy dentro y no quería que nadie me hiciera sentir así. Estaba bien como estaba, viviendo mi vida como a mí me daba la gana.

No estaba preparado para mantener una relación con nadie, y si estuviera seguro de que ella no se iba a enamorar de mí, no me importaría acostarme con ella más veces, pero no podía hacerlo.

Blanca me parecía muy buena mujer y no quería que sufriera por mi culpa. No es que me creyera mejor e irresistible, es solo que lo intuía. Algo en mí me decía que esa mujer podía albergar muchos sentimientos por mí; no lo podía permitir.

No seas mentiroso, Nico; lo que pasa es que estás cagado porque lo que has sentido junto a esa mujer no lo has sentido nunca y te da miedo reconocerlo, me dije a mí mismo en un momento de sinceridad que tuve.

Me fui al gimnasio del hotel; la necesidad de despejar la mente era grande.

Por otro lado, también estaba el tema de Julia. Creía que lo había entendido todo desde el primer momento y que siempre estuvo de acuerdo conmigo, pero por lo que veía, el haber pasado parte de dos noches seguidas con ella le había hecho ver cosas donde no las había y nunca las habría.

Se tiró todo el día del domingo mandándome mensajes para quedar; también lo intentó con llamadas.

Menos mal que tenía el teléfono en silencio, porque si no hubiera sido así, estaba seguro de que Blanca se habría enfadado. Aunque no teníamos nada entre nosotros y cada uno podíamos hacer con nuestras vidas lo que quisiéramos, sabía que podría haberle hecho sentir mal.

Porque me pongo en su lugar y, si ella está pasando el día conmigo y un hombre no para de llamarla y mandarle mensajes, no solo me molestaría: me jodería, y mucho.

Joder, ahora mismo pensar que otro hombre pudiera estar con ella me cabreaba demasiado. *Gilipollas, a lo que acabas de sentir se llaman celos*, me dije a mí mismo.

Esto de decirme realidades que no era capaz de decir en voz alta, me jodía un montón.

También estaba el tema de mi madre; esa mujer disfrutaba amargándome la vida. Estaba en un punto en el que no me merecía la pena seguir manteniendo contacto con ella por mi padre.

Ese día me dediqué a cerrar algunos tratos que tenía pendientes en esta ciudad. Me había agobiado tanto durante el día al pensar en una cosa y otra, que quería irme cuanto antes de aquí.

Todo ese malestar me lo estaba provocando yo al no querer reconocer ciertas cosas que me seguía negando a hacer.

Los dos días siguientes fueron más de lo mismo. No entré en la *suite* hasta estar seguro de que Blanca no estuviera.

Como los negocios no salieron como yo tenía previsto, no me quedó de otra que tener que quedarme toda la semana; así que estaba intentando por todos los medios no tropezarme con ella por ninguna de las instalaciones del hotel.

Estaba seguro de que, si la volvía a ver, no iba a tener fuerza de voluntad para no acercarme a ella. Me sentía tan atraído hacia ella que era imposible verla y no querer besarla.

Por ese mismo motivo estaba intentando no encontrarme con ella.

Esos días siguieron llamándome tanto Julia como mi madre y, para terminar de rematarlo todo, tenía a la prensa pegada a mi culo.

Mucho habían tardado en perseguirme. Vine a esta ciudad buscando un poco de paz y me iba a ir mucho peor de lo que había venido.

Al cuarto día me encontré una escena que jamás pensé que iba a vivir. Ese día la tentación me pudo; no tuve fuerzas para seguir negándome las ganas que tenía de ver a Blanca. Ese día iba dispuesto a decirle por qué me había mantenido alejado de ella.

Sin embargo, todo salió mal.

Al abrir la puerta, lo primero que vi fue el carro de la limpieza y, como siempre que lo había visto, tenía un vaso de café de un color llamativo y una de esas típicas frases que tanta gracia me hacían.

Y lo segundo que llegó a mis oídos fue la voz de Blanca.

—Señora, le estoy diciendo que puedo venir a limpiar la habitación en otro momento. —¿A quién le estaba diciendo eso?—. He llamado a la puerta antes de entrar y, al no recibir respuesta, pensé que no había nadie.

—No tienes que irte, no me molestas; solo limpia antes de que llegue Nico. Cuando viene de correr, le gusta darse una ducha conmigo.

¿Qué cojones hacía Julia aquí? ¿Y qué mierda acababa de decir?

Me había detenido un momento en la parte de la salita, que estaba separada de la parte del dormitorio. Lo había hecho porque me llamó la atención y quería saber con quién estaba hablando Blanca.

En cuanto escuché hablar a la segunda, en unos cuantos pasos entré donde estaban las dos. No sé qué cojones esperaba encontrarme, pero desde luego no era nada de lo que vi.

Julia estaba metida dentro de la cama y, por lo poco que cubrían las sábanas, se veía claramente que estaba totalmente desnuda.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —la pregunta no iba para Blanca; claramente iba dirigida a esa mujer que estaba metida en mi cama.

—Nico, cariño, has llegado antes de lo normal. —¿Cómo sabía ella a qué hora llegaba yo de correr y quién la había dejado entrar?

Se incorporó un poco en la cama. Menos mal que tuvo un poco de consideración y se cubrió los pechos.

Todavía no me había atrevido a mirar a Blanca porque no era capaz de ver en su mirada todo lo que me iba a encontrar.

Estaba completamente seguro de que, aunque yo le dijera que nada de esto era lo que ella se estaba imaginando, no me iba a creer, y no lo iba a hacer porque, con mi comportamiento de estos días, no era para menos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La rabia me estaba comiendo por completo —. ¿Desde cuándo tienes derecho a entrar en mi habitación sin que yo te lo haya pedido?

Me estaba cavando mi propia tumba al hablar delante de Blanca.

—Solo quería darte una sorpresa. —Se dio cuenta de mi mirada y del cabreo que tenía encima—. Si quieres, vuelvo en otro momento.

—Creo que lo mejor es que vuelva más tarde —dijo Blanca con apenas un susurro. La miré, pero ella tenía la vista fija en algún punto que no era yo.

—Sí, querida, es mejor que vengas más tarde —le dijo Julia como si tuviera algún derecho a ordenar algo.

—Blanca, no hace falta que hoy hagas la habitación —le dije eso porque le iba a poner las cosas claras a Julia. No quería que ella estuviera presente, no porque tuviera nada que ocultar; mi intención era buscarla después para hablar con ella y contarle todo.

Lo hice para no poner en ridículo a Julia delante de otra persona. Que no quisiera volver a tener nada que ver con ella no quería decir que tuviera que humillarla, mucho menos delante de nadie.

—Como usted diga, señor. —Me miró al hablar, y lo que vi en sus ojos me mató en el acto—. Que pasen un buen día.

Se dio la vuelta y volvió al salón.

—Vístete ahora mismo —le dije a Julia antes de ir detrás de Blanca para decirle que después iría a su casa para hablar con ella.

Estaba cogiendo la manilla de la puerta para irse; fui rápido y puse mi mano sobre la suya para detenerla antes de que se marchara.

—Blanca, te prometo que no es lo que parece. —No me miró—. De verdad, no tenía ni idea de que iba a pasar esto.

—Usted es libre para hacer con su vida lo que quiera sin darme ningún tipo de explicación. —Seguía sin mirarme.

—Blanca, mírame —le pedí, pero no lo hizo—. Voy a ir después a tu casa para explicarte las cosas con calma.

Ahí sí que me miró, y lo hizo con mucha furia en los ojos.

—A mi casa no tiene que ir usted para nada. Como le he dicho antes, no me debe nada —habló en voz baja pero llena de rabia.

—No me trates de usted, no después de lo que hay entre nosotros —susurré para que no escuchara nada la que estaba en la habitación.

—Entre nosotros no hay nada y nunca lo habrá. —Me di cuenta de que apretaba los puños con fuerza—. Nos dejamos llevar una noche porque a los dos nos apeteció follar, igual que a usted puede apetecerle hacerlo con otra mujer, como por ejemplo con la que lo está esperando desnuda. Del mismo modo que a mí puede apetecerme hacerlo con otro hombre. No me debe nada, ni yo a usted.

Los cojones iba a creerme eso que había dicho, porque si yo me di cuenta de la conexión que hubo entre nosotros, ella también lo tuvo que hacer.

—No te mientas ni intentes mentirme a mí. —Puede que nuestra intención fuera esa cuando nos acostamos, pero los dos sabíamos que después de todo no solo fue eso, que hubo mucho más—. Sé que puedes estar enfadada, y por eso quiero explicártelo todo con calma. Te prometo que cuando me escuches, me vas a entender.

—No te atrevas a venir a mi casa. No quiero saber nada de ti. Por mí te puedes ir hoy mismo. Te diré más: ojalá lo hagas y no nos volvamos a ver nunca más, porque los hombres como tú no merecen la pena. —Sabía que no iba a tardar mucho en decir todo lo que pensaba. Y no puedo decir que no me dolió todo lo que dijo, porque lo hizo, pero me lo había ganado a pulso—. Ahora, si no te importa, tengo que seguir haciendo mi trabajo.

—Las cosas no son como te crees, pero supongo que es mucho más fácil juzgar a las personas por lo que se dice o se piensa que por cómo son realmente. —Tampoco iba a permitir que se diera el gusto de hablar de mí si no se permitía escucharme—. Ni el malo es tan malo, ni el bueno tan bueno. Y si de verdad piensas de mí todo lo que has dicho, no creo que haga falta que vaya a tu casa ni que te moleste más.

No me había arrastrado nunca, no lo iba a hacer ahora, mucho menos por una persona que no se molestaba en darme la opción de poder explicarme.

La dejé que se fuera; lo que teníamos que decirnos nos lo dijimos, porque ella no dio opción a que pudiéramos hablar más.

En cuanto salió de la habitación, me encaminé para enfrentarme a esa mujer que se había tomado unas libertades que no le pertenecían y pensaba dejarle claro todos los puntos.

Por supuesto que no pensara que iba a tener nada conmigo. Había pocas cosas en esta vida que me dieran más coraje que lo que había hecho ella, porque desde el principio fui claro, lo entendió y lo aceptó, para después terminar montando el numerito que había montado.

Capítulo 14



Blanca

No lloré y no fue por falta de ganas, no lo iba a hacer delante de Nico. Ni una sola lágrima derramé, todo lo contrario, le eché valor y le dije todo lo que pensaba. Sé que quizás solté palabras para dañarlo un poco o mucho, eso dependía de lo que le afectara.

Aunque dudaba mucho de que a ese hombre le afectara lo más mínimo lo que le había dicho.

Sabía que no debería de sentirme dolida. Nico no me había prometido nada ni mucho menos me debía nada, pero, coño, dolía y mucho. No era de piedra y mucho menos después de haber estado con él.

¿Que la tonta era yo sola? Pues sí, pero es que en el corazón no se manda, ese se enamora de quien le da la gana sin mirar si hace bien o mal. Y el mío se había enamorado de ese hombre incluso antes de conocerlo, así que ahora, después de haberlo conocido mejor, de haber pasado las mejores horas de mi vida, ahora sí que había perdido mi corazón para siempre.

¿Me dolió no verlo los días siguientes? Sí, mucho, tenía la esperanza de encontrármelo cuando fuera a limpiarle; en realidad, más que esperanza era ilusión, aunque solo lo viera. No era tonta y sabía perfectamente que Nico nunca tendría con alguien como yo más que unos simples polvos, pero no sé, el encontrármelo, verlo, hablar unas cuantas palabras, mirar esos ojos que me volvían loca.

No le iba a dar el gusto de verme mal y, aunque él había dicho que no iba a venir a casa para hablar conmigo, sabía que lo iba a hacer de todos modos, pero para chulo él, más chula iba a ser yo, aunque por dentro me estuviera muriendo de dolor.

Por una vez me iba a permitir el lujo de hacer lo que realmente me apetecía, le iba a dar de su propia medicina. No era tan hombre eso de estar con unas y con otras sin pensar en los sentimientos de esas mujeres, aunque ellas fueran igual que él.

Pues yo lo iba a utilizar, de todos modos, el daño ya estaba hecho, se iba a ir y no lo iba a volver a ver más, por lo menos no en persona. Puesto que pensaba darle lo que más le gustaba, porque le iba a demostrar lo que se perdía no estando a mi lado.

Lo iba a volver tan loco que, lo mismo que él me dijo que no lo iba a olvidar tan fácilmente, ahora el que no me iba a olvidar era Nico a mí.

Terminé el trabajo y me fui directamente para mi piso, quería llegar, ducharme, ponerme ropa interior sugerente y una simple bata por encima.

Mi instinto no me mentía y estaba segura de que Nico iba a venir y, cuando lo hiciera, iba a hacer como si no me hubiese dolido nada cómo se había comportado, lo iba a llevar al límite.

Vamos, que este hombre se iba a acordar de mí y de quién era yo, aunque tuviera que rezarle al *santo del sexo casual*. Puede que después fuese yo la que sufriera las consecuencias. Eso lo afrontaría después, porque hoy iba a hacer de tripas corazón sin pensar en nada que no fuese ponerlo como una moto.

Porque no siempre tenían que ser los hombres los que fueran a buscar lo que les apetecía sin importar lo que sintiera la otra persona, hoy iba a ser yo la que lo buscara a él, solo para mi disfrute, aunque en el proceso disfrutara él, no me importaba.

Me entretuve en extenderme crema con olor a vainilla por todo el cuerpo, quería sentirme fuerte y poderosa, porque hoy no me iba a seducir él a mí,

sino que lo iba a seducir yo, para que se diera cuenta de lo que se sentía cuando después te desechaban y te sentías utilizada.

Me puse un tanga de encaje blanco, minúsculo y casi transparente. El sujetador a juego realzaba mis pechos y, en vez de ponerme la bata como tenía pensado, opté por un camisón que me había regalado Valentina en uno de mis cumpleaños. También blanco, me llegaba a medio muslo; por el bajo tenía encaje del mismo color y el pecho formaba un pico con el mismo acabado delicado.

Me eché un poco de perfume y dejé que el pelo se me secara al aire. Este se iba a cagar en cuanto me viera. Como he dicho antes, esto era por y para mí, aunque después vinieran las lamentaciones.

Fui a la cocina y me serví una copa de vino, me senté en uno de los taburetes que tenía en la barra y me la fui bebiendo sorbo a sorbo, saboreando su sabor, dejando que el paladar se impregnara con esa mezcla de sabores a uvas y la barrica de roble donde lo dejaban madurar hasta que llegaba la hora de ser embotellado.

Sonreí cuando escuché sonar el telefonillo; no pregunté quién era antes de abrir, ya lo sabía. Cinco minutos después sonó el timbre de la puerta. Me iba a hacer la sorprendida en cuanto lo viera.

Fui a abrir y ahí estaba él, tan guapo como siempre, porque si cuando se vestía con traje estaba para comérselo, vestido con ropa casual estaba el doble de bien. Lo hacía parecer mucho más joven y sexi.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con indiferencia repasándolo con la mirada—. Te recuerdo que te dije que no vinieras y que poco después tú mismo dijiste que no ibas a venir porque no había nada más que hablar entre nosotros. —Me estaba repasando con la mirada todo el cuerpo y, por la forma en la que se humedeció los labios, le gustaba lo que estaba viendo.

—No me podía ir sin explicarte cómo han sido las cosas realmente. ¿Me vas a dejar pasar o me tengo que quedar en la puerta? —me preguntó levantando la ceja.

—Claro, estás en tu casa —le dije con recochineo—. ¿Quieres un vino? No será como los que estás acostumbrado a beber, pero te prometo que no está malo —sabía que esas palabras le iban a repatear los cojones—, aunque no lo creas, me puedo permitir una botella buena de vino de vez en cuando.

Nico nunca me había comentado nada relacionado con el dinero, sin embargo, era yo la que quería marcar la diferencia que había entre nuestros estilos de vida tan diferentes.

—Basta, Blanca. Nunca me ha importado el dinero que tengan las personas que están a mi alrededor. —Se notaba que estaba cabreado.

—No he dicho lo contrario, solo he puntualizado algo. —Entré en la cocina con él siguiéndome los pasos.

Al no tener demasiada estatura y al tener las copas en la balda más alta por el poco uso que les daba, me tuve que poner de puntillas y estirarme todo lo que pude y, aun así, no llegaba del todo, pero me negaba a hacer lo mismo que hice para coger mi copa. No me apetecía que se riera de mí.

Sabía que el camisón se me había subido más de la cuenta y que ahora mismo estaba mostrando demasiado de mi trasero. Aunque, mirándolo por el lado bueno, esto también me valía para seducirlo.

Estaba claro que Nico era un hombre de sangre caliente, eso me lo había demostrado las otras noches y, como era normal en él, no se iba a quedar quieto, por mucho que lo intentara.

Quedó más que claro cuando lo sentí pegarse a mi espalda, rozando su cuerpo con el mío mientras levantaba un brazo por encima de mi cabeza para coger él mismo la copa.

—Parece que te han faltado unos centímetros por crecer —me susurró muy cerca de mi oreja.

—Ya bueno, siempre le puedo decir a cualquier hombre que invite que él mismo coja las copas. —Eché un poco el trasero hacia atrás para rozarme con esa parte de su cuerpo con la que me había hecho gritar hasta quedarme casi afónica.

—Sabes que está muy mal hablar de otros hombres cuando tienes uno a tu lado. —Eso le había dolido, pero más me dolió a mí que me ignorara durante unos días y después encontrarme a una mujer en pelotas metida en su cama.

—Te puedo asegurar que es mucho peor encontrar a una mujer desnuda en la cama del hombre con el que has follado pocos días antes —giré la cabeza sobre mi hombro para mirarlo—, qué mínimo que hubieras dejado un aviso en la recepción para que no fuese esta mañana a tu habitación.

—Yo no sabía que ella se iba a meter; de hecho, he puesto una queja en el hotel por haberla dejado pasar sin mi permiso. —Me cogió por la barbilla, acercando sus labios a los míos, tanto que se estaban rozando—. Desde que te vi la primera vez no he vuelto a estar con nadie. —Pasó la punta de su lengua por mi labio inferior.

»Me has jodido la cabeza y no soy capaz de pensar en otra que no seas tú. —Atrapó mi boca en un beso hambriento, movió las caderas para que el roce con su miembro lo notase mucho más—. Así la tengo siempre que pienso en ti —dejé escapar un jadeo—, me da igual que me creas o no, te estoy diciendo la verdad, desde que te vi, la única que me la pone dura eres tú.

Me giró rápido poniéndome de cara a él y esta vez fui yo la que me abalancé a su boca, necesitaba sentir sus labios pegados a los míos, que su lengua se estrellara contra la mía.

Mis manos recorrían su cuerpo mientras le iba desabrochando los botones de su camisa, lo hice con urgencia, quería tenerlo desnudo ante mí, ver lo que todo en él me provocaba, sentirlo sin ropa entre nosotros.

Porque esa noche no iba a haber nada que no fuese dos cuerpos dejándose llevar por la pasión y el deseo que despertábamos el uno al otro.

Cuando le había quitado la camisa, fue a quitarme el camisón. No lo dejé, lo detuve, esta vez mandaba yo.

Llevé las manos a su cinturón, en cuanto terminé con él, me dirigí a los pantalones. Una vez desabrochados, metí la mano por dentro de su ropa interior y le cogí el pene, lo tenía duro, caliente y en el glande había humedad acumulada por la gota de líquido preseminal que se le había escapado.

Pasé la yema del dedo pulgar por la abertura, atrapando su esencia para hacer un camino hasta sus testículos, cuando llegué a ellos, se los cogí para apretarlos lo justo para hacerlo gemir.

Lo hizo, echando su cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

—Joder, Blanca —resopló con fuerza. Me había propuesto que no me olvidara y, por mi madre, que no lo iba a hacer, por lo menos en lo que al sexo se refería.

Aproveché que estaba extasiado por el placer y, con la punta de mi lengua, le fui recorriendo todo el pecho, llegué a su ombligo, se lo rodeé y seguí bajando. Delineé la V que tenía desde una cadera hasta la otra.

Enganché los pulgares en los laterales de sus pantalones y ropa interior, comenzando a arrastrarlos por sus piernas hasta que terminaron en un rincón del suelo de la cocina.

Le cogí el miembro entre mis manos, moviéndolas por toda su longitud, apretando un poco cuando llegaba a la punta, esa que estaba brillando por la esencia de su excitación.

—No sigas, no creo que pueda aguantar mucho —murmuró, bajando su mirada hasta conectarla con la mía, pasó sus dedos por la línea de mi mandíbula dejando una suave caricia.

—Tengo ganas de ponerte a prueba —le dije con una sonrisa antes de abrir mi boca y dejar que entrara en ella.

Lo saboreé tanto como él me dejó, porque, poco después de empezar, salió de mi boca, me levantó sin mucho esfuerzo y, con la misma rapidez con la que me levantó, me desnudó.

—Estás tan mojada que no necesitas preliminares —dijo cuando pasó los dedos entre mis pliegues.

—Lo que necesito es que me penetres ya. —Estaba ansiosa por sentirlo dentro de mí.

—Como tú digas. —Me levantó y me llevó hasta el sofá.

Se sentó conmigo encima de él, con cada pierna a cada lado de su cuerpo, no esperé a que me dijera nada.

Le cogí el pene y lo posicioné en la entrada de mi vagina. Fui bajando poco a poco sobre él hasta que mi clítoris chocó con su pubis.

Moví las caderas haciendo círculos para crear mayor fricción entre nuestros cuerpos.

Sus jadeos me ponían mucho más caliente de lo que ya estaba, si es que eso era posible.

No dejé de moverme hasta que los dos llegamos al clímax; él me ayudó a moverme con mayor rapidez cuando me cogió por las nalgas, ayudándome a subir y bajar sobre su miembro.

En esa postura lo podía sentir mucho más profundo y, con el roce de su pubis en mi clítoris, no tardé en que el orgasmo me atravesara el cuerpo por completo.

Poco después llegó él, dejando caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá mientras soltaba un fuerte resoplido.

Capítulo 15



Nico

No era eso lo que me esperaba encontrar cuando decidí que iba a ir a su casa.

Lo que me esperaba encontrar era a una Blanca enfadada y que no me dejara explicarme; bueno, eso tampoco lo hubiera hecho, por lo menos no del todo, con las pocas frases que le había podido decir.

Me di cuenta enseguida de que lo que quería era seducirme; lo que no sabía ella era que no necesitaba hacer nada, porque me tenía más que seducido desde el primer día.

No se había levantado de encima de mí. Cuando llegué al orgasmo, simplemente apoyó la cabeza en mi hombro, intentando que su respiración se fuera tranquilizando.

Le pasé las manos por la espalda en repetidas ocasiones; su respiración se hizo completamente superficial. No le podía ver el rostro, pero me daba que se había quedado dormida conmigo todavía en su interior.

No pensaba despertarla, aunque había varias cosas que quería hablar con ella; no pensaba moverme de donde estaba. Tenerla así se sentía como estar en el paraíso.

Simplemente apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y cerré los ojos dejándome llevar por el sonido de su respiración e intentando poner algunos

pensamientos en orden.

No sé en qué momento me quedé dormido, pero lo hice. Me desperté cuando sonó el móvil de ella por algún lugar del piso; ella seguía durmiendo tan tranquila.

Me levanté con cuidado de no moverla mucho; no creía que me hubiese quedado dormido más de cinco minutos, y eso era poner demasiado tiempo.

La tumbé en la cama con cuidado, volví a salir al salón, me puse el bóxer y me metí en la cocina a preparar algo de cena. Estaba seguro de que Blanca no iba a tardar mucho en despertarse.

Rebusqué en la nevera y en un mueble algo que pudiera hacer. Al final me decidí a preparar unas tostas con queso de rulo, cebolla caramelizada y solomillo de cerdo.

Estaba metiendo la bandeja en el horno cuando apareció por la puerta de la cocina, poniéndose el camisón sin nada debajo.

Esta mujer va a acabar con tu cordura, me dije, sin poder apartar los ojos de ese cuerpo que me volvía completamente loco.

—Por lo que veo, el sexo te ha dado ganas de cocinar —me dijo, yendo hacia la nevera para coger un refresco de cola—. Qué considerado por tu parte.

Por su forma de hablar se notaba que estaba molesta conmigo. Aunque nos habíamos acostado, el resentimiento por mi comportamiento, o por lo que ella seguía pensando que había hecho, seguía ahí.

—Necesito que repongas fuerzas para que puedas afrontar la noche que nos espera. —No iba a dejar que su rabia nos fastidiara la noche.

Para bien o para mal, había estado con muchas mujeres a lo largo de mi vida y podía reconocer ciertas cosas en ellas, como cuando estaban molestas, celosas o simplemente querían hacerse las importantes.

Y en el caso de Blanca había dolor y rabia, pero también un poco de resentimiento, y este podía llevarla a hacer algo para intentar que me fuera y romper todo lazo que teníamos; y no se lo iba a permitir.

Esos días en los que me había mantenido alejado no me habían valido para nada, solo para crear dudas de ella hacia mí; y si a eso le sumamos lo que había hecho Julia, la situación era mucho peor.

Cuando me levanté de la cama esa mañana, lo hice con la firmeza de que iba a hablar con ella y decirle el porqué de mi desaparición estos días. Todo se fue a la mierda, pero ahora tenía otra oportunidad y no la iba a dejar pasar, por mucho que ella intentara hacerme cabrear para que me marchara.

—¿Quién te dice que vamos a follar más veces? Tómalo como una despedida, ya puedes pasar a la siguiente —dijo con chulería.

—No me lo tiene que decir nadie; simplemente sé que lo vamos a hacer muchas veces, y no solo esta noche; serán muchas noches y muy seguido. —Me acerqué a ella en un solo paso—. Me lo dice tu cuerpo y esos ojos que no puedes apartar de los míos. —La cogí por la cintura.

»Me lo dicen las ganas que me tienes y las que yo te tengo a ti. Seguro que si ahora mismo meto mi mano entre tus piernas te encuentro mojada y lista para recibirme—. Llevé la mano donde le había dicho y, como me imaginaba, estaba igual de caliente que yo.

—No puedo decir que no me atraigas, porque mentiría si lo hiciera, pero no creas que puedes ser el único que me ponga así; lo que pasa es que eres el que tengo más a mano. —No se lo creía ni ella. Sonreí con chulería para que viera que no me creía esas palabras.

—¿Sabes lo que pasa? —negó—, que no te creo. Lo que sí creo es que estás dolida y estás intentando hacer como si no te importara lo más mínimo y, si de camino me puedes hacer daño, mucho mejor para ti. —Bajé la mirada hasta encontrarme con la suya.

»¿Por qué no hablas claro y me dices de una vez cómo te sientes? Si eres valiente para decir esas cosas, debes serlo para decir la verdad.

—No tengo nada que decir, porque ya te lo he dicho. Si no me crees, es tu problema; además de que eres muy creído y te crees el mejor del mundo. —Mentía más que hablaba, estaba seguro de que lo hacía, porque al hablarme no fue capaz de mirarme a los ojos ni una sola vez.

—Quizás necesitas que sea yo el que empiece a hablar y ser sincero. —Le eché un ojo a la comida que había metido en el horno, viendo que todavía le faltaba. La cogí en brazos y la senté en la isla. Me coloqué entre sus piernas para que estuviéramos cara a cara—. No voy a negar que he sido un mujeriego —hablé en pasado, porque desde que la había conocido no quería saber nada de otra mujer que no fuese ella; que sí, lo sé, me di cuenta unos días después, pero más vale tarde que nunca.

»Estaba soltero, no le debía explicaciones a nadie y podía hacer lo que quisiera, igual que has hecho tú con tu vida. —Fue a hablar, pero no la dejé —. No, es mi turno de palabra; te di la oportunidad de que lo hicieras tú y no has querido.

—Si vas a soltar una sarta de mentiras, mejor que no lo hagas. —Que le dijera que me tocaba hablar le había entrado por un oído y salido por el otro.

—Como iba diciendo, he sido muy mujeriego y es verdad que cuando llegué al hotel, las dos primeras noches me vi con Julia —resopló al escuchar su nombre—. Me vi con ella, pero ninguna de esas noches las pasó completas conmigo.

»La conozco desde hace mucho tiempo y ella siempre ha tenido claro que no quería nada en serio. —Desvió la mirada—. Cuando te vi la primera vez, bueno, más bien cuando te escuché la primera vez, me hizo gracia tu forma de hablar sobre los preservativos que había en la papelera y, cuando te vi, me pareciste preciosa.

—Sobre todo eso. Nico, no hace falta que mientas; te conozco desde hace mucho y sé con el tipo de mujeres que sueles relacionarte, y yo no entro dentro de esos gustos.

—No, no entras en esos gustos; entras en unos muchos más fuertes. Esas mujeres no me importan nada; la que me importa eres tú. —Le acaricié la mejilla—. Por eso mismo he estado estos días desaparecido, porque no tenía

cojones de admitirme a mí mismo esto que siento estando a tu lado. Siendo sincero, me daba miedo reconocerlo —sonreí sin poderlo evitar.

—Nico, me cuesta mucho creer todo lo que me estás diciendo.

—La única forma de que me creas es que me dejes demostrarte que lo que digo va en serio.

—No voy a dejar mi vida por seguirte y mucho menos quiero que se me relacione contigo. No podría soportar salir en la prensa dentro de un tiempo como una cornuda. Esa no es mi vida y no la quiero. Lo siento, pero por ahí no paso.

—Te estás cerrando en banda sin darme una oportunidad por lo que puedan decir personas que ni me conocen ni me van a conocer nunca. —Me separé de ella un poco dolido.

—No quiero decir eso. Quiero estar contigo; lo que no quiero es que me saquen en todos esos medios. —De un salto se bajó de la isla y vino hacia mí —. Solo te pido que si vamos a mantener algún tipo de relación, esta sea solo entre tú y yo. También podemos incluir a los más cercanos si nos apetece, pero nada público, por lo menos por ahora.

—Te toca —le dije—. Me tienes que decir la verdad, la que te pedí antes y te negaste a decirme. —Saqué las tostas del horno.

—Te descubrí por casualidad hace más o menos dos años. —Me iba contando mientras sacaba los platos—. Estaba limpiando una habitación cuando una revista se me cayó de las manos y se abrió por una página en la que aparecías. —Tenía las mejillas encendidas, como si le diera vergüenza hablar de este tema.

»Me gustaste en cuanto te vi. Desde entonces empecé a seguir todo lo que se hablaba de ti; me obsesioné tanto que no había mañana que no llegara tarde al trabajo porque me quedaba embobada mirando tus fotos —sonrió con timidez.

»Recuerdo que al principio, cuando hablaba con Valentina de ti, me decía muchas veces: «Blanca, tenemos que ir a Madrid y tienes que ir a la caza del

CEO». Yo me reía por sus ocurrencias, pero en el fondo soñaba con conocerte. —Esas palabras me llegaron al corazón.

—Y te llevaste una decepción cuando me conociste por las cosas que te dije. —Me acerqué a ella.

—Sí, me caíste mal y quise sacarte de mi mente, pero cuando te vi el sábado me dije: «No seas tonta, si tienes una oportunidad, aprovéchala». Le eché valor y ahora estamos aquí. —Le di un beso sonriendo sobre sus labios.

—Y al final ha sido el CEO el que ha tenido que venir para cazarte —susurré pegando mi nariz a la suya— y me encanta, aunque la cazada hayas sido tú —sonrió más ampliamente.

—Eso no ha sido del todo así y lo sabes. —Me señaló con el dedo—. El cazado has sido tú y, dentro de unos años, te lo voy a recordar. —No sabía por qué, pero me gustó que hablara de nosotros mirando hacia el futuro.

—¿Y qué es exactamente lo que me vas a recordar? —La pegué a mi cuerpo.

—Te diré: «¿Ves cómo cazaba al CEO?» Pero eso te lo diré si alguna vez logramos formar una familia. —Se le notaba con voz soñadora, y yo no estaba todavía preparado para nada de eso, pero no le dije nada; no quería estropear el momento.

Iba a hacer lo que le había dicho a ella: dejar pasar el tiempo y que fuera él el que nos fuera indicando.

Capítulo 16



Blanca

—Mamá, que vamos a llegar tarde —grité desde la planta baja.

—Ya voy, me pongo los tacones y listo —respondió con un grito mayor que el que yo le había dado.

Mira tú qué cosas: ahora tardaba más en arreglarse; ahora quería verse bonita para que su novio la viera bien. Y pensar que siempre era la que estaba lista la primera.

¿Os preguntaréis por qué he dicho su novio? Pues veréis, desde hacía poco más de dos meses mi madre había empezado su relación con Alfredo. Sí, mi jefe, ese mismo que se quedó prendado de ella el día que vino a buscarme al hotel.

Y la prisa que teníamos era porque habíamos quedado en el hotel para cenar con él y las chicas.

Esperad y no corráis tanto, que ya me estoy imaginando cómo vuestras mentes están procesándolo todo y pensando qué había pasado con Nico y conmigo.

Pues había pasado lo que tenía que pasar: que la cosa no salió bien y, al final, cada uno nos fuimos por nuestro lado.

Se fue con otra… Vamos, que no es que me lo dijeran, es que lo pillé yo misma.

Venga, vale, es una pequeña broma que os he gastado.

Con Nico todo iba perfecto desde la tarde que se presentó en mi piso para hablar conmigo. Por mi parte, ese día solo quería tentarlo y hacerle ver lo que se sentía cuando no te tomaban en cuenta después de haber estado contigo, pero todo cambió cuando decidí darle una oportunidad y escucharlo.

Desde entonces no he sido más feliz en mi vida; digo, en el tema de estar con un hombre.

Miraba por mí, me trataba con cariño, siempre estaba atento a cómo me pudiera sentir y, en cuanto a la prensa, no sé cómo lo estaba haciendo, pero nadie se había enterado de nuestra relación.

Tengo que decir que nos cuidábamos mucho en ese aspecto; intentábamos ir a lugares donde no fuéramos a ser molestados.

El único problema de todo esto era que no podíamos vernos tanto como nos gustaría. Por ejemplo, aquel fin de semana él no podía venir porque tenía una gala donde premiaban a los mejores empresarios del país.

Y claro, Nico estaba nominado y, por la pinta que tenía, se iba a llevar el primer premio.

Me dijo muchas veces que lo acompañara, que ya era hora de dejar de escondernos. Me hubiera gustado ir con él, pero me daba miedo exponerme y que todo el mundo estuviera pendiente de lo que hacía o dejaba de hacer, de que me mirasen con lupa y se rieran porque era una simple camarera de piso.

Que, siendo sincera, lo que dijeran me daba igual por mí; lo que no me daba igual era que mi madre pudiera sufrir por ver cómo hablaban de su hija, como tampoco me daba igual que criticasen a Nico por quién era yo y que esto le pudiera perjudicar en sus empresas.

Suponía que si nuestra relación seguía hacia delante, en algún momento tendría que salir a la luz e ir afrontando cada bache conforme nos lo fuéramos

encontrando.

Por ahora iba a seguir como estábamos. Ojo, quiero dejar claro que no todo estaba siendo un camino de rosas o sí, pero también con sus espinas, aunque vuelvo a decir que todas esas espinas eran por lo mismo que os he dicho antes; fuera de ese rifirrafe, todo nos iba genial.

—Ya estoy —dijo mi madre cuando llegó a mi lado, que para solo faltarle los zapatos, no veas todo lo que tardó. Yo creo que se los tuvieron que fabricar en el momento, porque normal, lo que se dice normal, no fue su tardanza—. ¿Estoy bien? —me preguntó dando una vuelta sobre sí misma.

La verdad es que estaba guapísima. Llevaba puesto un vestido rojo de tirantes anchos y el escote en forma de corazón; la parte de arriba era pegada al cuerpo hasta llegar a la cintura y, a partir de ahí, tenía algo de vuelo.

Le llegaba un poco por encima de las rodillas. Me emocioné al verla así y con esa mirada cargada de ilusión.

—Estás preciosa, mamá. —Casi no me salían las palabras—. Si lo llego a saber, te hubiera hecho ir mucho antes al hotel.

Ese hombre le estaba haciendo mucho bien a mi madre, de verdad que no tenía cómo agradecerle todo lo que había hecho por ella. El cambio que había dado fue increíble.

De no querer salir de casa, de seguir llorando cada poco, de no querer arreglarse, de no reír casi nunca… Todo había cambiado. Ahora se arreglaba, quería verse bonita, reía con facilidad, lloraba menos, salía más de casa.

Estaba claro que el dolor por la pérdida de su hijo siempre iba a estar presente. Si no lo olvidaba yo, que apenas tenía recuerdos de él y era su hermana, ¿cómo lo iba a olvidar una madre? Imposible.

—Todo llega a su tiempo, lo he conocido cuando ha sido el momento indicado. —Tal vez tenía razón.

—Pues no hagamos esperar a tu amorcito más. —Salí de casa; mientras ella cerraba la puerta, yo ya tenía el coche arrancado.

—Cariño, ¿no te has planteado dar el paso que tanto te ha pedido Nico? —me preguntó de camino al hotel.

—No sé, mamá. Me da un poco de miedo. —Me sinceré con ella—. ¿Y si empiezan a hablar de mí y hacen de mi vida un infierno?

—Cariño, solo te voy a decir que, si de verdad lo quieres, no pienses en nadie más que no seáis vosotros dos. —La miré de reojo para no apartar la vista de la carretera—. No te puedes quedar en el «qué dirán». Si haces eso, nunca vas a ser feliz.

—Tienes razón, cuando venga esta semana voy a hablar con él y le voy a decir que se terminó el escondernos, que no me importa que todo el mundo sepa que lo amo. —Sí, acababa de tomar la decisión y lo iba a hacer—. Lo que me da un poco de pena es dejar mi trabajo.

—¿No me digas que de verdad te gusta limpiar la mierda de los demás? —dijo soltando una carcajada.

—Oye, que limpio la misma mierda que tú. La diferencia es que tú lo haces en una sucursal y yo en un hotel.

—Pero a mí no me gusta mi trabajo; lo hago porque tengo que hacerlo.

—Mira qué graciosa, a mí tampoco me apasiona, pero disfruto un montón con mis compañeras.

—Tus compañeras son tus amigas y siempre las tendrás. Así que no hagas más la tonta y demuéstrale a ese hombre que de verdad lo quieres y que estás dispuesta a todo por él. —En serio, cada día me asombraba más el cambio que estaba dando esta mujer.

—¿Tú también se lo vas a demostrar a Alfredo? —No pude evitar reír al ver cómo se le formaba una sonrisa cada vez que hablábamos de ese hombre.

—Me ha pedido que me vaya a vivir con él. —Si no di un frenazo con el coche, fue porque el que venía detrás se habría estampado contra el culo del mío.

—¿Quién se cree que es para proponerte algo así? —Me moría de risa por dentro.

—¿No te gustaría que lo hiciera? —me preguntó con un poco de temor—. Yo quiero mucho a Alfredo, pero si no quieres que me vaya a vivir con él, no lo haré. Antes que nadie está mi hija. —Siempre me ponía a mí por encima de todo y eso tenía que empezar a cambiar, porque se tenía que poner ella misma y después los demás.

—Es que eso de que te vayas a vivir en pecado no va mucho conmigo. —Ahí se dio cuenta de que estaba bromeando.

—Qué susto me has dado, puñetera, ya pensaba que no querías que estuviera con él.

—¿Cómo no voy a querer que estés con ese hombre? Si por fin te veo completamente feliz. —Llegamos a los aparcamientos del hotel, lo estacioné y me giré hacia ella—. No puedo ser más feliz que viéndote a ti. Mamá, no lo pienses y mañana mismo hacemos la mudanza.

—Blanca, tampoco hace falta que corras tanto. —Abrió la puerta para bajarse del coche.

—No es correr, es meterte un poco de prisa. —Reí.

—Las dos cosas significan lo mismo. —Comenzamos a andar hacia la entrada del hotel.

—No es lo mismo, parecido sí, pero igual no.

—Lo que tú digas, cabezota. —Muchas veces me dejaba por imposible y yo disfrutaba con que lo hiciera.

—Por cierto, ¿cómo se lo ha tomado Gabriel? —Ese era el hijo de mi jefe, por lo tanto, era mi segundo jefe, pero la verdad, creo que solo lo había visto una vez en mi vida.

Y digo «creo» porque ni recordaba si lo había hecho. Al hotel, por lo que tenía entendido, no solía venir, pero vamos, que era normal, teniendo en

cuenta que el hijo llevaba la dirección de otro hotel que tenían en otra ciudad.

Alfredo era un hombre divorciado desde hacía muchos años y, junto a su mujer, tuvieron a Gabriel, del que solo sabía su nombre y poco más.

Así que no podía hablar mucho de ese hombre.

—La verdad es que está muy contento, por lo menos eso es lo que me ha dicho su padre. —Supongo que ahora estaba un poco más tranquila, porque saber que el hijo de tu pareja te aceptaba, la verdad es que te hacía el camino mucho más fácil.

—Me alegro mucho, mamá. —Me cogí de su brazo y así, juntas, entramos en el hotel—. Mira por dónde, me ha salido un hermanastro; por fin voy a tener a quién pinchar. —Me reí haciendo que mi madre me mirara con una advertencia—. Estoy bromeando —dije antes de que me riñera.

—Más te vale, solo espero que os llevéis bien —lo dijo de una forma como si yo me llevara mal con todo el mundo, tenía narices la cosa.

—Mamá, ese comentario dice mucho de lo que piensas de mí —le dije bromeando.

—No es solo por ti, es que como no sé cómo es él, tengo un poco de miedo.

—Anda, no seas más tonta, que si es un payaso lo mandamos al circo con una patada en el culo y listo. —Nos echamos a reír a carcajadas—. Entra tú, ahora voy yo, que primero quiero llamar a Nico antes de entrar a la cena.

—No tardes mucho, que ya estoy viéndolos a todos en la mesa. —Me dio un beso en la mejilla antes de entrar.

Saqué el teléfono del bolso para llamar a mi chico y desearle suerte, aunque no la necesitaba porque era el mejor, por lo menos para mí y para todos los que lo mencionaban como el mejor.

—Hola, nena. —Se escuchaba jaleo de fondo.

—Hola, cariño, solo te he llamado para desearte suerte. —Cada vez me costaba más trabajo permanecer separada de él.

—Suerte tendría de verdad si estuvieras aquí a mi lado —hablaba bajito, supongo que para que no lo escucharan.

—Te prometo que en la próxima gala iré contigo de la mano. —Sé que eso era algo que no esperaba.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio, se acabó esconderme. Me importas más tú que lo que diga la gente, y al que no le guste, que mire hacia otro lado.

—Joder, nena, no sabes las ganas que tenía de que dieras ese paso. —Me lo podía imaginar con una sonrisa de esas que hacían que todo mi cuerpo temblara—. Tengo que dejarte, ya están entrando todos al salón, mañana nos vemos.

—Disfruta de tu noche, hasta mañana y no olvides que te quiero. —Cómo me encantaría poder darle un beso ahora.

—Yo también te quiero, pásalo bien en la cena. —Guardé el móvil en el bolso.

Sí, ya sé que había dicho que esperaría a decírselo en persona, pero me pudo la emoción. Algo tan grande no podía guardármelo. Tenía que decírselo, y me salió sin pensar.

Respiré profundo antes de entrar al salón; no porque me estuviera preparando para algo malo, sino para intentar apaciguar un poco la sensación de vacío que sentía al estar lejos de Nico.

Capítulo 17



Blanca

Antes de llegar a la mesa, vi a todos allí sentados.

Antonia, Luisa y Ana estaban sentadas cada una al lado de sus maridos, esos hombres que eran tan buenas personas como sus mujeres.

Alfredo estaba sentado al lado de mi madre y, entre ella y Valentina, había un hueco libre. Imaginaba que era para mí. Justo delante de ese hueco estaba sentado un hombre joven, no tanto como yo, pero sí que lo era.

Imaginaba que ese hombre era Gabriel, aunque mi madre no me había dicho que iba a venir. Supongo que también había sido una sorpresa para ella.

No voy a negar que era guapo, decir lo contrario sería mentir. Que estuviera enamorada de otro y lo quisiera con todo mi corazón no quería decir que fuese ciega y no me diera cuenta cuando otro hombre era guapo.

—Buenas noches —saludé en general.

No me iba a poner a dar besos uno por uno; con la cantidad de personas que había ahí, no iba a terminar nunca.

—Buenas noches —contestaron todos al unísono.

—Cariño, él es Gabriel. —Me señaló al hombre que había frente a mí—. Ella es mi hija, Blanca.

Al ser una presentación, me acerqué a él para darle dos besos.

—Encantada —dije después de los dos besos de rigor.

—El encantado soy yo, te lo puedo asegurar. —Me repasó el cuerpo entero con la mirada, sin cortarse ni un pelo.

Más descarado no pudo ser. Alfredo se dio cuenta de lo que su hijo estaba haciendo; lo supe cuando habló para que tomáramos asiento.

—Un poco más y te dice que te desnudes delante de él —me susurró Valentina—. Nena, no ha dejado parte de tu cuerpo sin comérselo con la mirada.

—Pues lo único que se va a comer de mí va a ser cuando lo mande a la mierda como se atreva a mirarme así de nuevo. —Lo miré con los ojos entrecerrados para que se diera cuenta de que no iba a caer en su juego.

El descarado sonrió con chulería y me guiñó el ojo. Por supuesto, no me iba a quedar de brazos cruzados y, con todo el disimulo del mundo, le puse buena cara mientras, detrás de la copa, le hacía una peineta.

No tuvo otra cosa que hacer que soltar una carcajada.

—Hijo, ¿qué es lo que te ha hecho tanta gracia? —le preguntó el padre.

—Nada, me acabo de acordar de algo que vi el otro día por la calle.

—¿Qué fue lo que viste? —Le pinchó Valentina, aunque ella sí sabía por qué se estaba riendo.

—Pues verás, iba caminando por la calle y una niña pequeña se dedicaba a hacer peinetas a todo aquel que pasaba. Lo más gracioso es que lo hacía mientras sonreía, vamos, que era una descarada total, pero en el fondo se veía de lo más adorable.

Qué buen mentiroso era el capullo.

—Pues a mí me gustaría tener una hija así de descarada —dije para provocarlo—. Que no se cortara un pelo en decir todo lo que se le pasara por la cabeza y que pusiera a más de uno en su sitio.

—Tendrás que decir tú mucho, si siempre has hecho y dicho todo lo que se te pasa por la cabeza —dijo Antonia en voz alta para que la escucharan todos.

—En eso te equivocas, te lo aseguro. —Si hubiera dicho lo que pensaba, más de una compañera habría salido arrastrada por todo el hotel.

—En eso le doy la razón a medias a Antonia; todavía me acuerdo de la cara de dolor que puso aquel hombre cuando te tocó el culo y le hiciste de cascanueces. —Rompimos a reír a carcajadas las dos.

—¿De cascanueces? —preguntó Alfredo, intrigadísimo. Uy, el pobre, qué perdido iba.

—Literalmente, porque le cogió las nueces y se las cascó tan fuerte que hasta se escuchó. —Exageró un poquito. Se las crují, pero no tanto.

—Joder, me ha dolido solo de imaginármelo —dijo Gabriel.

Las mujeres rompieron a reír y los hombres pusieron cara de dolor.

—Mi madre me enseñó que no se puede tocar lo que no se debe y yo, como buena samaritana, se lo enseñé muy gustosamente. —Esta vez fui yo la que le guiñé un ojo, dejándole claro que conmigo ni se jugaba ni se tonteaba.

Me acomodé, apoyando las manos bajo la barbilla y mirándolo con mi mejor cara angelical.

—Hija, yo no te he enseñado nada de eso —dijo mi madre muerta de vergüenza.

—¿Tú no me has dicho siempre que no puedo coger nada que no sea mío?

—Claro, cuando eras pequeña, lo normal que se le dice a un hijo.

Vi cómo Alfredo tenía sus dedos entrelazados con los de mi madre por encima de la mesa.

La cena estaba siendo de lo más divertida, sobre todo por las pullas que nos mandábamos Gabriel y yo. Y ahí también entraba Valentina, que no se quedaba callada ni debajo del agua.

—Lina, por lo que veo tienes una hija de lo más divertida —le dijo el descarado a mi madre.

—No solo ella, te lo puedo asegurar. Porque no sé quién es peor, si ella o la muchachita que hay sentada a su lado. —Como todos nos conocían, se echaron a reír—. Pero lo peor que han hecho fue cuando se quedaron en sujetador cortando el tráfico. Hasta las grabaron en vídeo.

—¡Mamá! Esas cosas no se cuentan. —Recordar otra vez la vergüenza que pasé no me hacía gracia—. Ahora buscará el vídeo y me verá medio en pelotas.

—No te preocupes, estoy seguro de que mi hijo no buscará ese vídeo —dijo el inocente de Alfredo.

—Sí, estoy segura de que tu hijo no haría nada de eso —dijo Valentina con retintín.

Y a su hijo le faltó tiempo para sacar el móvil con disimulo. Estaba segura de que estaba buscando el vídeo como loco. Confirmó que lo encontró en cuanto se le dibujó una sonrisa en la cara; le estaba costando la vida no reírse a carcajadas.

—Capullo —le dije sin verbalizarlo, para que me leyera los labios. Y más grande se hizo su sonrisa.

Ese hombre tenía un lado canalla que daba gusto verlo… pero no se veía mala persona. Si lo analizaba bien, lo veía muy parecido a Valentina.

—A tu querido hermanastro le va la marcha. —Lo mismo que yo había pensado antes—. Con este, en las reuniones familiares no os vais a aburrir.

—Contigo tampoco nos aburrimos. —Le rellené la copa de vino—. El niño tiene totalmente engañado al padre: el pobre se cree que su hijo no ha roto un plato en la vida, y te aseguro que ha roto más platos de los que tiene el hotel.

Estábamos en el postre cuando Alfredo se levantó de la mesa dejando a todos con la boca abierta. Hincó la rodilla en el suelo y sacó una cajita con un anillo dentro.

Me tapé la boca con ambas manos, intentando contener la emoción que se me había formado en el pecho.

Miré a mi madre y la vi con lágrimas en los ojos. Y al verla así, en ese estado que no recordaba haberla visto desde que murió mi hermano, fue cuando no pude controlar mis lágrimas.

Sentí cómo Valentina me abrazaba por los hombros, dejando caer su cabeza junto a la mía. La miré un segundo y estaba igual de emocionada que yo.

—Te vi una tarde por casualidad cuando viniste a buscar a tu hija; desde ese mismo instante quedé rendido. —La miraba con la misma emoción que todos sentíamos—. Me diste la oportunidad de conocerte poco a poco, y sin darme cuenta te fuiste haciendo sitio en mi corazón, en mi alma… hasta adueñarte por completo de mí. —A mi madre le temblaban las manos.

»Hace poco te pedí que te vinieras a vivir conmigo, pero quiero que cuando lo hagas sea como mi mujer. —Sentía que el corazón iba a salírseme por la garganta—. Quiero empezar una vida contigo, juntos, por eso y porque no concibo vivir sin ti… ¿Me harías el gran honor de casarte conmigo?

Miré a mi madre y ella me devolvió la mirada, como si necesitara que confirmara que todo estaba bien. En cuanto vio mis ojos, supo lo feliz que era por ella.

—Sí, acepto. Quiero pasar lo que me queda de vida junto a ti.

Alfredo le puso el anillo en el dedo, aún arrodillado.

Mi madre se inclinó sobre él y le dio un beso; se podía ver el amor que había entre ellos.

Cuando ambos se levantaron, se fundieron en un abrazo. Yo moría por abrazarlos también, sobre todo a mi madre, así que seguí mi impulsividad: fui hacia ellos y los abracé a los dos a la vez.

—Felicidades —dije con la voz gangosa por la emoción.

Sentí como los brazos de otra persona nos abrazaban a los tres a la vez, más cerca de mí que de los otros dos.

—Me alegro mucho por los dos. —Giré la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro, para advertirle con la mirada que como se volviera a rozar conmigo lo iba a capar.

—Oh, qué bonito, por favor —dijo Valentina uniéndose a ese abrazo.

—Joder. —Gabriel dio un salto.

—Hijo, ¿qué te ha pasado? —preguntó el padre.

Valentina se aguantó la risa; yo también, porque me había dado cuenta del pellizco que mi amiga le había dado en el costado.

—Nada, ha sido un calambre en la pierna, habrá sido de llevar tanto tiempo sentado. —Nos miró a las dos y, en esa mirada, supe que la cosa no se iba a quedar así.

—Alfredo, gracias por todo lo que le estás dando a mi madre. —Lo abracé solo a él—. Y no hablo de lo material; hablo de lo feliz que la haces, de las ganas de vivir que le has devuelto.

—Ella me ha dado mucho más que yo a ella. —Me pasó las manos por la espalda—. Tu madre me hace feliz.

—Y tú a ella. —Me separé de él para abrazar a mi madre—. Ahora te toca ser completamente feliz sin mirar atrás. Te quiero, mamá.

—Más te quiero yo, hija.

—Uy, qué bien me lo voy a pasar organizando la boda —dijo Valentina frotándose las manos con entusiasmo.

—Te quiero mucho, pero mi boda no la dejo en tus manos ni loca —le contestó mi madre, causándonos risas a todos.

—Siempre me quedará la despedida de soltera, y esa sí que no me la quitas. —Cualquiera le quitaba organizar la despedida.

—Dios mío, mejor te dejo que hagas la despedida en el hotel, no me quiero quedar sin mujer antes de casarme —dijo Alfredo, entre broma y miedo.

El resto los fue felicitando. Como los primeros fuimos su hijo, Valentina y yo, nos quedamos a un lado esperando a que los demás terminaran de abrazarlos.

—Mira por dónde, a mis treinta y dos años, me ha salido una hermana. —Me miró de arriba abajo—. Lástima que no seas algo más.

—Gabriel, si no quieres que empecemos esta hermandad mal, déjate de gilipolleces. —Le di unos golpecitos en el pecho—. Te lo digo en serio: deja esas bromas y esas miradas; tengo novio y soy muy feliz.

—Me alegro mucho de tu felicidad, solo estaba bromeando. Desde el principio sabía que tenías pareja; mi padre me lo había dicho. —Qué capullo era—. Solo quería tentarte.

—Eso mismo, querías tentarla y te has quedado con las ganas —le contestó Valentina.

Al final nos hicimos amigos los tres. Gabriel era muy parecido a nosotras: le iba la marcha y el cachondeo; pero también dejaba ver lo buena persona que era.

Es como cuando miras bien y descubres que detrás de esas bromas y risas hay un gran corazón… uno que, además, se notaba que había sido roto.

Nunca pensé que ver a mi madre aceptar un anillo me removería tanto por dentro. No era solo emoción por ella, era… esperanza. Una esperanza nueva,

dulce, tan intensa que me presionaba el pecho.

Quizá el amor no estaba hecho para sufrir sin descanso. Quizá, cuando las piezas encajan, simplemente fluyen. Y mi madre y Alfredo fluían. Se buscaban con la mirada, se tocaban como quien tiene miedo de que el otro desaparezca, se hablaban como si el resto del mundo dejara de existir. No necesitaban grandes discursos; solo bastaba observarlos para saber que estaban donde querían estar.

Y allí, entre risas, abrazos y anillos, pensé en Nico. En su manera de escucharme aunque yo gruñera. En su paciencia cuando yo me protegía. En su forma de amarme sin decir la palabra «amor».

Tal vez el destino no era tan cabrón como yo pensaba. Tal vez, por una vez, estaba a nuestro favor.

Capítulo 18



Nico

Estaba cansado de ir de un sitio para otro y, por eso mismo, estaba dejando todo listo para mudarme permanentemente con ella.

Había comprado un chalé para irnos a vivir juntos; todavía le faltaba un poco, porque quisimos cambiar algunas cosas que no nos gustaban mucho.

La verdad es que ya casi no pasaba tiempo en Madrid, solo venía cuando era necesario, pero aun así tenía que seguir haciéndolo.

A Blanca le costó mucho dar el paso y dejar todos sus miedos atrás; cuando digo miedos, quiero decir todas las inseguridades que sentía al imaginar que la prensa se hiciera eco de nuestra relación. Pero lo hizo y, desde entonces, ya habíamos salido juntos en varios medios.

Lo llevó mucho mejor de lo que esperaba; a decir verdad, lo llevaba incluso mejor que yo, que nunca había soportado que me siguieran.

Lo que más me sorprendía era la fortaleza de Blanca. Para mí el mundo de la prensa era solo ruido, una molestia que había aprendido a ignorar con los años; pero ella… ella no estaba acostumbrada a que la miraran, la juzgaran o inventaran mentiras. Y aun así, sonreía. A veces, cuando dormía, la observaba en silencio y me encontraba pensando que no la merecía, que no sabía cómo alguien tan sencillo podía soportar conmigo un mundo tan falso sin perder la esencia que la hacía tan especial.

Quien no lo llevaba nada bien era mi madre. En cuanto se enteró de que estaba con una mujer y que iba en serio, puso el grito en el cielo. Y no lo hizo ella sola, porque la que parecía una mosquita muerta empezó a mostrar su verdadera cara.

Cruz, la que siempre se hacía pasar por una mujer de bien, intentando engañar a todo el mundo con su falsa sonrisa, comenzó a hacerme llamadas demasiado insistentes.

No solía contestarle, pero en alguna ocasión que lo hice, lo que soltó por esa boquita era digno de un vocabulario de lo más barriobajero. Cuando no le contestaba a las llamadas, me empezaban a llegar los mensajes, uno tras otro, y prácticamente todos decían lo mismo:

Que me iba a arrepentir, que Blanca no tenía la educación ni el saber estar para estar a mi lado… Mira quién hablaba de saber estar, cuando ella era la primera que no sabía lo que era eso.

En fin, que muchos no sabía ni lo que decían porque los borraba directamente, sin leer.

Sinceramente, creía que esa mujer y mi madre se habían puesto de acuerdo, porque cuando no me molestaba una, lo hacía la otra. Se iban turnando, eso lo tenía claro.

—No te tomes a la ligera a esas dos víboras —me dijo Alex cuando me escuchó resoplar.

—No creo que puedan hacer más de lo que están haciendo. —Que básicamente era dar por culo. ¿Qué otra cosa iban a hacer?

—Eso es lo que piensas tú. Dos mujeres: una despechada y otra con ganas de manejarte a su antojo… te pueden hacer la vida imposible, o lo que es peor, hacérsela a Blanca. —Cruzó la pierna apoyando el tobillo sobre su rodilla.

—Que se atrevan a hacer algo que pueda dañar a Blanca… entonces van a tener que irse del país, eso te lo juro. —Podía aguantar o dejar pasar que me molestaran y lo hacía para no montar un escándalo, pero si le hacían algo a la

mujer de la que estaba enamorado, no me iba a temblar el pulso para ir en contra de ellas.

—Solo te digo que te andes con mil ojos. De esas dos no me fío ni un pelo. —Le haría caso, pero en el fondo no creía que hicieran nada—. Y como le hagan daño a Blanca, que se anden con cuidado, porque Valentina no es de las que se quedan de brazos cruzados, eso te lo garantizo.

»Y tratándose de su mejor amiga, ya ni te cuento lo que sería capaz de hacerles a esas dos. —Eso sí que no lo ponía en duda, como tampoco dudaba que Blanca sería capaz de hacer lo mismo por ella.

—Lo tendré en cuenta, aunque no creo que hagan nada. Y cambiando de tema… ¿cuándo os mudáis a la casa? —Sí, Alex también había caído y se había enamorado por completo de Valentina.

Era gracioso verlos a los dos: uno tan serio, siempre midiendo cada paso para no hacer nada imprudente; y la otra, una loca de mil pares, a quien lo que pensaran las personas le importaba más bien poco… siempre y cuando esas personas no fueran las que ella quería. Si se trataba de los suyos, lo daba todo.

Tras esa fachada de sarcasmo y locura, había una mujer con una lealtad feroz. Blanca la adoraba, y Alex… bueno, Alex estaba jodido sin remedio, pero feliz. Valentina podía entrar en cualquier sitio y convertir el silencio en carcajada, el miedo en desahogo y la vergüenza en anécdota de por vida. Era imposible no quererla, aunque en ocasiones también fuera imposible seguirle el ritmo.

Por lo que me habían contado Alex y Blanca, últimamente se lo estaba pasando demasiado bien organizando la despedida de soltera de Lina.

No me quería ver yo en el papel de Alfredo, porque estando Blanca y Valentina de por medio, cualquier cosa podía pasar esa noche.

Aunque creo que quizás Blanca ahora podía ser un poco más prudente, teniendo en cuenta que la prensa ya sabía quién era y muchas veces solía encontrarse algún que otro periodista.

Lo que no tenía ni idea era cómo había conseguido metérselos a todos en el bolsillo, pero el caso era que estaban locos con ella. Eso de que no tenía ni

idea no era cierto, porque se los había ganado desde el primer día en que la vieron.

Blanca fue atenta con ellos y, aunque no les contestaba nada relacionado con su vida privada o la nuestra, sí que los saludaba de manera dulce y siempre les dedicaba una bonita sonrisa.

Seguía trabajando en el hotel; decía que «de algo tenía que comer» y es que, por mucho que le dijera que yo tenía dinero de sobra, no daba su brazo a torcer.

Lo que sí hizo fue aceptar la oferta de Alfredo, así que dejó lo de camarera de piso y se fue a la oficina como ayudante de secretaria, por lo menos en un principio, hasta que se hiciera a ese trabajo. Después pasaría a ser secretaria.

Es verdad que él no le pagaba a ella un sueldo normal; por lo menos ahora, que iba a ser su padrastro, como era lógico, le había subido el sueldo y bastante.

—¿Cuándo volvemos? —Escuché que me preguntó Alex. Me había perdido entre mis pensamientos y, si me había dicho algo, no lo había escuchado.

—En cuanto terminemos la reunión que tenemos con Francisco. —Me había encabezonado que quería comprar una empresa que se había venido abajo y quería hacerle una oferta a Francisco, que era el dueño, antes de que entrara en concurso de acreedores.

—Perfecto, porque esta vez llevamos aquí más días.

—Era necesario si quiero dejarlo todo en orden y solo venir aquí una vez al mes o dos como mucho. —La verdad es que ya llevábamos cinco días y se me habían hecho interminables—. En cuanto pase la boda, me llevo a Blanca de viaje; necesito que pasemos unos días los dos solos.

Entre lo de mis empresas y la boda de su madre, llevábamos unas semanas en las que no podía disfrutar con ella como me gustaría.

Hubo noches en las que la llamaba a las tres de la mañana solo para escuchar su voz somnolienta. Era ridículo, pero me daba paz. Y cuando colgábamos, tenía esa sensación absurda de calma, como si con oírla respirar yo volviera a casa, aunque estuviera a cientos de kilómetros.

Como para la boda de Lina quedaban dos semanas, iba a ser imposible que nos fuésemos unos días en estos momentos.

—Pues a ver cómo te las arreglas para que Valentina no quiera ir con vosotros —dijo, riéndose.

—Yo no me las tengo que arreglar con nada, Valentina es tu problema y no el mío. —Me levanté para ir a la sala de juntas, que era donde iba a ser la reunión—. Amigo, te compadezco. —Le palmeé la espalda.

—En el fondo no es tan loca como aparenta. —Eso no se lo creía ni él.

La última que había liado había sido en el hotel, la misma noche en la que Alfredo le pidió matrimonio a Lina: se les fue de las manos la celebración, pero no solo a ella, también a Gabriel, y habían puesto a todos los comensales a bailar una coreografía de un baile que se iban inventando sobre la marcha. Y como era de esperar, Blanca se dejó llevar.

¿Que se lo pasó todo el mundo bien? Pues sí. Lo que yo hubiera dado por ver a un montón de estirados con sus mujeres pijas haciendo ese tipo de baile.

Cuando esa noche Blanca me mandó un selfi de ellas dos y en medio ese tío, por un momento los celos me comieron, hasta que unos segundos después me llegó el audio diciéndome que ese hombre iba a ser su hermanastro.

Unos días después lo conocí y pude comprobar por mí mismo que lo que Blanca me había contado de él era totalmente cierto.

A veces me daba risa ver a los tres juntos; eran un trío explosivo. Gabriel tenía esa picardía natural, pero Valentina era gasolina pura. Y Blanca… Blanca era la chispa que los encendía a todos. Reconocía que le iban las locuras, pero eran locuras que hacían la vida más fácil, más ligera. Y si a veces me sacaban canas, también me sacaban sonrisas suficientes como para compensarlo.

—No, tienes razón, está mucho peor —dije de cachondeo.

—Pues la tuya no se queda atrás y, por si fuera poco con ellas dos, ahora también nos ha caído encima su hermanastro —resopló con resignación.

Me hizo gracia cuando soltó ese resoplido; si en el fondo él disfrutaba como el que más.

En la reunión todo fue como esperaba. Francisco puso un poco de resistencia a la hora de negociar, pero, como ya contaba con ello, no supuso ningún problema.

Le compré la empresa dentro del precio que estaba dispuesto a pagar por ella. Francisco salió beneficiado y yo mucho más; cuando hiciera con ella todo lo que había planeado, iba a ser una de las mejores fábricas de neumáticos del mercado.

Necesitaba invertir bastante capital inicial, sobre todo para mejorar maquinaria y, por supuesto, una reorganización desde cero.

Cuando compraba alguna empresa o fábrica que estaba en quiebra, siempre hacía lo mismo: la modernizaba, le daba un buen cambio de dirección. Ahí sí cambiaba a casi todos los directivos. Cuando desde arriba iba mal, el fallo estaba ahí, y lo primero que había que cambiar era eso.

Nunca lo hacía a la ligera; estudiaba a cada directivo y, viendo lo que aportaba a la empresa, lo dejaba o no. Por norma general, no solía despedir a mucha gente, solo en algunos casos.

Al tener tantas inversiones por todo el país y fuera de él, como dije hace tiempo, tenía directivos que se encargaban de cada una. Yo solía tener una reunión con ellos una vez al mes más o menos.

Pero es verdad que en Madrid tenía mi sede principal, la que se encargaba de ver y llevar todo al día, y era aquí donde tenía a mis trabajadores de más confianza, con los que siempre podía contar para todo.

La verdad es que con el paso de los años, y desde que salí del internado, me fui haciendo con un equipo que era de lo mejor. Quizás yo era la cabeza

pensante y el que tomaba las decisiones finales, pero si no fuera por todos ellos, nada sería lo mismo.

—Perfecto, Alex, como siempre has estado increíble. —Sabía que si me retiraba y dejaba todo en manos de Alex, no habría ningún problema; era el mejor en su trabajo y lo llevaba todo perfectamente.

—Gracias, jefe. —Cuando me dijo esa palabra lo miré con las cejas levantadas; nunca me había llamado así.

—Se te están pegando cosas de tu chica. Como me vuelvas a llamar «jefe», te pego una patada en el culo.

—Y la cara que has puesto. —Puso la mano sobre mi hombro para darme un apretón.

—La misma que pondrás tú cuando te dé esa patada en el culo.

—No podrías hacerlo aunque quisieras; eso le dolería a Valentina, y lo que le duela a ella también le dolerá a tu chica. —Capullo prepotente—. Lo siento, amigo, pero te toca quedarte conmigo hasta la muerte —resoplé, poniendo los ojos en blanco.

—Anda, tira, que tengo ganas de llegar a Málaga cuanto antes. —El chófer nos estaba esperando para llevarnos directamente al aeropuerto.

Capítulo 19



Blanca

—No, no y mil veces no —le dije a Valentina cuando me enseñó el vestido que me tenía que poner para la despedida de mi madre.

—Blanca, me estás decepcionando últimamente —me contestó sentándose en el banco dentro del probador—. Desde que estás con ese hombre te estás volviendo más aburrida.

—Valen, no me toques los cojones con Nico, que él no tiene nada que ver en esto. —Me volví a mirar en el espejo; era imposible que saliera a la calle con ese vestido puesto—. Se trata de tener un mínimo de respeto por mí misma.

Era un vestido de encaje negro. Lo peor era que no tenía forro; simplemente, en la zona de los pechos, pubis y trasero, el encaje era un poco más tupido para tapar un poco más esas zonas y no dejarlas tan expuestas; pero el resto era casi transparente y el escote de la espalda me llegaba justo encima de la curva del culo.

No digo que no fuera bonito y sensual, pero no me veía con eso puesto.

—Pues no se te ve nada. Además, ten en cuenta que no llevas la ropa interior adecuada. —Ella se había cogido otro igual, pero en gris perla—. Y si es por la prensa, ni lo pienses; cuántas famosas cruzan la alfombra roja enseñando mucho más.

—Dices que no llevo la ropa interior adecuada. ¿Qué ropa interior ni qué cojones si con esto no se puede poner nada? —le pregunté exasperada.

—Claro que sí; hay un tanga que parece una segunda piel, el que utilizan las modelos cuando hacen desfiles con este tipo de ropa. —Se puso el dedo sobre el labio dándose unos golpecitos como si estuviera pensando—. Aunque creo que con ese vestido solo necesitas unos cubrepezones y un tanga de encaje negro; sí, definitivamente es lo mejor que te puedes poner.

—Tía, estás completamente loca. —La miraba a través del espejo—. No me pienso poner esto para la despedida de mi madre. Tú lo que quieres es que a ella y a las demás les dé un puñetero infarto. —No pude evitar sonreír al imaginar las caras que pondrían esas cuatro mujeres.

—Pues si no te lo quieres poner para la despedida, no lo hagas; pero comprártelo, te lo vas a comprar, y nos lo vamos a poner para salir las dos solas una noche. —De verdad, en los líos en que me metía no había por dónde cogerlos—. Este sábado hay una fiesta en una nueva sala y, por lo visto, hay que ir bien vestidas. Puedo conseguir entradas y vamos. —Qué cabezota era.

—¿Y qué hacemos con Alex y Nico? Porque yo no sé el tuyo, pero el mío, en cuanto me vea con este vestido, no me va a dejar que salga sola de casa.

—A mí no me importa que vengan con nosotras, todo lo contrario; me encantaría pasarme toda la noche provocando a Alex —dijo con una sonrisa maliciosa.

Ella decía eso, pero yo no llegaría ni a provocarlo; en el momento en el que Nico me viera vestida así, sabía que antes de salir de casa me iba a hacer gritar y bien fuerte.

Al final pasé por el aro y terminé comprándomelo. Otra cosa era que me lo pusiera o no.

Y todavía me quedaba comprar el vestido que me iba a poner en la despedida de mi madre. Como todavía teníamos tiempo antes de que llegara Nico, decidimos seguir buscando hasta dar con algo que nos gustara y que no fuera tan provocativo.

Me moría de ganas por ver a Nico; esta vez habían sido más días sin vernos y lo echaba muchísimo de menos. ¿Cómo se podía convertir alguien en tan imprescindible? Porque era justo eso lo que me había pasado con él.

Vi un vestido que me gustó mucho. Era pegado al cuerpo, corto hasta la mitad de los muslos, con un hombro al descubierto del que salía un lazo de la misma tela.

No tenía escote en la parte delantera ni en la espalda; me gustó mucho cómo me quedaba, me hacía una figura bonita, realzando el pecho, las caderas y el trasero.

En casa tenía unas sandalias de tiras plateadas que le iban muy bien, así que no me lo pensé dos veces y terminé comprándomelo.

Valentina se decidió por un mono negro, con la espalda al descubierto y anudado al cuello. La verdad es que le quedaba muy bien.

—¿Me vas a decir qué es lo que vamos a hacer en la despedida? —Mira que le había preguntado veces, y siempre se negaba a decirme nada; decía que era una sorpresa y de ahí no había quien la moviera.

—Te lo he dicho mil veces, es una sorpresa para todas. —Se guardó la tarjeta del banco después de haber pagado su mono.

—Valen, por favor, no vayas a hacer nada demasiado loco —le rogué.

—Parece que no me conoces —dijo suspirando.

—Por eso mismo, que te conozco, te lo estoy pidiendo. —La hija de su madre sonrió de manera maliciosa.

—Te prometo que os va a gustar mucho y, en cuanto a meternos en líos, no te preocupes; mi hermano ya está al tanto para evitarnos que entremos en los calabozos si algo se sale de madre. —Valiente hija de su madre era.

—Te juro que como nos metamos en líos te dejo de hablar para siempre. —Amenaza totalmente vacía, y ella lo sabía; por eso se rio a carcajadas.

—No os queda otra que esperar y ver por vosotras mismas lo que he planeado. Así que a tener un poquito de paciencia, que ya falta menos. —Llegamos a su coche, guardamos las cosas y nos pusimos en marcha.

Me dejó en casa y ella se fue a la suya.

En cuanto entré, me fui a la ducha, me puse un pijama cómodo para estar por casa y, con la toalla aún en el pelo, me puse a guardar las compras. Sobre todo la que más me interesaba esconder era el vestido de encaje; ese no quería que lo viera Nico hasta el día en el que me lo fuera a poner.

—Blanca. —Escuché la voz de Nico.

Salí corriendo para ir a verlo; estaba cerrando la puerta y, justo cuando se giró, salté a sus brazos rodeando su cuello con los míos y su cintura con las piernas.

Menos mal que tuvo reflejos y me cogió por debajo del trasero; de lo contrario, habríamos terminado en el suelo.

—Te he echado de menos —le dije después de darle un beso.

—Se nota —sonrió besando mi cuello—. Nada, que por esto ha merecido la pena que me haya ido estos días —sonrió cuando le di un pequeño manotazo en el hombro.

—No digas eso; sabes que siempre soy así. —Le di unos cuantos besos por el cuello.

No sabía qué me pasaba, pero tenía las hormonas revolucionadas y me moría de ganas de que me hiciera el amor.

—Y me encanta que seas así; puedes cambiar en todo lo que quieras, pero nunca en la manera de recibirme. —Echó la cabeza hacia un lado para dejarme acceso a su cuello y que pudiera seguir besándoselo a gusto.

Con los dedos entrelazados en el pelo de su nuca, seguí besando esa parte de su cuerpo que hacía que se encendiera en segundos.

Buena prueba de ello era la erección que ya se le había formado dentro del pantalón. Con sus manos sobre mis nalgas me movía para que nuestros sexos se rozaran.

—Joder, nena, pues sí que es verdad que me has echado de menos —dijo después de jadear por la lamida que le hice desde su oreja hasta la base del cuello.

—No te puedes ni hacer una idea. —Le mordí en la clavícula.

Mis manos dejaron de tocarle el pelo y se dirigieron a su camisa; esta vez no tenía paciencia para desabrochar botón por botón, así que agarré la camisa por ambos extremos y, de un solo tirón, la desabroché.

Saltaron botones por todos lados; me importó bien poco. Tenía dinero para comprarse todas las camisas que quisiera.

—Me gusta este lado salvaje que me estás mostrando. —Ronroneó.

—No tengo ni idea de lo que me pasa, pero te necesito con urgencia. —Pasé las manos por esos pectorales que me volvían loca. Las fui arrastrando hacia arriba, deteniéndolas una en cada mejilla. Lo miré a los ojos—. Llévame a la cama ya.

—No tienes que pedirlo dos veces. —Apretó sus manos contra mis nalgas para hacer más presión con su pene en mi vagina.

Se me escapó un gemido; me dio tanto placer que si hacía ese movimiento una vez más, estaba segura de que me correría antes de que me quitara la ropa.

—Nico, te lo digo en serio… —Dejé de hablar cuando volvió a hacerlo, haciendo que llegara demasiado rápido al primer orgasmo—. Oh… joder. —Cerré los ojos para disfrutar cada segundo de ese placer que me atravesó el cuerpo.

—Hostia, nena, creo que es la vez que más caliente estás. —Tenía razón; era algo tan raro que no me había pasado nunca.

Siempre me ponía mucho, pero como estaba hoy, con solo verlo o pensar en él… era algo nuevo.

Me soltó en el suelo en cuanto llegamos a la habitación. No me entretuve en nada que no fuera quitarme el pijama y desnudarme por completo. Nico hizo lo mismo con lo que quedaba de la camisa y el resto de su ropa.

Nos tumbamos encima de la cama. Nico iba a ponerse encima de mí, pero hoy no quería así; le hice ponerse bocarriba. Abrí mis piernas a cada lado de las suyas y comencé a besar sus muslos.

Iba pasando de uno a otro sin detenerme; lamí su ingle, besé su pubis. Bajé por él y me metí su pene en la boca sin rodeos.

En cuanto sintió mi boca rodeando su miembro, levantó las caderas y soltó un suspiro que se instaló justo en el centro de mi vagina.

—Joder, Blanca… —Dejó de hablar cuando, al llegar a la punta del glande, absorbí con fuerza—. Madre mía, me estás matando.

—Qué muerte más placentera tendrías —le dije subiendo por su cuerpo cuando dejé de lamer su erección—. Serías la envidia de la mayoría de los hombres.

—Tienes toda la razón, pero quiero seguir viviendo solo para seguir disfrutando de esto contigo. —Tiró de mis brazos para acercar mi boca a la suya—. Sí, definitivamente quiero seguir disfrutando junto a ti —susurró rozando sus labios con los míos.

Llevó las manos a mis caderas para que fuera bajando sobre su pene, ese que estaba impaciente por adentrarse en mi interior y que yo moría por sentir.

—Qué gusto, por favor. —Jadeé moviendo mis caderas sobre él.

Apoyé mis manos sobre su pecho, empezando a subir y bajar por su miembro erecto. Era tan grande el placer que me estaba dando que no podía evitar cerrar los ojos para sentirlo mucho más.

Cuando yo bajaba a su encuentro, él subía las caderas hacia mí, haciendo que el impacto fuera más profundo y placentero.

No nos detuvimos ni cambiamos de postura hasta que llegamos al clímax. Mi sexo se contraía alrededor del suyo con los últimos retazos del placer.

Apoyé mi frente en el centro de su pecho, le dejé un beso sobre el corazón y dejé que me abrazara con fuerza.

Un par de minutos más tarde nos levantamos para meternos en la ducha; aunque yo me había duchado antes, lo volví a hacer junto a Nico.

—Valentina quiere que vayamos el sábado a una sala de fiestas que se va a inaugurar —le dije cuando estábamos cenando—. Me ha dicho que va a intentar conseguir cuatro entradas, pero dudo que lo consiga si es tan famosa.

—Si no las consigue, que se lo diga a Alex; estoy seguro de que él podrá conseguirlas sin problemas —dijo mientras se limpiaba la comisura de la boca—. ¿Cómo vais con los preparativos de la despedida y de la boda?

Nico siempre se mostraba muy interesado en todo lo que hacía o era importante para mí.

—En la despedida, como ya sabes, no tengo ni idea; y en cuanto a la boda, está casi todo listo, solo faltan algunos retoques.

Al ser la boda en el hotel de Alfredo, todo estaba siendo mucho más sencillo.

—Tengo ganas de que llegue ese día. —Me apoyé en la mano, sosteniéndome la barbilla—. Me hace mucha ilusión verla caminar hacia el altar y ser yo la que la lleve.

Sí, porque lo íbamos a hacer así; no era lo normal ni lo común, pero iba a ser yo quien llevara a mi madre al altar.

—Sé que ese día es muy importante para las dos, y si te hace feliz, yo lo soy mucho más al verte a ti. —Se levantó un poco para darme un beso rápido en los labios.

Esa noche estuvimos hablando mucho tiempo del chalé que había comprado y en el que íbamos a vivir. Por lo que me dijo, la constructora le había dicho que, en una semana como mucho, nos entregarían las llaves.

Así que tenía que hablar cuanto antes con mi casero, sobre todo por si quería poner un anuncio para volver a alquilar el piso.

Capítulo 20



Nico

—Nena, Alex me acaba de mandar un mensaje para decirme que nos están esperando. —No entendía por qué no quería que la viera hasta que estuviera arreglada.

A ver, entenderlo lo entendía. Sabía que quería darme una sorpresa, eso estaba más que claro, pero ella debería saber que me daba igual lo que se pusiera: para mí siempre iba a ser la más guapa.

—Un segundo, ya salgo. —En ese intermedio me llegó otro mensaje de mi amigo.

Alex: *Más vale que avises al abogado por si esta noche me tiene que sacar de la comisaría. Te juro que lo más probable es que termine allí.*

Este hombre estaba perdiendo la cabeza, porque no entendía nada de lo que me había dicho.

Nico: *Como no seas más claro hablando, no te voy a entender.*

Alex: *Ya entenderás lo que quiero decir en cuanto veas cómo va vestida Valentina. Te juro que esta mujer va a acabar con mi cordura.*

Eso si no había acabado ya.

Nico: *En cuanto Blanca salga de la habitación, bajamos.*

Bloqueé el móvil y me lo guardé en el bolsillo del pantalón. Estaba cogiendo las llaves de la casa para dárselas y que las guardara en su bolso, cuando escuché sus tacones.

—Ya estoy lista. —Me giré para verla y…

—La puta madre, hostia, nena, ¿tú quieres que me dé un puto infarto esta noche? —Ese vestido estaba seguro de que era ilegal, por lo menos para mi salud mental.

No dejaba nada a la imaginación. No podía decir que no estaba impresionante, porque lo estaba como nunca la había visto. Pero coño, que no era plato de buen gusto ver cómo todos los tíos que nos fuéramos encontrando se la fuesen comiendo con la mirada y fantaseando con su cuerpo.

—¿No te gusta?

¿Que si no me gustaba? Si me había puesto duro con solo una simple mirada. Blanca se giró para que pudiera ver la parte de atrás.

Os juro que sentí cómo mi corazón se detenía por unos segundos. El escote de la parte trasera le llegaba justo donde empezaba la curvatura de su culo… y qué culo, por el amor de Dios.

—Estás impresionante, pero ¿por qué no te lo pones cuando estemos solo los dos? —Ojalá que dijera que tenía razón y se cambiara, recé interiormente.

—No, me gusta cómo me veo. Al principio, cuando Valentina me obligó a comprármelo, no estaba del todo convencida… pero viendo tu reacción —miró justo donde el bulto de los pantalones era bastante visible por su culpa— me quedo como estoy, así me aseguro de que solo me miras a mí y no a otras.

Esta me la pagas, Valentina, pensé. Podía putearme todo lo que quisiera, pero esa mujer sabía perfectamente que era la única que conseguía sacarme de quicio y ponerme de rodillas a la vez. Mi jodida «kriptonita».

—Así fueses con un pijama de Snoopy, no podría apartar los ojos de ti. —Me acerqué a ella para mirarla mejor—. Joder, nena, es que parece que no llevas nada debajo.

El dolor de huevos que iba a tener toda la noche iba a ser épico, eso por no hablar de que me podía liar a hostias como algún hijo de puta se acercara más de la cuenta a ella.

—Ahí está la gracia, cariño —sonrió dulcemente— ahí y aquí.

Casi di un salto cuando puso su mano sobre mi pene, que ya de por sí estaba bastante erecto, como para que encima me tocara.

—Si de verdad quieres salir esta noche, más vale que no me toques ahora mismo, porque estoy a un puñetero paso de subirte el vestido y follarte contra la pared. —Me humedecí los labios en un intento de aplacar las ganas que tenía de devorarla.

—Si no nos estuvieran esperando, te aseguro que preferiría quedarme aquí contigo —dijo con voz sensual dando un paso hacia mí.

Desde que había regresado tras pasar unos días en Madrid, Blanca estaba distinta. Siempre había respondido a mí con intensidad, nunca tuvimos problemas en ese tema, pero esa semana era otra historia. Me buscaba a todas horas, no parecía cansarse nunca, como si su cuerpo no pudiera saciarse del mío.

Ojo, que yo no me quejaba. Por mí estaba más que encantado. Lo raro es que ni ella misma se lo explicaba; simplemente lo achacaba a un cambio de hormonas.

Benditas hormonas, pensaba yo cada vez que se acercaba con esa intención. No entendía qué diablos pasaba, pero cada día entre nosotros la tensión era más intensa. No era solo sexo, era necesidad. Instinto. Era sentir que no había nada en el mundo que me saciara más que ella.

—No me digas eso dos veces, porque los mando a la mierda y nos quedamos aquí. —La cogí por la cintura pegándola completamente a mi cuerpo.

—En el fondo no harías eso, porque sé que me quieres mucho y sabes que también me hace mucha ilusión que salgamos los cuatro —me dijo todo lo coqueta que pudo.

—Sabes que nunca me ha importado cómo te vistas, pero como esta noche se te acerque más de un baboso, le parto la boca, así que no te separes mucho de mí.

No es que me importara cómo se vistiera, eso estaba claro. Todo lo contrario, me gustaba presumir de la pedazo de mujer que llevaba a mi lado, pero una cosa era eso y otra dejar que se le pegaran tíos. Por ahí sí que no pasaba, y no es porque temiera que Blanca me engañara; no, ni mucho menos, confiaba en ella plenamente.

Pero las mentes de los tíos muchas veces no funcionan como deberían y se creen con unos derechos que no les corresponden.

Y yo no estaba dispuesto a que uno de ellos la rozara lo más mínimo. No era territorial por posesión. Era territorial porque sabía lo que valía esa mujer y no quería que ningún idiota se creyera con derechos que no tenía. A Blanca se le respetaba, punto.

Nico: *Ya bajamos, ahora creo que entiendo por qué me has dicho eso.*

Estaba completamente seguro de que Valentina se había vestido igual o muy parecida.

Alex: *Me lo imaginaba, amigo. Lo que te he dicho: esta noche terminamos en comisaría y eso sería una mancha muy grande en tu carrera.*

Mi carrera me importaba una mierda y lo que pudieran decir de mí, tres mierdas más. Entre Valentina y Blanca acabábamos fichados en más sitios que un narco. Y, aun así, lo peor era que no me importaba. Si ellas se divertían, yo tragaba.

Cuando llegamos al portal, Valentina se bajó del coche para sentarse en la parte de atrás con su amiga, y yo lo hice en el asiento del copiloto.

Esa noche no había llamado al chófer porque Alex quería conducir y, como dijo que no iba a beber, a mí me pareció perfecto.

De todos modos, si decidía tomarse alguna copa, siempre podíamos dejar el coche en el parquin del local y pedir un taxi.

Como me imaginé, la amiga de mi chica llevaba el mismo vestido, pero en distinto color.

No era tonto ni ciego, y ese vestido enseñaba más de lo que tapaba. Así que no podía negar que la novia de mi amigo no tuviera un cuerpo de escándalo que también llamaría la atención de cualquier hombre, pero para mí, donde llegaba mi chica, no llegaba nadie.

—Vamos presos por culpa de estas dos —dijo Alex en cuanto nos montamos todos en el coche y, por la mirada que puso, también había repasado el cuerpo de Blanca, sin mala intención, como también yo había hecho con el de su novia.

—No seas exagerado, Alex —le dijo su chica.

—¿Exagerado? Más vale que avises a tu hermano —le contestó mirándola por el espejo retrovisor.

La escuché reír abiertamente y a mi novia también; verás lo que me iba a reír yo a la mañana siguiente, si se veían en alguna publicación en alguna red social.

Aunque, viendo lo visto, lo más seguro era que la halagaran y ella se sintiera como una reina. De todos modos, no iba a permitir que hablaran mal de ella bajo ningún concepto.

La sala estaba a reventar de gente. La verdad es que los dueños se lo habían montado de lujo y, por lo que se veía, le habían dado muchísima publicidad. Pero una de las cosas que más me gustó, es que no se veían niñatos, sino personas maduras que sabían comportarse en condiciones, o por lo menos esa fue mi primera impresión.

¿Se fijaron en nuestras chicas? Sí, lo hicieron, se las comieron con las miradas, pero respetando su espacio y sin molestar. Así que, por ese lado, pude disfrutar de la noche un poco mejor.

—¿Bailamos? —me preguntó Blanca pegándose cuanto podía a mi cuerpo.

No le dije ni que sí ni que no; simplemente puse una mano detrás de su cintura y la empujé hacia la pista de baile.

En ese momento estaba sonando una bachata muy sensual. A mi chica se le daba demasiado bien ese tipo de baile, pero yo no me quedaba atrás y, por nuestra manera de movernos tan bien sincronizados y evidentemente, por lo que ella llamaba la atención, la gran mayoría se detuvieron un poco para vernos bailar.

Ese baile estaba siendo una tortura para mí; entre la ropa, cómo se movía entre mis brazos y ese balanceo de culo restregándose con mi entrepierna, me estaba causando demasiado dolor en mis partes nobles.

—Para, que me estás llevando al límite —le susurré en el oído.

—¿Y si no quiero parar?

—Te arriesgas a que te lleve a un lugar apartado y a que te folle. —Puse la palma de mi mano abierta sobre su abdomen y la empujé para que sintiera, en su trasero, cómo me tenía.

—No te pondría objeción si hicieras eso. —Ronroneó acercando su boca a la mía por encima de su hombro.

—Tú lo has querido, nena. —Le di la vuelta y atrapé su boca en un beso que decía todo lo que estaba a punto de pasar.

Separé nuestras bocas, la cogí de la mano y tiré de ella hacia algún lugar donde pudiéramos tener un poco de intimidad.

¿Quizás no fue el lugar mejor indicado? Posiblemente, pero era el que tenía más a mano, y dada la urgencia que sentíamos los dos, fue el que utilizamos.

Era un almacén que había al final del pasillo donde estaban los baños; menos mal que estaba abierto, si no, la habría metido en alguno de esos baños.

En cuanto cerré la puerta, le di la vuelta y la puse mirando a la pared con las manos apoyadas en ella. Le levanté el vestido y aparté la tira del tanga a un lado.

No hubo preliminares ni nada de calentamiento previo; no nos hacía falta, para calor ya el que irradiaban nuestros cuerpos.

Me desabroché el pantalón, sacando mi pene que estaba a punto de reventar.

De una sola embestida me adentré en su cuerpo. Ella me recibió como esperaba: húmeda y caliente, lista para mí. Sentí cómo me aferraba con el cuerpo, como si supiera que la necesitaba más que al aire. Como si ese rincón del mundo hubiera sido creado solo para los dos.

Fueron penetraciones fuertes, profundas y con mucha urgencia. Nuestros jadeos y gemidos eran lo único que se podía escuchar en esta habitación.

No bajé el ritmo hasta que Blanca se corrió; en cuanto su vagina se contrajo con los espasmos del placer, la seguí yo dejándome llevar al sentir cómo sus paredes se contraían una y otra vez, provocándome hasta que terminé explotando en su interior.

—No sé cómo lo haces, cariño, pero cada vez que me haces el amor, me parece mucho mejor que la anterior. —A mí me pasaba lo mismo.

Cuando llegaba al orgasmo, siempre pensaba lo mismo: que esa vez había sido la mejor de toda mi vida.

—Porque entre nosotros hay mucha química, amor y pasión. Nuestros cuerpos se corresponden y cada día nos superamos más. —Miré a mi alrededor buscando algo con lo que pudiera limpiarla. En una esquina vi rollos de papel higiénico amontonados, cogí uno y, en cuanto estuvo lista, le bajé el vestido—. Te quiero, mucho más de lo que te puedes llegar a imaginar.

La cogí por las mejillas para besarla; esta vez fue un beso dulce, tierno, dejando que viera todo el amor que sentía por ella.

—Yo también te quiero, Nico. —Lo sabía, me lo demostraba continuamente.

Cogidos de las manos salimos de ese almacén y fuimos en busca de los chicos. Todavía nos quedaba mucha noche por delante para seguir disfrutando.

Y no sabía qué iba a pasar cuando volviéramos con los demás, ni me importaba. Con Blanca, incluso el caos era perfecto.

Capítulo 21



Blanca

Y por fin llegó la noche en la que íbamos a celebrar la despedida de soltera de mi madre.

Los chicos la iban a celebrar el mismo día. De lo que iban a hacer ellos tampoco tenía ni idea; de su despedida se había encargado Gabriel e, igual que hizo Valentina, lo había mantenido en secreto.

Solo esperaba que se divirtieran y se lo pasaran tan bien como yo estaba segura de que nos lo íbamos a pasar nosotras.

Ya sabéis que de todo se había encargado Valentina, pero todo el gasto había corrido por cuenta de Alfredo. Por mucho que mi madre y yo nos negáramos, no entró en razón, así que dimos el brazo a torcer y fue él quien estuvo tratando con Valentina y dándole dinero conforme ella necesitaba.

Mi amiga y yo nos fuimos por la tarde a casa de mi madre para arreglarnos las tres allí y salir juntas en busca de las otras que faltaban.

Del vestido de Valentina y mío ya os hablé cuando fuimos a comprarlo, así que no iba a volver a describirlo; no quiero enrollarme como una persiana. De todos modos, aquel día la protagonista era otra persona, una a la que le debía mi vida por completo.

Ella se había puesto un vestido verde botella, un verde que, gracias a la tela con la que estaba confeccionado, con cada movimiento desprendía un brillo

precioso.

Era elegante, fino y para nada ostentoso. Le llegaba justo dos dedos por encima de la rodilla.

La parte de arriba tenía las mangas un poco por debajo de los hombros y era toda de encaje, muy fino y delicado. Debajo llevaba un forro que le cubría desde los pechos en forma de corazón hasta la cintura; a partir de ahí, el resto era de una tela vaporosa con una caída preciosa.

Lo acompañó con unas sandalias doradas y un bolso de mano a juego. El pelo lo dejó suelto, marcando un poco sus rizos naturales. En un lado de la cabeza llevaba una horquilla con unas perlas blancas.

Me había dejado sin palabras. No creía que existiera una madre más bonita que la mía, por lo menos para mí.

—Mamá… Dios, no tengo palabras para describir lo espectacular que estás. —Me emocioné al verla.

Si había alguien en esta vida que merecía ser feliz, esa era mi madre. Ya había sufrido bastante y, a partir de ese momento, estaba segura de que iba a llegar su felicidad de la mano de ese hombre que, dentro de dos semanas, se iba a convertir en su marido.

No estaba segura de si después de la muerte nuestras almas se quedaban cerca de sus seres queridos, pero si era así, estaba segura de que mi hermano en estos momentos estaba tan emocionado como yo. Desde donde estuviera, había visto sufrir y llorar a mi madre por su pérdida y ahora la veía rebosante de felicidad.

A veces me pregunto si de verdad el destino existe o si somos nosotros quienes lo empujamos a base de tropezones. Vi a mi madre frente al espejo, preciosa, feliz, plena… y sentí que todo, absolutamente todo lo que había vivido con ella, las lágrimas, los miedos, los silencios y hasta las renuncias, habían merecido la pena solo por llegar a ese instante. Esa mujer, que había dado la vida por mí y por mi hermano, que se había tragado dolores que habrían hundido a cualquiera, ahora brillaba. Y no porque llevara un vestido bonito, sino porque por fin se sentía querida, respetada, elegida. No hay

cirugía que borre cicatrices del alma, pero el amor verdadero sí sabe suavizarlas.

Cuida de ella siempre, hermano, le pedí en silencio, y estaba segura de que había escuchado mi petición.

Y lo curioso es que no sentí tristeza, ni nostalgia, ni esa punzada en el pecho que siempre me acompañaba cuando pensaba en él. No. Sentí paz. Como si por fin hubiese soltado un peso que llevaba colgado del corazón desde hacía años. Miré a mi madre y me di cuenta de una verdad simple pero monumental: cuando alguien que has perdido ve que los que amas están bien, también descansa.

—Gracias, cariño. —Nos miró a Valentina y a mí—. Vosotras también estáis preciosas.

—Lina, vas a ser la novia más bonita de la historia, después de mí, claro está. —Me reí con su ocurrencia; siempre tenía que dar su toque.

—Pues eso es lo que yo quiero, ver que de verdad vas a ser la novia más bonita del mundo, porque eso significaría que has encontrado a alguien que te soporte.

Donde las dan, las toman, pensé riendo.

—Muy audaz por tu parte —le dijo Valentina.

—Anda, mejor vamos a buscar a las demás, que deben estar desesperadas por la tardanza.

Fuera había una limusina blanca esperándonos y un chófer con la puerta de atrás abierta, esperando a que entráramos.

Al montarnos, nos llevamos la sorpresa de que las chicas ya estaban dentro, y yo que pensaba que teníamos que pasar a buscarlas.

—Pero bueno, creí que teníamos que ir a por vosotras —le dijo mi madre, leyéndome el pensamiento.

—Valentina nos llamó para que estuviéramos listas antes de tiempo. Dice que la novia tenía que ser la última en montarse en la limusina —contestó Luisa.

—¿Dónde os habéis dejado los uniformes? —les pregunté en broma.

—En el mismo lugar que está el tuyo —respondió Antonia.

Aunque ya no trabajaba de camarera de piso, seguía utilizando uniforme.

—Pues entonces están donde tienen que estar hoy. —Les di un beso a cada una antes de sentarme en el otro extremo—. Estáis guapísimas las tres.

—Tú no te quedas atrás —contestó Ana.

—Vaya, como se nota el favoritismo —refunfuñó Valentina.

—Niña, no seas tonta, sabes lo bonita que estás —habló Antonia.

—¿Ya se han ido vuestros maridos? —preguntó mi madre.

—Sí, una media hora antes que nosotras, y también vino una limusina a buscarlos —respondió Luisa.

Así que mi querido hermanastro había tenido la misma idea que mi amiga.

No tardamos mucho en llegar a la puerta de un restaurante que se veía muy exclusivo. No se podía negar que mi amiga había tenido buen gusto a la hora de escoger dónde cenar.

En la puerta había un camarero muy bien vestido con unos lazos amplios; todos eran rojos menos uno, que era blanco.

Al llegar a su lado, Valentina nos detuvo y, entre ella y el camarero, comenzaron a taparnos los ojos.

—Dios, esto es muy raro —dije cuando me quedé ciega.

—Escuchadme todas, vamos a entrar tomadas de las manos, en fila y sin soltarnos. No hay escalones, solo los de la entrada; este muchacho tan apañado y yo os ayudaremos. —La escuché reír—. No os podéis quitar el lazo hasta que os lo diga y nada de hacer trampas, sobre todo tú, Blanca, que te conozco.

Me reí porque mi intención, efectivamente, era levantar un poquito el lazo para ir viendo dónde me llevaban.

Nos dimos las manos unas a otras y seguimos sus indicaciones.

—Cuando os toque el hombro, os podéis quitar los lazos. Cuando lo hagáis, no digáis nada hasta que la novia se los quite —nos habló bajito.

A mí se me hizo eterno, y conociéndola, seguro que me había dejado para la última antes que a mi madre.

—Te toca, para que no digas que estoy loca. —Me dio un beso en la mejilla—. Esto es porque es la despedida de tu madre, pero te aseguro que la nuestra, cuando llegue, va a ser muy distinta.

Me quitó el lazo. Pestañeé varias veces para acostumbrarme a la luz y, en cuanto enfoqué, vi que los chicos estaban delante de nosotras. Por lo que parecía, también habían tenido los ojos tapados.

Mi mirada conectó con la de Nico y sentí que me enamoraba un poquito más de él, si eso era posible.

Le iba a decir algo, pero me puso un dedo en los labios, pidiéndome silencio.

Cuando llegó el turno de mi madre y Alfredo y se descubrieron uno frente al otro, se les formó una sonrisa preciosa.

Ojalá pudiera fotografiar ese momento y guardarlo para siempre en un rincón de mi memoria donde nada envejece ni se distorsiona. Una sonrisa sincera es más reveladora que mil radiografías del alma.

Cada uno dio un paso al frente y se encontraron a mitad de camino para empezar la noche con un beso que nos dejó a todos con la boca abierta, literalmente.

—Joder, dejad algo para la noche de bodas —dijo Gabriel—. Coño, soy el único que se va a quedar esta noche a dos velas.

—Porque tú quieres, medio cuñado —le dijo Nico—. Allí hay una morena que no te quita los ojos de encima. —Señaló una mesa cercana.

—Antes de que termine la noche me la he llevado al baño —le dijo bajito.

—Te aconsejo que busques el almacén, allí estarás mucho más tranquilo. —Rio Nico.

—Nico —lo reñí sin dejar de reír al acordarme del sábado pasado—. Esas cosas no se dicen.

—Qué cochinos sois —nos dijo Gabriel, cachondeándose.

—Nena, te has delatado solita. —Nico me acercó de la cintura y me dio un beso.

Poco después nos sentamos, cada uno junto a su pareja.

Gabriel, al no tener, se sentó a mi lado, así que quedé entre Nico y él. Ya me imaginaba la noche que iba a darme el capullo este.

No sé si se sentó ahí para darme por saco o para tener a la morena justo en frente.

Pedimos vino para todos y un variado de entrantes. Como plato principal, cada uno pidió lo que quiso. Yo me pedí un solomillo con salsa a la pimienta.

Nico pidió lubina a la plancha con salsa de ajos y taquitos de jamón. Estaba buenísima. Me gustó tanto que al final cambiamos los platos: yo me comí el suyo y él el mío.

—Nena, últimamente te noto algo rara con la comida y con otras cosas —me dijo bajito, para que nadie escuchara.

—Yo me veo igual que siempre. —No me notaba nada raro—. Si lo dices porque siempre tengo ganas de que me hagas el amor, es por tu culpa; lo haces tan bien que siempre me dejas con ganas de más.

—No sé, pero te noto rara. Y en cuanto a lo otro, creo que me voy a esforzar aún más para que no te puedas despegar de mí. —Puso una mano sobre mi muslo y empezó a subir.

Apreté las piernas para que parara. El muy hijo de su madre rio.

—Papá, tu nueva hija está haciendo manitas por debajo de la mesa con su novio. —El sorbo de vino me salió hasta por la nariz.

—Esta me la pagas —le susurré.

El capullo solo sonrió y me guiñó un ojo.

—Amiga, ¿no te han enseñado que en la mesa no se hacen marranadas? —Puse los ojos en blanco al escuchar a la que faltaba.

—Dejad a mi hija tranquila, que mientras más cochinadas haga con su novio, antes me hace abuela.

—Hala, como te pasaste, mamá. —La mesa entera estalló en carcajadas.

Menos mal que después de unos comentarios más dejaron el tema y cambiamos de conversación.

Son esas cenas que se convierten en recuerdos sin pretenderlo, donde la comida es lo de menos y las miradas lo dicen todo. Donde los silencios son cómodos, las bromas son naturales y hasta los camareros nos observan con una mezcla de envidia y ternura.

La cena fue fantástica; las risas no faltaron y, como dijo Gabriel, antes de que terminara la noche se llevó a la morena a algún lugar del restaurante. Lo

único que sé es que cuando salieron, ambos traían unas sonrisas tremendas, y ella el pelo bastante revuelto.

De ahí nos fuimos a un local con música suave, sitios donde sentarnos y donde también podíamos bailar.

Capítulo 22



Blanca

Aquellas dos semanas se me hicieron interminables y agotadoras, de verdad que mi cuerpo no daba para más.

Entre la mudanza y los últimos retoques para la boda de mi madre, no había tenido ni un solo día libre, y eso que Alfredo me había dado el mes completo de vacaciones.

Más bueno no podía ser ese hombre, y mira que llevaba años conociéndolo, pero como era normal, no se iba a comportar así con todos sus trabajadores.

Entendía que lo hiciera ahora conmigo porque era la hija de la mujer que hoy pasaría a ser su esposa. Como era lógico, no podía comportarse así con todo el mundo o sus empleados terminarían por no respetarlo.

Tanto el enlace como la celebración se iban a hacer en el hotel. Hacía buen tiempo, así que lo haríamos en el jardín, ya que era uno de los más bonitos que había visto; qué menos que aprovecharlo bien.

De la casa de mi madre saldríamos Alex con Valentina, Nico, mi madre y yo. Los demás estarían en el hotel.

Fue bonito vivir junto a ella el momento en el que la ayudamos a vestirse. Ver su rostro lleno de ilusión, esa mirada que era la más viva que le había visto en mi vida… y que fuera a la inversa: en vez de una madre ayudar a su

hija, fue la hija la que le ayudó a ponerse ese vestido que la iba a acercar un paso más a la felicidad que tanto se merecía.

Hubo un momento en el que Valentina entendió, sin necesidad de decirle nada, que necesitábamos un momento a solas madre e hija, y sin decirnos nada salió por la puerta de la habitación, dándonos esa intimidad que tanta falta nos hacía.

Aquella soledad compartida fue como un silencio sagrado. No había ruidos, no había prisas, no había nada más que nosotras dos y veintiséis años de recuerdos, heridas y victorias. Era como si el tiempo se detuviera para dejarnos respirar juntas, como si alguien allá arriba entendiera lo importante que era ese instante.

—Desde que tengo uso de razón siempre hemos sido tú y yo. —Respiré profundamente para intentar retener las lágrimas, aunque en el fondo sabía que iba a ser imposible—. Cuando era más joven, alguna vez que otra pensé que si te echabas novio iba a perderte.

»Era demasiado joven para entender el bien que te podía hacer un hombre que te amara como te merecías. —La tenía cogida de las manos y las dos nos mirábamos de frente, ella con su vestido de novia y yo con el de madrina.

»Con el paso de los años fui entendiendo que te habías quedado estancada en el pasado; uno que, por desgracia, siempre llevaremos en nuestros corazones, pero por culpa de ese pasado no te permitías ser feliz.

—Siempre he sido feliz teniéndote a mi lado. Es verdad que un trocito de mi corazón murió el mismo día en el que lo hizo tu hermano, pero gracias a ti salí adelante. —No sabía cuál de las dos estaba llorando más—. Siempre has sido y serás mi rayito de luz. Te quiero, hija, y quiero que sepas que siempre voy a estar a tu lado.

»Da igual dónde viva, que me haya casado… como si tengo que recorrer el mundo, pero siempre voy a estar para ti. —Nos fundimos en un abrazo fuerte, dejando salir todo el amor que sentimos la una por la otra.

—Estoy feliz por ti, mamá. Te merecías encontrar a un hombre que te quisiera tan bonito como te quiere Alfredo, y estoy completamente segura de

que, a partir de hoy, vas a empezar a vivir una vida llena de risas y alegrías y ninguna pena.

»Porque es lo que te mereces y yo estaré siempre a tu lado para verlo. —Le limpié las lágrimas con cuidado de que no se le estropeara el maquillaje—. Te quiero más que a mi vida.

Nunca había pronunciado esas palabras con tanta verdad, con tanta profundidad. No eran palabras que se decían, eran palabras que se sentían, que nacían desde el alma y viajaban directo al corazón.

Nos terminamos de arreglar, di unos cuantos pasos hacia atrás para verla bien. Realmente estaba preciosa.

Su vestido era sencillo, de raso, con cuello en forma de corazón y tirantes anchos. El escote de la espalda era redondo, más o menos le quedaba un poco por encima de media espalda.

Desde su cintura salía la falda dándole algo de volumen, no mucho, lo justo para que tuviera forma, terminando en una pequeña cola.

En la cintura tenía un cinturón hecho de pedrería, haciendo que el vestido se viera mucho más elegante.

En el pelo se había hecho un recogido en la nuca, dejando el cuello libre para que se viera más estilizado.

Nico y yo le habíamos regalado unos pendientes y una pulsera en oro blanco, y eso era lo que llevaba puesto para terminar de rematar su conjunto.

Preciosa era una palabra demasiado simple para describir cómo estaba, o por lo menos, cómo la veía yo.

Yo, por mi parte, me había puesto un vestido de color aguamarina. Era largo, con una pequeña cola, con el escote barco y la espalda totalmente descubierta. Las mangas eran cortas y de pedrería, la misma que llevaba todo el borde de la espalda.

Lo acompañé con unas sandalias en color plata y el pelo lo llevaba a un lado de la cabeza, dejando que mis rizos cayeran sobre uno de mis pechos.

Para sostener el pelo ahí, me puse un pasador con las mismas pedrerías que llevaba el vestido.

Al mirarme en el espejo no pude evitar sentir un pellizco en el pecho. Una mezcla de orgullo, nostalgia y alegría. Ese vestido no era solo ropa; era el reflejo de una etapa nueva donde ya no era solo hija, sino el apoyo, la testigo y el punto firme desde donde mi madre estaba por fin volando.

Unos golpecitos sonaron en la puerta, fueron suaves. Parecía como si no quisieran interrumpirnos. Cuando le dimos paso, por la puerta asomó la cabeza de Nico.

—Chicas, tenemos que salir ya. —Nos miró a las dos; a mi madre con mucho cariño y a mí con el amor que decía sentir por mí—. Estáis preciosas, no puedo tener una suegra y una novia más bonitas que vosotras.

Se acercó a nosotras: primero a mi madre, la abrazó y le dio un beso en la mejilla; después me abrazó a mí y me dio un beso en la frente seguido de uno en los labios.

Nos ayudó a bajar las escaleras de casa. Delante de la puerta estaban Alex y Valentina, los dos con una sonrisa en sus caras. Mi amiga, además, tenía lágrimas corriendo por su rostro.

Para ella hoy también era un día muy especial, porque la felicidad de mi madre y la mía eran también la suya.

Para mí, Valentina no era solo mi amiga; era esa hermana que nunca tuve. No llevaba mi misma sangre, pero nuestro amor de hermanas se sentía mucho más fuerte que si lo hubiéramos sido de verdad.

Fuera nos esperaba una limusina, esta era mucho más elegante que la que nos llevó a la despedida, y sabía que esto había sido cosa de Nico.

La primera en entrar fue mi madre, para que pudiera acomodar su vestido bien. Yo lo hice en último lugar porque así lo quise; necesitaba ir al lado de la ventanilla, a ver si el ir viendo el paisaje aplacaba un poco mis nervios.

Creo que si alguna vez me casaba, no me iba a poner tan nerviosa como lo estaba hoy. Era una sensación rara, dulce y pesada a la vez. Como si mi corazón entendiera que ese era un día histórico para nosotras. Algo dentro de mí sabía que nada volvería a ser igual, pero por primera vez ese cambio no daba miedo: daba paz.

Al llegar a la puerta del hotel me di cuenta de que había varios periodistas. No me hacía mucha gracia, pero no los iba a tratar mal; ellos estaban haciendo su trabajo y lo podía entender.

—Blanca —me llamó una periodista que siempre había sido muy amable conmigo— estás preciosa. ¿Me podrías dedicar unas palabras? —La miré un momento dedicándole una sonrisa.

—Hoy no soy yo la protagonista, Patricia. Es el día de mi madre y ella no tiene nada que ver con este mundo. Te prometo que el día que me case te dejaré que me preguntes todo lo que quieras —le dije con una sonrisa.

—Eres muy amable, le deseo a tu madre toda la felicidad que sea posible.

—Muchas gracias, Patricia.

—Nico, te has llevado a la mejor mujer del mundo —le dijo la misma periodista.

—Lo sé, no he podido ser más afortunado.

Ayudamos a mi madre a salir de la limusina, entramos atravesando la recepción y, cuando llegamos a las puertas del jardín, Nico, Alex y Valentina se adelantaron, dejándonos a mi madre y a mí solas.

—¿Lista? —le pregunté, cogiéndole la mano, porque así es como íbamos a caminar hacia el altar.

Sentí cómo mi mano apretaba la suya un poco más fuerte. Era como decirle sin palabras «estoy aquí, siempre estaré». Y ella me respondió con un ligero estremecimiento, ese de las personas que están viviendo algo tan bonito que cuesta creer que es real.

—Totalmente lista. —Nos miramos y comenzamos a andar hacia el altar en cuanto la música nos indicó la entrada.

Con pasos lentos, pero sin titubear, llegamos al lado de Alfredo y su hijo. Con los dedos entrelazados a los de mi madre, le entregué su mano al hombre del que se había enamorado.

—Cuídala siempre, por favor, porque para mí lo es todo —le dije mirándolo a los ojos.

—Siempre, porque la amo con todo mi corazón.

Le di un beso a mi madre y otro a él, me situé al lado de ella y Gabriel al lado de su padre; y así empezó la ceremonia.

Una que estuvo plagada de emociones y de palabras bonitas que se dedicaron los dos antes de darse el «sí, quiero».

Después del beso llegaron las felicitaciones y las fotos. En cuanto dejamos todo ese formalismo atrás, empezó la auténtica diversión.

Hubo brindis por los novios, por los padrinos… y por todo el mundo, porque cuando menos te lo esperabas, se levantaba un invitado gritando a pleno pulmón otro brindis.

Lo mejor, y lo que jamás me hubiera imaginado, vino varias horas después, cuando sentaron a mi madre casi en medio de la pista de baile y, de buenas a primeras, empezó a sonar la canción de Pitbull: *I know you want me*.

Alfredo en el centro de la pista, su hijo al lado, pero un poco más atrás, Nico al otro lado a la misma altura que Gabriel, y el resto estaban situados de tal manera que entre todos hacían un triángulo.

Lo hicieron muy bien, muy compaginados. Se notaba que les habían echado horas de ensayo; sobre todo se notaba el interés que le pusieron.

Mientras ellos bailaban, nosotras gritábamos animándolos, dando vueltas a las servilletas blancas de tela.

Lo callado que se lo habían tenido todos… ¡Si hasta bailaron los maridos de Antonia, Luisa y Ana!

Desde luego que con ese espectáculo pusieron a todo el mundo patas arriba.

Cuando estaba terminando la canción, cada hombre fue en busca de su chica para sacarla a bailar.

—No me esperaba esto para nada —le dije a Nico en cuanto salimos a bailar—. Si me llegan a decir hace tiempo que el hombre serio del que estaba locamente enamorada sin conocerlo iba a hacer ese baile tan sexi, te aseguro que no me lo hubiera creído. —Lo hice reír cuando me escuchó.

—Qué concepto más bonito tenías de mí —dijo sin perder la sonrisa.

—Solo el que tú dejabas ver. Si no te conocía de nada, ¿cómo iba a tener otra opinión de ti?

—Ahí tienes la prueba de que no todo lo que se dice es cierto, y que solo me conoce quien yo se lo permito. —Inclinó la cabeza para acercar sus labios a los míos—. Y de todos los que hay aquí, tú eres la que mejor me conoce. —El roce de sus labios sobre los míos mientras me hablaba en voz baja fue sensual, íntimo y provocador.

No sé qué tenía este hombre que me volvía loca en todos los sentidos. Para quien no lo conociera, podría parecer tal y como lo había descrito hace unos segundos, pero debajo de esa frialdad que mostraba ante los desconocidos existía alguien completamente diferente.

Me fascinaba esa dualidad suya: ese hombre que en los negocios imponía respeto, incluso miedo, y que sin embargo conmigo era pura ternura y devoción. Nadie lo conocía como yo, y eso me hacía sentir afortunada, elegida, protegida.

Era capaz de ganarse el corazón de cualquiera que se lo propusiera. Era atento, amable, tierno, cariñoso e inteligente, de esos que tienen una mente increíble para convertir en oro todo lo que tocaban… pero, por encima de

todo, era el hombre del que estaba locamente enamorada; el que se había ganado mi corazón y el que se lo iba a quedar mientras viviera.

Porque amar como yo lo amaba era algo que solo ocurre una vez en la vida, y ese amor se lo había entregado a él.

Cuando terminó la boda, casi todos los invitados se quedaron en el hotel, por lo menos los más cercanos. Alfredo había dejado todas esas habitaciones reservadas para nosotros, por lo que algunos bebieron de más ya que no tenían que preocuparse de coger coches o llamar taxi.

Mi madre y su marido salían al día siguiente para dar comienzo a su luna de miel; una en la que iban a estar un mes fuera. Por lo visto, Alfredo iba a hacerle un recorrido por varios países. Me encantó que fuera tan atento y que quisiera mostrarle a mi madre todos esos países. Sé que lo hizo de esa manera porque sabía que mi madre no había viajado y quería mostrarle todo lo que pudiera en ese mes.

En cuanto llegamos a la habitación nos metimos en la cama y, aunque estábamos agotados, no nos fuimos a dormir sin dedicarnos nuestra dosis de pasión.

Capítulo 23



Nico

—¿Por qué no vienes conmigo? —le pregunté a Blanca.

Acababa de salir de la ducha y me puse una toalla alrededor de la cintura, mientras ella se terminaba de duchar.

—Esta vez no puedo, de verdad —respondió. Tenía que ir a Madrid unos días y quería que ella viniera conmigo—. En el hotel hay mucho lío con esto de que va a haber una convención sobre tecnología y el hotel es uno de los elegidos para hacer algunas presentaciones. —Se puso una toalla envolviendo su cuerpo y otra en el pelo—. Sabes que te he acompañado siempre que he podido.

—Lo sé, pero me jode que no puedas venir conmigo —le admití—. Nena, sabes que siempre voy a respetar tus decisiones, pero… ¿sigues sin plantearte dejar el trabajo en el hotel? Sabes que no te hace falta trabajar, y si quieres seguir haciéndolo, puedes trabajar conmigo, o te puedo ayudar a montar lo que te apetezca, pero lo único que quiero es que podamos pasar más tiempo juntos.

—Vivimos juntos, Nico —respondió pasando por mi lado. Sabía que no le gustaba hablar del tema del trabajo, pero era necesario.

—Sabes que no es eso lo que quiero decir, así que no te hagas la tonta —la seguí a la habitación—. Quiero que tengas un trabajo con el que te puedas mover libremente, y que si tengo que viajar, puedas acompañarme.

—No tenemos que estar las veinticuatro horas del día juntos —dijo. Ese día parecía estar de mal humor.

—Joder, Blanca, no le des más vueltas a lo que te estoy diciendo, que sabes lo que quiero decir. —Me estaba cabreando por momentos—. No digo que tengamos que estar siempre juntos ni que tengas que venir conmigo a todos los viajes, pero sí que tengas un poco de más soltura a la hora de moverte.

—Estoy bien donde estoy y me gusta lo que hago. —Se quitó la toalla para empezar a vestirse, y por primera vez desde que la conocía no me entraron ganas de tocarla. No porque no la deseara, la deseaba igual que siempre, sino por el cabreo que llevaba encima.

No ponía en duda que me quisiera, pero me jodía que no cediera ni un poco, cuando yo ya había dado tanto. A veces tenía la sensación de que yo era el que empujaba para que esto funcionara, y ella simplemente esperaba que todo cayera por arte de magia. No me dolía lo que hacía, sino lo que no hacía

Había dejado mi estilo de vida por ella, dejé mi casa, mi ciudad y, sinceramente, si me lo hubiera pedido, hasta habría vendido todas mis empresas… y para una sola cosa que le pedía no era capaz ni de pensarlo.

Estaba claro quién de los dos daba más por esta relación. O por lo menos era eso lo que parecía.

—En una relación son los dos los que tienen que dar por igual y no siempre ser el mismo —le dije antes de dirigirme hacia mi lado del vestidor.

—¿Me estás diciendo que yo no he dado nada por lo nuestro? —preguntó con rabia.

—A la vista está todo lo que has hecho por mí y lo que he hecho yo.

—No me puedo creer que me estés echando en cara eso. —Parecía dolida; yo también lo estaba—. Cuando se quiere de verdad y haces algo por tu pareja, jamás se le echa en cara, porque se supone que lo haces de corazón. Estás dejando claro que tú no lo has hecho de corazón.

—No me vengas con eso, que sabes que tengo razón. No te he echado nada en cara, todo lo he hecho porque me ha dado la gana; nadie me ha obligado. —Intenté calmarme, aunque me resultaba difícil porque mi mal humor había subido considerablemente.

—Pues no lo parece, porque estás montando un buen numerito solo porque te he dicho que no puedo ir —replicó cabreada.

—No es porque no puedas venir esta vez, es porque no puedes o no quieres venir nunca. Y no solo a Madrid, sino a cualquier viaje que tenga que hacer.

—Te lo he dicho mil veces, tengo responsabilidades; no puedo faltar al trabajo cada vez que a ti te venga bien.

Daba igual cómo se lo explicara; lo único que quería era que tuviera un trabajo que le diera libertad para acompañarme si quería.

—Déjalo, Blanca, es imposible razonar contigo. —Me terminé de vestir—. Me da la sensación de que te preocupas por los deseos de cualquiera menos por los míos; a lo mejor es que no soy tan importante para ti como creía.

Y al decirlo, me odié un poco a mí mismo. Porque no quería hacerla sentir culpable, ni herirla. Yo solo quería sentir que lo nuestro era una prioridad para los dos, no para uno solo.

—No puedo creer que digas eso sabiendo todo lo que siento por ti.

—En estos momentos no sé lo que sientes por mí. —Probablemente me estaba pasando con mis palabras, pero era como me sentía—. No después de que lo único que te he pedido es que quiero pasar tiempo contigo, pero se ve que tú no sientes la misma necesidad.

La discusión duró unos minutos más y ninguno de los dos daba su brazo a torcer.

Joder, os juro que la entendía, pero me jodía, porque no le estaba pidiendo que lo dejara todo por mí ni que hiciera todo lo que yo le pidiera. Jamás le iba a prohibir nada; no era nadie para hacerlo.

Se ama a alguien respetando su libertad, no cortándole las alas. Pero en una relación ambos tienen que remar en la misma dirección; si no, es difícil que funcione.

Sí, era una discusión tonta y sabía que acabaría en nada, pero el daño momentáneo ya estaba hecho.

Lo peor fue que ella se fue al trabajo sin hablarme y yo cogí el vuelo sin decirle adiós. Mientras avanzaba por el pasillo del avión, sentía ese vacío incómodo en el estómago. Estaba acostumbrado a enfrentar problemas, decisiones millonarias, proyectos gigantes… pero no estaba preparado para la distancia con ella. Lo nuestro era lo único que no quería poner en riesgo. Eso me estaba matando por dentro. En cuanto aterrizara, lo primero que iba a hacer sería llamarla y pedirle perdón.

Porque se lo debía y así lo sentía. Aunque no toda la culpa fuera mía, sinceramente, me daba igual. Lo único que no quería era estar mal con ella.

Mínimo tenía que quedarme en Madrid tres días. Tres días que iban a ser un suplicio.

—¿Qué te pasa que estás más callado de la cuenta? —me preguntó Alex sentado junto a mí en el avión.

—Nada —respondí, aunque la cabeza no paraba—. Es solo que le pedí a Blanca que me acompañara y se volvió a negar. Joder, que lo único que le he pedido desde que estoy con ella es que deje ese trabajo.

—A lo mejor quiere su independencia económica —comentó.

—No le he dicho en ningún momento que no trabaje. Le he ofrecido que trabaje para mí, o incluso me he ofrecido a ayudarle a montar el negocio que ella quiera… no sé, algo con lo que pueda tener un poco más de autonomía.

Le conté la discusión y lo mal que me había hecho sentir. Alex incluso pareció sorprenderse.

—En eso no se parece en nada a su amiga —dijo con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —pregunté distraído.

—Que a Valentina le ha faltado tiempo para dejar su trabajo. —Lo miré—. Se lo pedí la semana pasada y me dijo que encantada de la vida. Que para qué deslomarse trabajando y pegándose madrugones si yo la puedo mantener.

Reímos, porque eso era normal en ella.

—Pues su amiga no entra en razón, joder. Lo único que quiero es poder viajar libremente con ella.

—Bueno, dale un poco de tiempo. Quizás cambie de parecer. O podrías quedarte en Madrid dos semanas y hacer que te eche tanto de menos que sea ella la que decida dejar el trabajo sin que tú se lo pidas.

No era mala idea… si no fuera porque yo sería el que moriría de ganas.

—No creo que sea buena idea. ¿Y si decide que no quiere seguir conmigo? ¿Y si no me echa tanto de menos como yo a ella?

—Nico, estás fatal. En todos los años que llevamos de amistad nunca te he visto así por una mujer. —Se aguantaba la risa.

—Es que nunca he estado así por una. Pero a Blanca la quiero con todo mi corazón y no me da vergüenza admitirlo. ¿Cuándo has visto que lo haya dejado todo por una mujer? ¿O que me haya ido a vivir con ella?

—Nunca lo habías hecho. Y eso me lleva a preguntarte… ¿cómo lleva tu madre que te hayas mudado con alguien que, según ella, no tiene la «clase» que se supone debe tener? —preguntó levantando las cejas.

—Lo que esa mujer piense o diga me lo paso por los cojones. Me tiene hasta ahí mismo.

Hacía semanas que la había bloqueado. A ella y a las otras dos. Ya me tenían harto.

Con el único que seguía manteniendo un poco de contacto era con mi padre, aunque cada vez menos. Siempre terminaba hablando de mi madre o su

protegida.

La última vez se lo dije claro: o dejaba de hablar de ellas o la poca relación que quedaba se rompería del todo.

Esa noche cenaríamos los dos solos y dejaría todo claro. O lo entendía, o que se quedara con su mujer y se olvidara de mí para siempre.

Al salir del aeropuerto, como siempre, estaba mi chófer esperándonos. No pasé por casa; le pedí que nos llevara a la empresa. Tenía una reunión urgente.

Tampoco me dio tiempo a llamar a Blanca como quería. Y cuando encendí el móvil y vi que no me había escrito… me dolió.

¿Sería que no me quería tanto como pensaba? ¿O que su orgullo podía más que nuestra relación?

No quería que se sintiera mal por mi culpa. Así que, aunque no podía llamarla, sí le mandé un mensaje.

Nico: *Aunque estés molesta conmigo, nunca olvides que te quiero por encima de todo.*

Al llegar a la oficina, miré el teléfono esperando una respuesta. Nada. No me había contestado.

Desde que estábamos juntos, esta había sido la discusión más grande. El motivo había sido absurdo, pero el daño estaba ahí.

Tendríamos que aprender a comunicar miedos y dudas sin hacernos daño.

—Coge lo que necesites de tu despacho. Te espero en la sala de juntas —le dije a mi amigo, dirigiéndome hacia allí.

Capítulo 24



Blanca

Llamé al médico del hotel por si me podía ver en un momento; no tenía ganas de coger el coche e ir al hospital.

Desde hacía días me encontraba mal, con el cuerpo raro y el estómago revuelto. De pronto se me había quitado el hambre, eso por no hablar de que no podía ni dormir.

Me pasaba casi la noche en vela dando vueltas en la cama, muchas veces me levantaba a mitad de la noche para no molestar a Nico y me iba al sofá. Por lo menos allí me distraía viendo la tele o leyendo algún libro.

Sentía que mi cuerpo no estaba bien.

Otras veces me quedaba quieta, escuchando cómo respiraba profundamente y me daban ganas de acurrucarme contra él, de pedirle que me abrazara hasta que el malestar desapareciera. Pero no quería preocuparlo; ya bastante tenía él con su trabajo, con las presiones que cargaba. Yo llevaba mis noches en silencio, tragándome esa incomodidad física y emocional, convencida de que solo era un bajón temporal.

Y ese día, entre lo mal que me encontraba y la discusión que había tenido por la mañana con Nico, estaba que no podía levantar cabeza.

Que sí, que sabía que tenía razón y que quizás había reaccionado peor que cualquier otro día. Quizás lo hice inconscientemente por lo mal que me

encontraba y lo poco que había dormido.

Es que era para matarme; con lo fácil que hubiera sido decirle que desde hacía dos semanas había hablado con Alfredo y le había dicho que en cuanto volviera de la luna de miel con mi madre iba a dejar de trabajar con él.

Quería empezar a trabajar junto a Nico y que él me fuese enseñando poco a poco todo lo que podía hacer.

Si le hubiese dicho eso, no habríamos salido por la puerta de casa cada uno por nuestro lado y sin hablarnos.

El médico me dijo que podía ir cuando quisiera, que estaba tranquilo y no había ningún cliente enfermo.

De camino a la consulta recibí un mensaje de Nico en el que me decía que, a pesar de nuestra discusión, me quería. Le iba a contestar de inmediato, pero al llegar a la consulta, el doctor estaba esperándome en la puerta.

—Buenos días, Blanca. Es la primera vez que te veo por aquí —me dijo sonriendo—. Espero que no sea nada importante lo que te trae por aquí.

Se apartó a un lado para dejarme pasar.

—Buenos días, Ernesto. —Aunque no había estado nunca en su consulta, lo conocía de cruzármelo por el hotel.

—Pues tú dirás —dijo sentándose detrás de su mesa.

Le conté todos los síntomas con los que llevaba unos días y también aproveché para decirle que llevaba cerca de un mes sintiendo las hormonas un poco revolucionadas.

—¿Has tenido el periodo? —Al hacerme esa pregunta abrí los ojos cuanto pude—. No me mires así, todos los síntomas indican que estás embarazada.

—Eso no puede ser. Tomo la píldora, no me he saltado ni un solo día, por no decir que he tenido mi periodo. —Este hombre no era buen médico; en cuanto llegara Alfredo, le iba a decir que buscara uno mejor.

—¿Y ese último periodo que has tenido ha sido igual que los otros? —Ahora que lo decía, no… no fue igual.

—La verdad es que no. Fueron solo tres días, manchando muy leve. —El hijo de su madre sonrió y a mí no me hacía ni puñetera gracia.

—Me da a mí que nos vamos a saltar un paso y vamos a pasar directamente al siguiente. —Se levantó de su silla y fue a preparar la máquina de ecografías.

—Ernesto, no tengo ni idea de qué quieres decir. —Las manos me temblaban y creo que empezó a faltarme la respiración.

—Quiero decir que pases al baño, te quites la parte inferior de la ropa, te pongas una bata y vengas aquí. —Volvió a reír.

—Ernesto, te conozco poco, pero que sepas que me estás cayendo muy mal. —Lo señalé con el dedo y con los ojos entrecerrados.

Soltó una carcajada al escucharme.

—Por lo que parece, no ha sido buscado.

—¿Cómo va a ser buscado si te he dicho que estoy tomando anticonceptivos? Me parece que eres muy mal médico; creo que le voy a decir a mi papaíto que te despida. —Le puse un poco de humor. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Porque como el diagnóstico fuera erróneo, que se preparara, porque lo iba a matar del susto que me estaba dando.

—Todo lo malo que quieras, pero haz lo que te he dicho. Me muero de ganas por ver la cara que vas a poner cuando te lo confirme.

Hice lo que me pidió y, con las piernas temblorosas, me tumbé en la camilla. Puse los pies en los estribos como me pidió, pero antes de que me metiera el ecógrafo vaginal, cerré las rodillas y lo miré.

—¿Tú sabes lo que haces, verdad? —Negó con la cabeza sin dejar de reír —. Lo dicho, cada vez me caes peor.

—Mi especialidad es la ginecología, pero llegó un momento en que me cansé de ver siempre lo mismo. Por eso trabajo en el hotel como médico general, pero no te preocupes, que no se me ha olvidado cómo hacer una ecografía.

—Ay, madre, creo que me voy a desmayar.

—Niña, no te preocupes, que si no tienes pareja y esto es el resultado de una noche loca, ahora tienes un padre con mucho dinero que estoy seguro de que te ayudará encantado. —Uf, qué mal me caía.

—No sabía que usted era tan gracioso, aunque a mí no me está haciendo ni chispa de gracia. Y el único que se lo está pasando bien es usted. —Tomé una bocanada de aire, dándome valor para abrir las piernas.

—Vamos allá. No te preocupes, esto no duele, relájate… Bueno, mi querida Blanca, por lo que estoy viendo…

—Corta el rollo y dilo de una vez, hombre, que me va a dar un puto infarto —lo corté porque me estaba poniendo de los nervios.

—Como iba diciendo, por lo que estoy viendo… —Nada, que se pasaba por los cojones lo que le había dicho—. Te puedo confirmar que no estás embarazada…

—Ay, menos mal. —Respiré.

—No me has dejado terminar, mujer impaciente. Quería decir que no estás embarazada de un solo bebé, sino que vienen dos de camino.

Eso era mentira, vamos, no me lo creía ni loca. Este médico se había fumado algo y se estaba quedando conmigo.

—Eso es mentira.

—Qué va. Mira —señaló la pantalla—, esos dos puntitos… aquí tenemos a uno —puso el índice sobre una mancha negra— y por aquí tenemos al otro.

—Pero hombre, eso pueden ser dos quistes.

—Pues tus quistes van a crecer durante siete meses y medio más, les van a salir piernas y brazos… Creo que van a ser dos quistes que vas a querer mucho.

—¿Me lo estás diciendo en serio, verdad?

—Nunca mentiría en algo así.

Sacó el aparato y me bajó la bata.

—Ya te puedes vestir. Cuando termines, te daré unas indicaciones hasta que busques un ginecólogo.

Lo que iba a tener que buscar era un psiquiatra. De esta perdía la cabeza, seguro.

Mientras me cambiaba, me vinieron a la mente las palabras de mi madre en su despedida: «Déjalos que hagan manitas, que así me hacen abuela prontito.»

¿No querías taza? Pues taza y media.

¿A ver cómo le decía a Nico que íbamos a tener mellizos? ¿Qué hacía: lo dejaba todo e iba a buscarlo o esperaba a que llegara?

Ernesto me dio indicaciones básicas, vamos, las que todo el mundo sabe.

Salí con la cabeza hecha un lío, bueno, más que lío era confusión. Y sobre todo miedo: miedo a lo que pudiera pasar, miedo por mis hijos. *Anda, mira, si ya me había salido la palabra hijos sin darme cuenta.*

Nada, que no me quedaba otra que afrontar las consecuencias de nuestros actos.

Porque si no hay sexo no hay embarazo… y entre nosotros no podía haber muchas cosas, pero sexo había habido y a reventar.

Y mira que siempre habíamos sido cuidadosos, siempre pendientes de todo. Me daba rabia, miedo y risa a la vez, porque el mundo tenía sentido del humor propio: precisamente ahora, cuando teníamos una discusión estúpida, ahora que él estaba lejos, ahora que necesitaba más que nunca tenerlo a mi lado… venía esta noticia que nos iba a cambiar la vida. Nuestro amor ya había sido intenso, pero saber que dentro de mí había vida —dos vidas— me hacía verlo con otra perspectiva, más profunda y vulnerable.

En el hotel dije que no me encontraba bien y me fui a casa. Al llegar, lo primero que hice fue llamar a Nico. Como no me contestó, le mandé un mensaje.

Blanca: *No estoy molesta y por mi parte, te pido perdón. Yo también te quiero mucho, más de lo que te puedes llegar a imaginar. Te echo mucho de menos y estoy deseando que vuelvas a casa.*

No quise decirle nada por mensaje. Ese medio no era el indicado, aunque me muriera de ganas por hacerlo.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue ducharme. Al salir, me detuve a mirarme en el espejo. Era cosa de tontos, porque todavía no se me notaba nada, pero me gustó imaginarme conforme me fuese creciendo la barriga.

¿Cómo se sentirían cuando los bebés empezaran a moverse? ¿Reconocerían nuestras voces? Me hacía muchas preguntas sin respuestas, pero las iría descubriendo poco a poco. Lo mejor era que lo haría de la mano del hombre del que estaba enamorada.

Antes de hacerme la cena llamé a mi madre. En más de un momento estuve a punto de darle la noticia, pero me aguanté. El primero que debía saberlo era Nico.

Después de cenar volví a intentar ponerme en contacto con él. Tampoco me contestó y ni siquiera había leído mi mensaje. La preocupación empezó a ganar terreno. ¿Y si le había pasado algo?

No sé cuántas veces lo llamé esa noche. Perdí la cuenta. Cuando en el último intento el teléfono me dio apagado, toda esa angustia salió en forma de llanto.

Me pasé la noche entera llorando, yendo de la cama al sofá y del sofá a la cama.

Sobre las siete de la mañana volví a llamarlo. Seguía sin dar tono. La preocupación era cada vez mayor.

Entré en Instagram por si decían algo. Y nada más abrir sentí cómo mi mundo se venía abajo.

No podía apartar la mirada de las fotos. No podía creer que me hubiese hecho algo así.

¿Así demostraba lo que decía sentir por mí?

Esas fotos no eran un montaje. No. Se veía perfectamente cómo esa mujer lo cogía por las mejillas dándole un beso, y Nico tenía sus manos en la cintura de ella.

Estaban en un restaurante y se veía a sus padres y los que supuse que serían los padres de ella.

En otras fotos quedaba claro que todos estaban esperando a que Nico llegara, y que en cuanto lo hizo ella se levantó para saludarlo con ese beso.

Las lágrimas no me dejaban enfocar bien el móvil.

Lo apagué y lo dejé sobre la mesa. Me acurruqué en el sofá y dejé que las horas pasaran… pensando en todo lo que iba a hacer.

Capítulo 25



Nico

Más gilipollas no podía ser. No entiendo cómo no vi venir que mi padre me la iba a jugar alguna vez, si ese hombre solo veía por los ojos de la hija de puta que tenía por madre.

Cuando Blanca me escribió ayer, me di cuenta unas horas más tarde y no pude contestarle porque la reunión se alargó demasiado; como cuando estoy en medio de reuniones importantes tengo la costumbre de poner el móvil en silencio, no me di cuenta de que me llamó. De todos modos, tampoco hubiera podido contestarle.

Después, entre una cosa y otra, no la pude llamar, ya que se me echó la hora encima y mi padre me estaba esperando en el restaurante. Decidí que la llamaría cuando terminara esa cena.

No me esperaba que, al entrar, iban a estar sentados en la mesa, además de mi padre, mi madre, Cruz y los padres de esta.

Me detuve un momento y si después me acerqué, fue por educación y para dejarles claro a todos que no me pensaba quedar para cenar con ellos. Allí ya no me quedaba nadie que mereciera la pena, porque el único que podría haberme interesado lo acababa de perder todo conmigo con la jugarreta que me había hecho.

No sé cómo lo hizo la muy… mejor me callaba el nombre que se merecía. No me dio tiempo a decir una palabra cuando Cruz se levantó abalanzándose

sobre mí.

Me cogió por la cara y pegó sus labios a los míos; llevé mis manos a su cintura para apartarla de un tirón.

—¿Qué mierda te crees que estás haciendo? —le pregunté cabreado.

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. —Tuvo el descaro de pasar su mano sobre mi pecho.

—Estáis enfermos, todos los que estáis en esta mesa. No quiero que os volváis a acercar a mí en la vida. —Miré a mi padre—. Para mí tú estás tan muerto como la mujer que tienes al lado.

—Hijo, no quería que pasara esto; pensaba que solo querían hablar contigo…

No le permití que hablara más.

—No me llames hijo, porque que yo sepa no tienes ninguno.

Salí tan cabreado de allí que estrellé el teléfono contra el suelo, y me importó bien poco lo que pudieran pensar de mí las personas que me hubieran visto.

A veces suponía que algún día llegaría a cruzar esa línea con mi familia, pero nunca imaginé que lo haría de esa manera. No era solo rabia: era decepción, cansancio, ese agotamiento emocional que te destruye poco a poco. Cuando tiré el móvil contra el suelo, no fue solo por lo que pasó en esa mesa; fue por todo lo que había venido acumulando durante años.

Llegué a mi casa y, como era demasiado tarde, no quise llamar a Blanca desde el teléfono fijo. Lo mejor que podía hacer era ducharme y meterme en la cama.

Lo que sí hice fue llamar a Alex y decirle que necesitaba un teléfono nuevo para el día siguiente y que lo necesitaba cuanto antes. Por supuesto, con el mismo número; eso lo sabía de sobra y no tenía ni que decirlo.

Dormí mal y poco. No fue sueño, fue supervivencia. Cerraba los ojos y solo veía la imagen de Blanca pensando lo peor de mí. Y la idea de que ella pudiera sentir que yo no la había elegido… eso me destrozaba más que cualquier traición familiar.

En cuanto me levanté, ya tenía el teléfono en manos del conserje; lo llamé para decirle que me lo subiera.

Al encenderlo e instalar todas las apps y meter el correo electrónico, lo primero que hice fue intentar llamar a Blanca. Su teléfono me dio apagado. Fue cuando corté esa llamada que me empezaron a llegar todos los intentos de llamada que ella me había hecho.

Se había tirado casi toda la noche intentando localizarme y yo, como un tonto, no la quise llamar desde el teléfono de casa pensando que estaría durmiendo, cuando si me detenía a pensarlo…

Yo también hubiera estado igual de preocupado si hubiese sido al contrario.

La última llamada que me había hecho fue a las siete de la mañana; cuando miré la hora, vi que era poco más de las ocho, entonces no entendía qué hacía su móvil apagado.

Al cabo de media hora la intenté llamar otra vez. Conseguí el mismo resultado que la vez anterior.

No sabía si estaba haciendo esto para vengarse por no haberla llamado la noche anterior. Imaginé que igual que yo estaba preocupado ahora, anoche lo estuvo ella.

Iba camino a vestirme cuando sonó el timbre de la puerta; si sonó aquí arriba era porque era alguien conocido y, por lo tanto, el conserje lo había dejado subir.

—¿Qué cojones hiciste anoche? —me preguntó Alex, cabreado, en cuanto entró en casa.

—¿Qué quieres decir? No hice nada. Fui a cenar con mi padre, al entrar, lo vi allí con mi madre, Cruz y sus padres.

—¿Y te dio tanta alegría verla que la recibiste con un beso?

—¿Qué dices? La hija de puta esa nada más verme se abalanzó sobre mí; me dio un beso porque me pilló desprevenido, pero me separé de ella rápido. —Me miraba incrédulo—. No me quedé allí; les dije unas cuantas cosas y terminé con toda la relación con mi padre. Le dije que para mí estaba muerto.

—Pues está saliendo por todos los medios una foto tuya besándote con esa mujer.

Me llevé las manos a la cabeza.

En el momento en que Alex me dijo esas palabras, me di cuenta de que todo había sido planeado por esa mujer y mi madre. «Madre» por decir algo.

También comprendí que ese era el mismo motivo por el que Blanca había apagado su teléfono.

Sentí una opresión en el pecho que me impedía respirar con normalidad, porque sabía lo que esa foto había implicado en mi vida; una vida que me temía que se acababa de ir a la mierda.

Busqué la foto para ver lo que se veía. La imagen no duró ni un segundo en mi pantalla, pero fue suficiente para imaginar el infierno que ella debió sentir. Ella, con el corazón hecho un guiñapo, mirando eso y creyendo que todo se había derrumbado. Se me revolvió el estómago. Sentí cómo la adrenalina me golpeaba el pecho como un martillazo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Blanca no me iba a escuchar, y si lo hacía, no me iba a creer bajo ningún concepto.

Aunque se supone que se dice que una imagen vale más que mil palabras, en mi caso no era así; pero era como si lo fuese, ya que sentía que había sido juzgado y sentenciado.

¿Cómo me iba a creer la mujer que amaba si hasta mi mejor amigo había dudado? Me daba igual como fuese, pero iba a lograr que ella me escuchara y me creyera; lo tenía que hacer, nuestra felicidad dependía de que lo hiciese.

—Joder, Alex, te juro por lo más sagrado que no la he engañado. Tú mejor que nadie sabes que nunca he mirado a esa mujer de otra manera que fuese asco. —Me fui a vestir porque tenía que llegar a nuestra casa cuanto antes.

No podía dejar que Blanca siguiera viendo esa basura y se le metieran más cosas en la cabeza de las que ya debía de tener.

—Te creo, no te preocupes; seguro que Blanca te escucha y te cree. —Eso no se lo creía ni él.

—Sabes que no va a ser tan fácil —me vestí rápido—, pero te juro por lo más sagrado que voy a hacer que me crea, como si me cuesta la misma vida.

—Por lo que veo nos vamos —dijo cuando me vio salir de la habitación, cogiendo mi cartera de camino a la salida.

—No sé si tú vienes o te quedas, pero yo me voy ahora mismo.

Salimos del piso cerrando la puerta con llave a mi salida.

De camino al aeropuerto llamé para que fueran preparando el avión; en cuanto llegué, ya estaba listo para despegar.

Era poco tiempo de vuelo, pero aun así se me hizo eterno. Tenía unas ganas desesperadas de llegar, de verla, de mirarla a los ojos y hablar con ella. Sabía que había mucho que aclarar, aunque yo no tuviera ninguna culpa.

Alex no se bajó del coche cuando el chófer me dejó en la puerta de casa; entendía que esto era un asunto que tenía que tratar yo solo con ella, que aquí no había cabida para terceras personas.

—¿Nena? —la llamé entre pregunta y preocupación.

Era cerca de media mañana; no la veía, por lo menos por esta planta. No creía que hubiera ido a trabajar, pero también lo podría haber hecho para

distraerse.

Subí para ver si estaba en nuestra habitación. Al entrar, vi un montón de ropa encima de la cama; al ver todo aquello, la presión en el pecho se hizo mucho mayor de lo que ya era.

—Blanca —salió del vestidor—, ¿qué estás haciendo?

Fue una pregunta tonta; estaba más que claro lo que estaba haciendo, pero necesitaba que me lo confirmara.

—Me voy, Nico. Por lo que he visto, no he sido suficiente para ti —dijo con lágrimas en los ojos—. Pensé que sí lo era, pero me he dado cuenta de que no, y lo siento mucho. Pero no quiero estar al lado de un hombre que no me quiere como me merezco.

—No ha sido lo que piensas, te lo prometo. —Me acerqué dando un paso hacia ella—. No nos hagas esto, Blanca; no me dejes, no cuando lo eres todo para mí.

Intenté cogerle la mano, pero no me dejó.

No me apartó con un manotazo ni hizo ningún movimiento brusco; aun así, no me dejó tocarla.

—No me digas eso cuando yo misma he visto esas fotos. No me vayas a decir que son un montaje, porque sé perfectamente que no lo son. —Sollozó con fuerza—. Te he querido como jamás llegaré a querer a otro hombre, pero no puedo dejar que me engañes.

—No es un montaje ese beso, pero yo no lo di; fue ella. Y es verdad que eso sale en las fotos, pero te prometo que la aparté rápido; solo fue un roce de labios, no hubo nada más. —Joder, me tenía que creer, no la podía perder.

—Te llamé mil veces y no me contestaste a ninguna llamada. Me moría de ganas de hablar contigo porque tenía que decirte algo que creía que sería importante para ti. —Se sentó en el filo de la cama, parecía derrotada—. Aunque ahora creo que me equivoqué.

—Nena, por favor; te lo prometo, te quiero más que a mi vida. Desde que estoy contigo no se me ha pasado por la cabeza estar con otra; lo eres todo para mí, tienes que creerme. —Me arrodillé delante de ella.

»Había quedado con mi padre para cenar a solas; cuando llegué allí me encontré con todos los que estaban allí; casi no me dio tiempo a llegar cuando esa mujer se me echó encima.

»Te juro que la aparté rápidamente, pero se ve que entre ella y mi madre lo tenían todo planeado con el fotógrafo, porque sacó la foto justo en el momento.

—Lo siento, Nico, pero no te puedo creer, no después de saber cómo tú eres. —Eso dolió.

—Con eso me estás diciendo que no me crees, que siempre has tenido esa opinión de mí, y si es así, no entiendo por qué has estado conmigo. —Me levanté del suelo—. No me quieres y nunca me has querido, no como tú me has hecho creer; de lo contrario, confiarías en mí por encima de todo.

»Creo que en el tiempo que llevamos juntos te lo he demostrado de sobra. —Me di la vuelta; en esos momentos no era capaz ni de mirarla a la cara—. Te dije millones de veces que no creyeras lo que se dijera de mí.

—No digas que no te quiero, porque te quería incluso antes de conocerte y estar contigo.

—Eso no era amor, era obsesión. Amor es estar al lado de tu pareja, escucharlo y creerlo cuando te está hablando con el corazón, mirarlo a los ojos y ver en ellos que te dice la verdad. Pero por lo que veo, tú no ves nada de eso en mí. —Me di la vuelta para mirarla de frente.

»Si tan claro tienes que no quieres estar conmigo, no te lo voy a impedir. Por mí te puedes quedar en esta casa; el que se va soy yo. —Metí las manos dentro de los bolsillos del pantalón.

»Lo que sé que te voy a prometer es que voy a demostrar que te he dicho la verdad. Puede que no valga para nada, pero por lo menos no voy a quedar como un cabrón cuando no lo soy.

La veía llorar y con cada lágrima que derramaba sentía que el corazón se me paralizaba; el dolor que ella estaba sintiendo ahora mismo era el mismo que me estaba atravesando a mí.

—No me puedo quedar aquí, no cuando es tu casa. Me voy a ir a la casa de mi madre. —Se levantó de la cama y fue a su bolso—. Antes de irme te tengo que decir una cosa.

»Me enteré ayer y por eso te llamé tantas veces, para decírtelo. —Vi que sacaba un sobre y de él un papel; desde donde estaba parecía una foto—. Lo que hagas cuando lo sepas es tu decisión; yo no te lo voy a ocultar, tienes derecho a saberlo.

Con las manos temblorosas me entregó esa «foto», que no era una foto; eso estaba claro.

—Estoy embarazada de mes y medio. Son dos bebés.

El aire se me quedó atascado en el pecho; no lograba que llegara a mis pulmones. Sentí que todo a mi alrededor dejó de existir para solo hacer visible la imagen que tenía entre las manos.

—Dios, no me lo puedo creer. Por eso has estado rara últimamente. —No sabía si sentirme feliz porque iba a ser padre o, por el contrario, sentirme más devastado porque no podría estar al lado de ellos tres como a mí me gustaría estarlo—. ¿Ni por ellos eres capaz de creerme? ¿Me vas a apartar de sus vidas y de la tuya como si nunca te hubiera importado?

Sabía que mis palabras le estaban doliendo mucho; necesitaba que reaccionara y que luchara por lo nuestro.

—Nunca te alejaría de ellos. Siempre vas a ser su padre y estarás tan presente en sus vidas como quieras estarlo. Te juro que nunca sería capaz de hablar mal de ti, mucho menos a nuestros hijos. No sería capaz de hablar del hombre al que amo más que a mi propia vida.

—Entonces, si tanto dices que me quieres, ¿por qué nos haces esto? Te estoy diciendo que voy a demostrar que todo ha sido cosa de ellas dos. —No lo soportaba más; no podía no abrazarla e intentar consolarla.

—Solo necesito tiempo, Nico. —Al menos se dejó abrazar—. Ahora mismo no puedo estar contigo pensando que has besado a otra, mientras yo me moría de preocupación al no saber nada de ti.

—Nena, por favor, no te vayas, no me dejes. —Estaba haciendo todo lo posible para que no se me saltaran las lágrimas.

Por lo menos la convencí para que no se fuera de casa. Si necesitaba unos días, se los iba a dar, porque durante esos mismos días me iba a encargar de dar con el fotógrafo que hizo la foto; y cuando diera con él, se iba a encargar de decir, en una nota de prensa, que todo había sido planificado y por quién había sido.

Capítulo 26



Blanca

Nico se había ido de casa porque así lo decidió cuando le dije que me iba. No quiso que lo hiciera. Me dijo que esta casa era mía y de nuestros hijos; que, aunque decidiera no seguir con él, de aquí no iba a salir yo.

No sabía dónde se había ido. Me llamaba todos los días para preguntarme cómo estaba. Yo no le pregunté dónde estaba; hablaba lo mínimo, no solo con él, sino con todo el mundo.

Me había encerrado en mí misma y ahora no quería saber nada de nadie.

No podía ni con mi cuerpo, y mucho menos con mi alma.

Me tiraba las horas debatiéndome entre creerlo o no. Había momentos en los que tenía la sensación de que mi corazón y mi cabeza estaban en guerra. Pensaba en todo lo que habíamos vivido desde que empezamos, en cómo Nico siempre había estado a mi lado, incluso cuando yo era la que dudaba de mí misma. Recordaba esas noches en las que, sin decir nada, él me abrazaba porque sabía que algo dentro de mí no estaba bien. Y entonces me sentía una miserable, porque ¿cómo podía poner en duda a alguien que me había demostrado tanto? Pero luego miraba esa imagen, ese beso maldito, y todo se me venía abajo otra vez.

En esos momentos solo sabía que necesitaba estar sola; que nadie me llamara, que nadie viniera a verme. Y sabía que si me quedaba en esa casa, tarde o temprano la primera que se iba a presentar sería Valentina.

Todavía no había sido capaz de hablar con ella, aunque estaba segura de que se había enterado de todo; sobre todo porque era algo de lo que se había hecho eco todo el mundo. Eso por no decir que Alex estaba viviendo con ella, así que, como era normal, había intentado ponerse en contacto conmigo muchísimas veces.

Solo fui capaz de mandarle un simple mensaje unos días después para decirle que necesitaba un poco de tiempo; que en cuanto me encontrara mejor, yo misma sería quien la llamaría para vernos.

Aunque me dijo que me entendía, todos los días insistía en llamarme una vez. No se lo cogía; simplemente le escribía que todavía no estaba bien.

Los días iban pasando y yo seguía igual. Cada día que pasaba parecía una muerta viviente. No estaba comiendo nada, no dormía prácticamente. Solo me dedicaba a deambular por la casa como si fuera un fantasma.

Sabía que todos estaban preocupados por mí, pero sentía tanto dolor en mi interior que no era capaz de pensar en lo que ellos sentían. Lo único que conseguía calmarme un poco era pensar en esas dos personitas que estaban creciendo en mi interior.

Todos los días pensaba en Nico; no se me iba de la cabeza en ningún momento. Pensaba si estaría bien o mal… que sí, que me llamaba, pero como no me atrevía a preguntarle, no tenía ni idea de su estado.

De la prensa me olvidé por completo; desinstalé Instagram del móvil para no ver nada, y en las noticias no entraba. Así que no sabía si seguían hablando o no.

Porque sabía que, después de esas fotos, pasé a ser la cornuda del año. Ese era uno de los mayores miedos que tuve al empezar con él. No porque me llamaran así, sino por estar en boca de todos; y ya se sabe que hoy en día, nos guste más o menos, los *haters* están a la orden del día y su mayor misión es hacer daño para sentirse mejor con ellos mismos, aunque para ello implique destilar odio en cada palabra que escriben o dicen.

Y era precisamente eso con lo que no era capaz de lidiar. Que hablaran mal de mí me dolía; pero no por mí, sino por el dolor que podía ocasionar a las

personas que me querían, sobre todo a mi madre.

Hubo muchos comentarios, y muy hirientes. Por criticar, lo hicieron hasta con la muerte de mi hermano y la posterior huida de mi padre; se metieron conmigo por mi profesión.

Dolía, y mucho. Por eso quité las redes sociales del móvil. Prefería no ver nada, aunque me siguieran criticando. Hice algo así como el dicho que dice: «ojos que no ven, corazón que no siente».

Pero claro, no ver no significaba no sentir. Porque podía borrar redes, apagar el móvil, cerrar cortinas, pero no podía desconectar mi corazón. Y cada vez que pensaba en lo que estábamos perdiendo, sentía como si me arrancaran algo del pecho. Me repetía una y otra vez que estaba protegiéndome, cuando en realidad lo que hacía era esconderme. Huir. Porque enfrentarme a ese dolor era demasiado para mí.

Eran pequeñas cosas que se me habían acumulado, y quizás mi mente y mi resistencia habían dicho hasta aquí.

—Abre la puerta o llamo a un cerrajero. —Escuché gritar a Valentina desde fuera—. Te juro que va en serio.

Como la conocía tan bien y sabía que lo decía de verdad, me levanté del sofá, que era donde estaba tumbada, y fui a abrir.

—¿Qué coño te pasa por la cabeza? ¿Desde cuándo te escondes como una rata? Joder, Blanca, que nos tienes a todos preocupados. —La conocía, y sabía que antes de acercarse a mí para abrazarme tenía que soltar todo lo que llevaba dentro—. ¡Qué mala cara tienes, capulla!

Abrió los brazos, y ese fue el pistoletazo de salida para refugiarme en ellos y soltar todo lo que sentía.

Mira que llevaba días llorando, pero como lloré en esos momentos abrazada a mi amiga, no lo había hecho ni de lejos.

Y es que no sabemos la falta que nos pueden hacer los seres queridos hasta que lo vemos. Quise llevarlo yo sola diciéndome que no me apetecía ver o

estar con nadie, cuando en el fondo sabía que lo había hecho para no romperme de la manera en la que lo estaba haciendo con el abrazo de Valentina.

—Vamos a sentarnos; creo que en cualquier momento te puedes caer redonda al suelo. —Me llevó al sofá cogida por los hombros—. ¿Por qué has hecho esto? Y no me digas que es por lo de Nico, porque en el fondo sabes que lo que te ha dicho es verdad.

—¿Sabes la de cosas malas que han dicho de mí? —La prensa no; ellos me respetaban. Yo hablaba de los *haters* que encuentras por redes.

—¿Desde cuándo les das a esas personas el poder de dominarte o de dirigir tu vida? —No era capaz de mirarla a la cara—. En vez de apoyarte en todos nosotros, nos has apartado.

—No he sabido cómo manejar todo esto. —Reconocí—. Todo me ha venido muy grande; creo que me he dado cuenta de que, en el fondo, no estoy preparada para estar con un hombre como Nico.

—Para de decir tonterías. ¿Un hombre que te ama? ¿Un hombre que desde el principio ha estado a tu lado? ¿De verdad no estás preparada para estar con el padre de tus hijos, aunque os améis? —El único que le había podido decir que estaba embarazada era Nico.

»Sí, nos lo ha dicho. Ayer vino a casa y nos lo contó. Blanca, tendríais que estar celebrando que vais a ser padres y estás dejando que toda esa alegría os la roben unas personas que ni siquiera conoces… o las dos hijas de puta esas.

—Lo siento, de verdad siento haberos hecho pasar por todo esto. No sé qué me está pasando; sé que no soy así. Que si hubiera estado bien, me hubiera plantado en Madrid y hubiera cogido a esas dos por los pelos y las hubiera paseado desde el kilómetro cero hasta llegar aquí.

—¿Y qué estás haciendo aquí en vez de estar allí dejando las cosas claras? ¿Sabes que Nico ha salido diciendo que todo ha sido un montaje? —Nico no solía hablar con la prensa; nunca le había gustado dar explicaciones de su vida privada.

»Y no solo eso… Su padre también ha salido diciendo cómo pasó todo ese día. En el fondo me da pena ese hombre, porque quiere tanto a su mujer que se dejó manipular por ella en contra de su hijo…

»Aunque ha reconocido que sí accedió a engañar a Nico para que fuese al restaurante, también ha afirmado que no tenía conocimiento de lo que habían planeado esas dos.

—¿Cuándo ha pasado todo eso?

—Esta mañana. Y no solo eso. Ha dado con el fotógrafo y le ha puesto una demanda por no sé qué de hacerle fotos dentro del restaurante sin su consentimiento. —Se explicaba como un libro cerrado.

»No sé las palabras exactas que dijo Nico, pero por lo visto a ese hombre le puede caer una bien grande, porque los dueños del restaurante no dieron su consentimiento para que hiciera fotos dentro.

—Le hice daño cuando le pedí tiempo, lo vi en sus ojos. Dudé de él… y eso es algo que le ha dolido mucho. —Me limpié unas lágrimas que se me habían escapado—. Me llama todos los días para preguntarme cómo estoy, pero desde que se fue no me ha vuelto a decir que me quiere… ni que vuelva con él.

—Es normal, Blanca. Él lo ha dejado casi todo por ti. Lo mínimo que se merecía era que creyeras en sus palabras. Se supone que la persona que te ama sabe reconocer cuando mientes o no, y tú no lo hiciste. —Me tapé la cara escuchando esas palabras. Me hacían mucho daño, pero era porque eran la pura verdad—. Deberías haber estado a su lado, y afrontar esto los dos juntos.

—Valen, no estoy bien… Creo que han sido muchas cosas seguidas y no he sabido llevarlas. Entre el estrés de la mudanza, la boda de mi madre, el embarazo, encima dos… y después lo de ese beso. —Me arrepentía tanto de haber reaccionado así—. Y ahora creo que es demasiado tarde para nosotros.

—No digas tonterías. Demuéstrale cuánto lo quieres y todo lo que lo necesitas… bueno, más bien cuánto os necesitáis. Y ahora dime, ¿por qué no me has dicho que voy a tener dos sobrinitos? —Al hablar de los bebés se le dibujó una sonrisa en el rostro, y esa sonrisa me contagió.

—Si te digo la verdad, cuando me enteré del embarazo, te juro que no me lo esperaba. Fui al médico pensando que podría haber cogido un virus o algo, pero nunca hubiera imaginado que estaba embarazada, mucho menos que venían dos. —Me toqué el vientre, pasando mi mano lentamente por encima —. Me pilló tan de sorpresa que todavía creo que no soy consciente del todo.

—¿No te has hecho otra revisión? —negué—. Pues mal hecho; ahora mismo vamos a buscar un ginecólogo e ir.

—No, Valen. Creo que en el fondo no lo he hecho porque esto es algo que tengo que vivir junto a Nico. Él tiene que estar presente en la próxima ecografía.

—Y va a estar delante, porque cuando tengamos cita lo vas a llamar y se lo vas a decir. Estoy segura de que dejará de lado lo que esté haciendo para ver a sus hijos.

Mi hermana —porque para mí lo era— me había ayudado tanto que ni ella misma sabía cuánto. Sobre todo, me devolvió la fuerza que pensaba que había perdido.

Estuvimos hablando toda la tarde. Me ayudó a buscar un buen ginecólogo. Me ayudó a hacer algo que nunca pensé que haría, pero que era necesario.

Sí. Grabé un vídeo en el que dejé salir todos mis sentimientos. Hablé de lo que había pasado, de cómo me había sentido, del daño que podían hacer los comentarios, pero sobre todo hablé de cuánto quería a Nico; de que era el hombre de mi vida; de que lo quería por encima de todo.

Hablé de todo menos de mis bebés. Eso solo se quedaría para la familia, por lo menos hasta que fuese imposible de ocultar.

Cogí valor y llamé a Nico. Le pedí que viniera a casa cuando quisiera o pudiera. Lo hice con temor; con miedo a recibir un rechazo por su parte… y si lo hacía, de verdad que lo entendería. No había estado a su lado. Había dudado de él cuando era verdad que dejó casi su vida de lado por estar conmigo.

Desde que habíamos empezado, siempre había estado junto a mí, y para una sola vez que teníamos que haber estado más unidos, yo lo había echado de mi lado.

Me dijo que en media hora estaría aquí. Eso era buena señal, ¿verdad? Por lo menos eso era lo que me repetía mientras lo esperaba.

Estaba en la cocina bebiendo un vaso de agua cuando escuché como abría la puerta de casa con sus llaves. No sabía cuánto había echado de menos ese sonido hasta ahora.

—Blanca. —Siempre que entraba era «nena», no mi nombre. Eso me desanimó un poco, pero no iba a perder la esperanza.

Salí a su encuentro. En cuanto lo vi, me di cuenta de que él tampoco había estado pasándolo nada bien.

—Hola. —Por un momento me quedé sin saber qué decir, pero después reuní fuerzas para no andarme con rodeos—. Necesito que me perdones por haber dudado de ti, por haberte pedido tiempo. —Mientras hablaba, lloraba a mares.

»Te amo más que a nada y me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti, de que te necesito más que a nada en este mundo. —Él seguía de pie, escuchando cada palabra, sin decir nada—. Sé que no merezco que me perdones, no después de que tú lo has dado todo por mí, pero te lo pido por favor.

»Ahora soy yo quien te ruega que lo hagas. —Di un paso hacia él con la esperanza de que abriera los brazos y me dejara refugiarme—. Te prometo que nunca más voy a dudar de tus palabras. Pero por favor, déjame estar a tu lado; no creo que pueda vivir sin ti.

—No te voy a dejar vivir sin mí, porque yo también te quiero, Blanca, y no sabes hasta qué punto lo hago. —En ese momento abrió los brazos y me dejé abrazar por él… por el hombre más importante que había tenido nunca. Lloré sobre su pecho: lloré por el miedo de haber perdido esto que teníamos, y también lo hice de alegría, porque me estaba perdonando.

»Tú y los bebés sois lo más importante que tengo en la vida; todo lo demás me da igual. No tienes que pedir perdón porque no tengo nada que

perdonarte; entendí tu reacción. —Me dio un beso en la frente—. Lo único que me importa es que te has dado cuenta de que te amo, y con eso me basta.

»No soporto verte así, nena; no puedo verte llorar de esta manera, y te prometo que no lo vas a hacer más, porque yo me voy a encargar de ello. —Levantó mi rostro para limpiarme las lágrimas—. Vamos a dejar todo esto atrás, porque nos lo merecemos y se lo merecen nuestros hijos.

»Te prometo que a partir de hoy solo vamos a tener alegrías; las penas y los malos momentos se han terminado.

Me besó; lo hizo con amor, con ternura, demostrando en ese beso todo lo que sentía por mí. Dejando claro que todas las palabras que había dicho iban en serio; que no pensaba dejar que lo nuestro se terminara.

Nos hicimos el amor, porque lo necesitábamos; porque era una de nuestras formas de demostrarnos cuánto nos queríamos. Dejamos que nuestros cuerpos hablaran por nosotros.

Hablaron nuestros besos, nuestras caricias y nuestras miradas. Nos amamos tiernamente, con lentitud, con mimo, con amor y con mucha pasión.

La noche nos llevó al día sin dejar de besarnos y sentirnos, y solo salimos de casa porque teníamos que ir a ver a nuestros bebés.

Ese momento, en el que se escucharon los latidos de ambos, mientras Nico me tenía cogida de la mano, fue el más bonito que había vivido en mi vida.

No sabía si lloró más él o yo. Sentí cómo me temblaban las manos mientras él seguía mirándolos en la pantalla, como si temiera que dejaran de existir si apartaba la vista. Me pregunté cuántas veces, a partir de ese día, lo vería así: vulnerable, feliz, emocionado… padre. Y fue entonces cuando entendí que pase lo que pase, él iba a estar ahí.

No creo que nunca se me olvide su reacción al ver por primera vez a sus hijos. No hizo falta que dijera palabra: sus ojos fueron los que hablaron, y lo que dijeron fue más fuerte que cualquier frase.

—Te amo, nena. Y a nuestros hijos también. —Me dio un beso que me llegó a lo más profundo del corazón.

—Yo también te amo, cariño.

Estaba segura de que a partir de ese momento todo nos iría bien.

Esperar, que no… no soy tonta y sé que todo en la vida no es de color de rosa, y que me iba a encontrar muchas piedras por el camino. Pero si durante ese camino tienes a alguien que te tiende la mano y te ayuda a saltar todas y cada una de esas piedras, todo es más fácil.

Sí, también sabía que mi relación con Nico no iba a ser siempre de risas y buenos momentos, pero estaba segura de que sabríamos cómo manejar cada situación, porque los dos habíamos aprendido la lección. Yo tenía claro que antes de actuar me iba a detener a escuchar, porque eso es lo que deben hacer las parejas: hablar, escuchar al otro y, sobre todo, entenderlo.

Estaba segura de que nuestra vida iba a estar plagada de buenos momentos, así que lo demás me daba igual. Que viniera lo que fuera, porque yo estaría aquí esperando, y lo más importante: lo esperaría cogida de la mano de mi chico y respaldada por todas las personas que me querían.

Capítulo 27



Nico

Por mucho que lo negara, me daba cuenta de que Blanca estaba rara. Estaba actuando como si nada pasara; a ojos de cualquiera podría parecer que todo estaba bien, pero para mí, que la conocía a la perfección, no.

Y sabía que estaba aguantando para no fastidiar el cumpleaños de Valentina, y sinceramente, por mí se podía ir a la mierda el cumpleaños o lo que fuese, porque lo único que me importaba era mi mujer.

Sí, porque, aunque no nos habíamos casado, para mí era mi mujer.

La veía que, de vez en cuando, se pasaba la mano por encima del vientre y de ahí la llevaba a la zona de los riñones; también se le escapaba alguna que otra mueca.

Estaba seguro de que estaba teniendo contracciones y la cabezona se negaba a dar su brazo a torcer y decir la verdad.

—Nico, mi hija está de parto —me dijo Lina cuando se puso a mi lado sin apartar la mirada de su hija.

—Lo sé, por eso no le quito la vista de encima, pero ya sabes lo cabezota que es —resoplé—. Le he preguntado y lo niega; estoy seguro de que hasta que Valentina no sople las velas no va a decir nada.

—Pues tendremos que hacer que sople las velas ya —dijo su madre.

—Habla con ella antes de que tu hija tenga a los míos en mitad del jardín con todos mirando. —Me crucé de brazos mirando a mi chica.

—Hijo, que una cosa es que se ponga de parto y otra muy distinta es que los tenga tan rápido; eso no es coser y cantar. —Otra que tampoco se lo tomaba en serio.

—Conociendo a mi mujer, no puedo esperar que sea como el parto de la mayoría de las mujeres, y me parece mentira que no te lo tomes en serio —le dije mirándola con la ceja levantada.

—Si sabes cómo es, también sabrás que no puedo hacer nada. En todo caso, el único que lo puede hacer eres tú.

Estábamos en el hotel, como he dicho antes, celebrando el cumpleaños de su mejor amiga y, aunque sabía que desde la noche anterior no se encontraba cómoda, no había dicho nada.

Sí, sé que diréis que con dos niños en su interior y a punto de tenerlos no estaría cómoda ella ni nadie, pero lo que yo quería decir era que, desde la noche anterior, esa incomodidad era distinta.

—Blanca no está bien. —*Anda, mira qué audaz era Alfredo también*, pensé con ironía.

—Amor, ya nos hemos dado cuenta —le contestó su mujer.

—Solo lo estoy puntualizando —nos dijo.

—Pues a ver si tú tienes más suerte que nosotros y te hace caso —le dije —. Ve y dile que nos tenemos que ir al hospital. —No era mi intención que sonara a orden, pero es que estaba de los nervios.

—Ay, qué feliz soy, no sabéis las ganas que tengo de tener a mis niños entre mis brazos —dijo mi suegra, como si ella fuese la única que tenía ganas de ver a mis hijos.

Eran dos niños los que íbamos a tener y para los dos estuvimos de acuerdo en sus nombres. A ella le hacía mucha ilusión que uno de ellos se llamara

como su hermano, así que uno se llamaría Saúl. Con el nombre del otro lo tuvimos que pensar un poco más hasta que dimos con el que nos gustó, así que mi otro hijo se iba a llamar Samuel.

Y si mi suegra tenía ganas de ver a sus nietos, no se podía ni imaginar las ganas que tenía yo.

Desde que Blanca y yo solucionamos nuestros problemas, todo nos había ido más o menos bien, y no lo digo por nuestra relación; lo decía porque durante los primeros meses mi madre y mi padre me siguieron dando por culo.

Con mi madre, como ya sabéis, estaba todo más que muerto, y con mi padre, aunque intentó arreglarlo después, no se lo pude perdonar. No porque no quisiera, sino porque no iba a valer de nada si él seguía atado a esa mujer. Y es que yo digo que tú puedes querer mucho a tu pareja, estar enamorado de ella, pero una cosa era eso y otra muy distinta la obsesión enfermiza que tenía mi padre por esa mujer.

Así que no: no iba a mantener contacto con él y mucho menos iba a permitir que conociera a mis hijos. Porque si conmigo, que era su hijo, se habían comportado así, con mis hijos sería mucho peor. Y antes de que permitiera que pasara algo así, tendrían que matarme.

Y no, no sentía pena por haber roto para siempre con esa parte de mi vida. Todo lo contrario: para mí fue un alivio.

¿Cómo me dejaron de molestar? Porque los denuncié. Todos sabemos que, por suerte o por desgracia, el dinero mueve montañas, y yo utilicé parte del mío para hacer que no se acercaran a mí ni a ninguno de los míos.

Desde entonces no sabía nada de ellos y mi vida por fin era tranquila y en paz sin que nadie me molestara, y con eso ya tenía parte de mi felicidad; porque, joder, no os imagináis lo bien que se vive cuando te quitas de en medio a personas que no valen nada.

—Blanca está de parto —dijo Antonia cuando llegó a nuestro lado.

—¿De verdad vais a venir de uno en uno con lo mismo? —pregunté resoplando—. ¿Por qué no hacéis nada?

—Coño, cuñado, hazlo tú, que para eso es tu mujer y tus hijos. —Puse los ojos en blanco al escuchar al que faltaba.

—Gabriel, no me toques la moral. ¿Te crees que es fácil convencerla?

—No, la verdad es que no. Yo creo que hasta que no vea asomar la cabeza de su hijo no admitirá que está de parto. —Encima venía con cachondeo.

Volví a mirar hacia donde estaba Blanca. En ese momento me di cuenta de que se llevó una mano a sus partes después de que se formara un charco de agua a sus pies.

—A tomar por culo —dije de camino a donde estaba la cabezota esa que iba a acabar conmigo de un jodido infarto.

Los sentí salir corriendo a todos detrás de mí; vamos, que aquello parecía una jauría de lobos que iban en busca de su presa.

—Nena, nos vamos —le dije cuando llegué a su lado.

—¿Por qué? Si estoy bien. —La madre que la parió.

—¿Cómo dices que estás bien si acabas de romper aguas y llevas todo el día con dolores? —Sonó a pregunta, pero en realidad era una afirmación.

—No he roto aguas. —La miré incrédulo.

—Hija, no digas eso, que todos estamos viendo el charco de agua que tienes a tus pies —le dijo su madre.

—¿Esto? Qué va, no he roto aguas; lo que pasa es que tenía ganas de hacer pis y no aguantaba a llegar al baño. —Madre mía, iba a necesitar kilos de paciencia.

¿De verdad pensaba que la íbamos a creer? Solté un resoplido que estaba seguro de que se tuvo que escuchar por todo el hotel.

—Blanca, no me jodas, que estoy a punto de perder los nervios. —Y lo notó en mi mirada, porque estaba diciendo la verdad.

—Hasta que Valentina no sople las velas no me muevo de aquí. —Nada, que seguía en sus trece.

—Niña, más vale que te vayas al hospital, o los que van a terminar soplando las velas van a ser tus niños —le dijo Ana.

—Valentina, sopla las velas de una vez para que me lleve a Blanca. —Madre del Amor Hermoso, que estaba que me iba a dar algo.

Al final se tuvo que hacer tal y como ella dijo; vamos, que hasta tuvimos que cantar el cumpleaños feliz de los cojones.

—Creo que no vamos a ir al hospital. —Vi cómo cruzaba las piernas.

—¿Qué dices, loca? —le dijo su amiga.

—Alfredo, más vale que llames a Ernesto, porque el primer niño está aquí. —Hostia, si es que lo sabía. ¿Cómo era posible que hubiera estado tan normal y sin dolores fuertes?

—La madre que me parió. —La cogí en brazos comenzando a caminar hacia dentro del hotel—. Te juro que ahora mismo no sé lo que haría contigo. Mira que te gusta llevarme al límite. —Le di un beso rápido en los labios y otro en la frente.

—Y lo divertida que es tu vida desde que he entrado en ella —dijo sonriendo.

—No te haces una idea de cuánto lo es. —Apoyó la cabeza sobre mi pecho —. Dime que estás bien, dime que puedes hacerlo aquí y que a ti y a los niños no os va a pasar nada.

—Cariño, te prometo que estoy bien; no tengo apenas dolores. —Llegamos a la consulta del médico; menos mal que ya nos estaba esperando.

La metí dentro y la ayudé a quitarse la parte de debajo de la ropa.

—Eh, ¿dónde creéis que vais? —Escuché que preguntó—. Por aquí no pasa nadie; vosotros esperad ahí fuera, que la ambulancia no creo que tarde mucho en llegar.

Cuando Blanca se tumbó en esa camilla y puso los pies en los estribos, miré un segundo entre sus piernas y os juro que el corazón se me paró en el acto.

Se veía asomar la cabeza de uno de mis hijos. Madre mía, lo que podía dar de sí esa parte de su cuerpo. Sentí que me mareaba y todo.

—Joder, nena, que el niño ya está aquí. —La dejé un momento en la camilla y salí en busca del médico—. Entra de una vez, que la cabeza de mi primer hijo está fuera —le dije cogiéndolo del brazo y metiéndolo dentro.

—Sí que es rápida esta mujer —dijo riendo, y a mí no me hacía ni puta gracia—. Bien, veamos cómo van estos quistes. —Lo miré como diciendo de qué cojones estaba hablando—. Oh, ¿no te lo ha contado? Cuando le dije que estaba embarazada de dos, no me creía y decía que estaba equivocado, que lo que salía en la ecografía eran dos quistes.

—Cariño, no me mires así; es que no me podía creer lo que me estaba diciendo —me dijo cuando la miré incrédulo—. Anda, ven y dame la manita, que te necesito. —Desde luego que sabía cómo ganarme.

—Blanca, en cuanto tengas ganas de empujar, avísame y hazlo.

Ernesto le fue dando indicaciones de cuándo tenía que empujar y cuándo tenía que detenerse.

—Antes no dolía, pero ahora duele de cojones —resopló. Estaba sudando a mares.

—Para la próxima ya sabes que no hay que esperar tanto. —Le sequé el sudor de la cara.

—Cariño, te puedo asegurar que por aquí lo único que va a volver a pasar es que va a entrar tu cosita, pero salir no va a salir nada —dijo en medio de un

jadeo; esta vez no era de placer, eso os lo puedo prometer—. El primero en nacer recuerda que es el que se va a llamar Saúl.

Desde que habíamos decidido los nombres, también decidimos que para no equivocarnos, el primero en nacer sería el que se llamaría como su hermano.

—Lo sé, vida —le contesté.

De buenas a primeras sonó el llanto desesperado de mi hijo. Ernesto lo cogió con mucho cuidado y se lo puso a Blanca sobre el pecho.

Fuera de la consulta se podían escuchar los gritos de felicidad de todos nuestros amigos y familiares.

En ese instante se abrió la puerta de la consulta y por ella entraron los médicos de la ambulancia, pero como faltaba el segundo por nacer, decidieron asistirla allí mismo, y cuando mi hijo hubiera nacido, la trasladarían al hospital.

Samuel se hizo de rogar un poco más que su hermano; para ser exactos, se hizo de rogar dieciocho minutos.

—Gracias por darme esta vida, nena —le dije antes de que la cambiaran de camilla para trasladarla.

—¿Ves cómo al final cacé al CEO? —Me hizo un guiño esbozando una sonrisa.

—Ahora falta que nos casemos, para que me caces del todo. —Llevaba a cada uno de mis hijos en mis brazos envueltos en unas mantas.

—Uy, mejor no; con la boda de mi madre ya tuve más que suficiente. —Le había pedido que se casara conmigo unas cuantas veces y siempre me decía lo mismo.

Que un simple papel no nos iba a condicionar como pareja, que para ella yo era su marido y que, por lo tanto, lo que sentía prevalecía por encima de una firma.

Sabía que tenía razón, pero yo quería que nos casáramos para que, si algún día a mí me pasaba algo, ella estuviera totalmente cubierta.

No tenía prisa y sí mucha paciencia. Sabía que tarde o temprano se casaría conmigo, como si en la boda solo estuviéramos nuestros hijos y nosotros solos, pero lo iba a conseguir, porque si ella era cabezota, yo también lo era.

En cuanto salimos de esa consulta, todos se nos echaron encima para felicitarnos, pero sobre todo para ver a los niños.

Ese sentimiento tan grande que sentía por ella y por mis hijos no se iba a poder comparar con nada, de eso estaba seguro.

A mi suegra le faltó tiempo para quitarme a uno de mis hijos y el otro me lo robó Valentina.

Cualquiera no las dejaba que los cogieran; vamos, serían capaces de arrancarme los brazos.

Blanca estuvo en el hospital un día; vamos, que antes no pudieron echarla para la casa. Estaba bien y los niños también.

Ese día, al llegar a casa, estaban todos allí esperando para darnos la bienvenida. En realidad, nosotros les importábamos poco, porque las atenciones se las llevaron todas los niños.

Los pobres parecían unas bolas de pimpón pasando de unos brazos a otros.

—A ver si por las noches, cuando lloren o haya que cambiarles los pañales, también os peleáis por cogerlos —dijo mi chica en voz alta para que todos la oyeran.

—No fastidies, hermana, que eso es cosa de los padres. —Gabriel la solía llamar hermana cuando estaba bromeando—. Los tíos y abuelos estamos para mimarlos.

—Por tonto vas a ser el primero en cambiarle el pañal a Samuel. —Le entregó a mi hijo.

Esa fue más o menos la sintonía del día. Una en la que me paraba a mirar y pensaba que, puede que yo no hubiera tenido nada de esto cuando era un niño, pero a mis hijos no les iban a faltar personas que los quisieran por encima de todo.

Podía estar tranquilo al pensar que, si alguna vez a su madre y a mí nos pasaba algo, ellos iban a tener quien los cuidara y protegiera.

Con ese pensamiento y una sonrisa, me senté al lado de mi mejor amigo, dispuesto a disfrutar de una buena cerveza.

Epílogo



Blanca

Doce años después…

No me podía creer dónde estaba. ¿Cómo me había dejado convencer si yo lo tenía más que claro?

Tonta, no lo tendrías tan claro cuando estás aquí y de esta guisa, me dije, mirándome al espejo.

Sí, aquí estaba, el día en el que le iba a dar el «sí, quiero» al hombre de mi vida y padre de mis dos bichos.

Desde que me quedé embarazada era raro el día en el que no me pidiera que me casara con él; mi respuesta siempre era la misma.

Que no creía que el amor necesitara la firma de un papel, y, sin embargo, aquí estaba, doce años después de que nacieran mis hijos, a punto de salir hacia el altar con Samuel a un lado y Saúl al otro.

Ellos iban a ser los que me llevaran de la mano hasta donde nos esperaba su padre.

¿Os preguntaréis qué había sido de nosotros durante estos doce años? La verdad es que no había sido mucho; vamos, más o menos como podían haber sido vuestras vidas, con nuestros más y nuestros menos.

Pero como yo sé que lo que queréis saber es qué había sido de todos mis seres queridos, os lo contaré. Para que después no digáis que no os quiero.

Pues venga, haceos un cafecito o echad una copa de vino o bebed lo que os apetezca; la cuestión es que os pongáis cómodas para que me leáis en condiciones.

Vamos allá. ¿Por quién empiezo? Sí, creo que voy a empezar por mi madre y Alfredo.

Pues veréis, ellos seguían felizmente casados. Hasta ahí todo bien, ¿verdad? Lo que no nos esperábamos ninguno fue la sorpresa que nos dieron hace once años. Sí, porque cuando yo estaba dando a luz, mi madre se desmayó y fue en el hospital donde la revisaron y descubrieron que estaba embarazada.

¿Cómo os habéis quedado? Lo sé, estupefactas, como yo cuando me enteré. Ahora resultaba que mis hijos tenían una tía un año menor que ellos.

Que sí, que sé que mi madre no era una niña ni su marido tampoco, pero se les vino encima. Ella pensaba que ya tenía la menopausia y que era imposible quedarse embarazada. Se equivocaron del todo, porque resultó que no la tenía.

Nuria, así fue como decidieron que la iban a llamar. Mi niña, la princesa de todos nosotros, la niña que le dio un brillo especial a mi madre y a su marido.

Era una niña dulce, calmada, cariñosa y muy risueña, y siempre estaba junto a sus sobrinos. Hacían un trío perfecto, porque donde mis hijos ponían desorden y caos, mi hermana llevaba tranquilidad, calma y orden.

Ahora iba a pasar rápidamente por las que fueron mis tres compañeras de trabajo; la verdad es que de ellas poco tenía que contar.

Antonia se jubiló y se fue con su marido a vivir a uno de esos pueblos que se dice que están en la España profunda. Como cada vez venían menos, fuimos dejando de vernos; es verdad que la llamada telefónica una vez al mes no la íbamos a dejar de hacer. Ellos eran felices allí, y yo también de saber que lo eran.

Ana pasó a ser la gobernanta, ya que era más joven que Luisa. Lo decidieron así porque la segunda se iba a jubilar en poco tiempo y así no tendrían que estar cambiando otra vez.

Sus vidas eran iguales que siempre; vamos, que poco habían cambiado: sus trabajos, sus maridos y, de vez en cuando, las visitas que nos hacían a mi madre o a mí.

Gabriel, ese hermanastro que me encontré de buenas a primeras y del que mi primera impresión fue muy distinta a quien era realmente, se había convertido en mi hermano de verdad, porque nos unía el corazón, y ese, muchas veces, tiraba más que la sangre.

Le costó sentar la cabeza más de lo que pensábamos; fue casi misión imposible. Vamos, que todos pensábamos que se iba a quedar soltero, yendo de flor en flor, hasta que un día se presentó en una reunión familiar de la mano de una dominicana preciosa.

Teresa, una mujer maravillosa que logró conquistar su corazón con sonrisas dulces y, por lo que nos dijo él, con bailes sensuales. Gabi no iba a cambiar nunca.

Se casaron hace apenas cuatro años y de esa unión nació Teresita. Sí, porque mi sobrina no se llamaba Teresa como su madre; ella se llamaba Teresita, así, tal cual, apuntada en el registro.

Mi sobrina tenía dos añitos y, por ahora, parecía una niña tranquila. Claro, tranquila dentro de lo que puede ser una peque, porque a esa edad lo que quieren es explorarlo todo.

Y le tocó a mi Valen, mi amiga, mi hermana, mi otra mitad. Uno de los mayores pilares de mi vida, por la que sería capaz de hacer cualquier cosa, incluso quitarme años si hiciera falta.

Todos sabéis que ella encontró a su media naranja al mismo tiempo que yo encontré a la mía.

En realidad, éramos como dos hermanas para dos hermanos: no compartíamos sangre, pero sí compartíamos algo mucho más fuerte, los

mismos sentimientos.

Ella sí fue más decidida o valiente que yo; eso depende de cómo lo queráis ver.

Ella y Alex se casaron hace casi diez años. Tardaron un poco en tener hijos; Valentina al principio decía que con mis hijos tenía más que de sobra, pero hace siete años le picó el gusanillo de la maternidad y buscaron hasta que nueve meses más tarde nació…

Javi, mi otro rayito de luz. Que sí, que sé que estaréis pensando que para mí todos eran rayitos de luz, pero es que en realidad lo eran. Todos los niños del mundo lo son, independientemente de si son mis sobrinos o no.

Porque en esos mini cuerpos no hay maldad. Por desgracia, eso se adquiere con el paso de los años, pero siendo niños, todos son inocentes y se merecen ser felices.

Bueno, como iba diciendo. Javi, un niño de seis años. ¿Qué podía hacer un niño de seis años, pensaréis? Ya os lo digo yo: podía hacer todo lo que se le pasara por la mente, desde esconderse durante horas hasta que se aburría, hasta cambiar todas las cosas de sitio. Estaba claro que nada lo hacía con maldad, pero a los padres no los dejaba ni respirar.

Con el único con el que lograba tranquilizarse un poco más era cuando estaba con Gabriel. Por increíble que sonara, mi hermano lograba con él lo que los demás dábamos por misión imposible; no sé cómo lo hacía, pero lo conseguía.

—Mamá, papá dice que bajamos ya o viene a por ti y te lleva a rastras —dijo Saúl, asomando la cabeza por la puerta.

Estaba claro que estaba bromeando. ¿O no? ¿Quién sabe? Lo más seguro era que su padre lo hubiera dicho en serio, porque con lo que le había costado que yo diera el paso, tenía que estar de los nervios.

—Está bien. ¿Dónde está tu hermano? —le pregunté.

—Está intentando tranquilizar a papá —me dijo; me hizo gracia escuchar eso—. Dice que nos espera abajo.

—Pues entonces será mejor que vayamos ya. —Le di la mano y así salimos hacia las puertas del jardín, donde estaba esperando mi otro hombrecito.

Me negué a llevar ramo de flores, porque cada una de mis manos iba a estar ocupada sosteniendo las manos de mis hijos.

Y así, los tres cogidos de las manos llegamos junto al amor de mi vida. Ese hombre del que me enamoré incluso antes de conocerlo, ese hombre que me parecía un sueño imposible de alcanzar y, sin embargo, ahí estaba, mirándome emocionado, dispuesto a pasar junto a mí los años que nos quedaran de vida.

—Estás preciosa, nena.

—Tú también, cariño.

—Te amo —me dijo cuando cogió mis manos.

—Te amo —le contesté con una sonrisa.

Creo que va siendo hora de que os deje: a vosotras para que disfrutéis de vuestras vidas; luchad, sed felices y divertíos mucho.

Yo me quedo por aquí, que me toca vivir este día tan especial que era para todos nosotros.

Como os he dicho hace un momento: sed felices y no os olvidéis de que os quiero.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu
